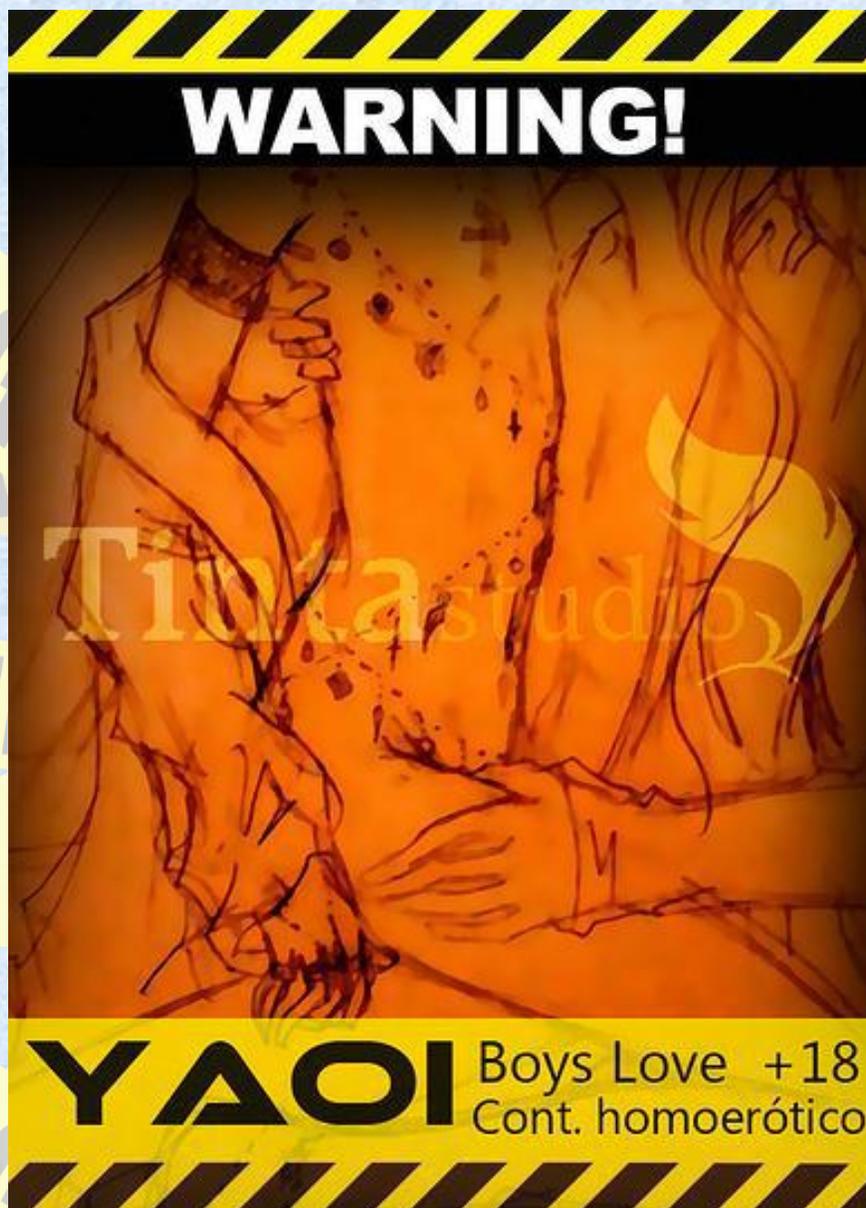


2015



Antología
Año Nuevo



Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, lugares y eventos provienen de la imaginación del autor y no deben confundirse con la realidad. Cualquier semejanza a personas, vivas o muertas, eventos o lugares es mera coincidencia.

Ninguna parte de esta publicación debe ser reproducida en ninguna forma, sea impreso, fotocopiado, escaneado u otros, sin el permiso de quien publica

El autor acredita el estado y propiedad de las marcas mencionadas en este escrito.

Advertencia

Este libro puede contener material explícito solo recomendable para lectores maduros.



Antología Navideña

Vol. 2

Dic. 2015



CONTENIDO

Esencia Perfecta –Ruby Vervain	Pág.05
Viento de Navidad – Daniel Richards	Pág.32
Toda una Vida – Warrior Pink	Pág.55
Isiaka e Ignew combaten contra la Bruja, el Primo y las Humillaciones de la Vida	Pág.103
Especial de Navidad –Elena Blocker	Pág.134
El Sacrificio de Año Nuevo – Ruby Vervain	Pág.219

Esencia Perfecta



Ruby Vervain



Parte Uno

La botica había estado ahí desde, bueno, desde siempre.

«Esencia Perfecta, un perfume celestial para cada ocasión», era una pequeña tienda de aspecto cuco y fino, casi salida de una película de San Valentín.

Sus paredes estaban pintadas de beige, con un ribete dorado en el techo de escayola. Desde el suelo hasta el reborde, estaban repletas de estanterías de madera con diferentes extractos de todo lo podía tener olor, ordenadas por colores. El suelo era de mármol negro, tan liso que lucía como un espejo.

Una gran ventana daba al exterior por la parte izquierda, dando una luminosidad casi divina.

El mostrador, de madera de caoba, era tan largo como el ancho de la estancia y tras él, estaba el pequeño laboratorio dónde mezclaban y creaban los perfumes y colonias a gusto del cliente.

Todo el conjunto hacía que el establecimiento pareciera tres veces más grande de lo que en realidad era y cuando amanecía y los rayos de sol se colaban por las cristaleras, todo el lugar resplandecía con miles de colores distintos como si hubieran entrado al interior de un arcoíris.

La perfumería estaba regentada por un amable sesentón algo regordete y de barba blanca, su gran sonrisa siempre era sincera y sus ojos, además de traviosos, eran agudos y sabios. Se había hecho muy conocida en poco tiempo, y era uno de los comercios clásicos para comprar los regalos de Navidad y de San Valentín.

Cada temporada, el dueño contrataba a un jovencito o jovencita, y aunque siempre eran amables, atentos y cordiales con la gente, nadie recordaba una vez se marchaban sus nombres o de dónde venían, hasta que sus propios rostros se diluían formando un recuerdo vago e idealista.

Ese año, había contratado para esas fechas a un joven de cabellos rubios y ojos celestes, del color del agua cristalina, de mirada dulce, sonrisa tímida y piel blanca.

Su nombre era Cyril.



Parte Dos

—¡Andrei! ¿Vas a salir?

Se dio la vuelta con la mano en el pomo de la puerta y contestó.

—¡Sí, mamá! ¡Voy a salir con Ronda!

La mujer resopló, acercándose a su hijo con aspecto cansado, se paró frente a él, con los brazos puestos en jarras y resopló.

—¡Qué poco me gusta esa chica, Ronda!

—Mamá, no otra vez...

—Tranquilo, hijo —dijo su madre alzando una mano en señal de paz—. Ya tuvimos esta conversación, no voy a repetir lo que ya sabes que pienso respecto a esa chica.

Luego sacó de su bolsillo un monedero y se lo entregó al chico.

—Sólo te iba a decir que me compraras el regalo de tu padre, intenta buscarme algo que pueda gustarle, hace años que no consigo sorprenderle. ¿Me harás el favor?

—Mamá, ya sabes que no...

—Por favor, Andrei, últimamente él habla más contigo que conmigo, seguro que tienes más suerte que yo.

El chico suspiró resignado, aceptando la cartera y metiéndosela en el bolsillo. La madre sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—¡Diviértete! —dijo entre risas y regresó al interior de la cocina—. ¡No te olvides que hoy es Nochebuena y vienen los abuelos a cenar!

—¡No lo haré! ¡Hasta luego, mamá!

[...]

Andrei tanteaba el monedero de su madre en el interior del bolsillo de la chaqueta, mientras el autobús conducía a través de diversas calles, una tras otra.

Ronda acababa de enviarle un mensaje, diciéndole que iba a llegar una hora más tarde a su cita, justo después de que se subiera al transporte público. Ronda solía tener esa clase de detalles, siempre imprevisible, siempre saliéndose con la suya.

Andrei suspiró viendo como su parada se acercaba. Bueno, al menos tendría tiempo de buscarle un buen regalo a su padre. Y aprovecharía para dar un vistazo al de su madre, ya que aún no había pensado en nada.

El centro comercial se le presentó ruidoso y bullicioso. Agobiante, denso, abrumador. Por eso su padre siempre se escaqueaba de ir. Andrei podía comprenderlo.

Paseó entre la gente, mirando escaparates y buscando nada en concreto, intentaba encontrar algo que pudiera gustarles o al menos que necesitaran. Resopló, cuando de nuevo, una mujer cargada de bolsas llenas de regalos y hablando por el móvil le dio un empujón. Andrei se masajeó la zona. Al menos, la anterior se había disculpado.

Escapando del bullicio, se pegó a la cristalera de uno de los comercios, pensando en irse, cuando un brillo en el interior de la tienda le hizo mirar.

Un joven, de cabellos rubios y mirada azul, estaba limpiando las estanterías e iba oliendo cada una de las esencias, que puestas en pequeños recipientes de cristal, convertían la luz que entraba por el ventanal en pequeños arcoíris cada vez que alguien los cambiaba de sitio.

Sin pensarlo demasiado, Andrei se encaminó al interior de la tienda, sobresaltando al muchacho y logrando que se le cayera una de las esencias.

—¡Perdón! —se apresuró a decir Andrei, agachándose al lado del joven que ya estaba limpiando el desastre con un paño.

—No es problema —sonrió el chico y se llevó los cristales rotos tras el mostrador.

Luego regresó con una fregona, limpió todo y le hizo frente por primera vez. Andrei tragó con fuerza.

Era de lejos, el ser más hermoso que había visto en toda su corta existencia. Ligeramente más alto que él, su piel era pálida y suave, su cabello parecía resplandecer como rayos de sol, sus ojos poseían el tintineo inquieto de una cascada, y su sonrisa le atraía como si fuera un satélite.

—¿Puedo ayudarte?

Las palabras se abrieron paso en su desaguisado cerebro, hasta que Andrei las comprendió.

—Yo... ah...

—¿Tal vez buscas un regalo para alguien? —preguntó Cyril colocándose detrás de la repisa de madera.

Andrei parpadeó y recordó porqué había ido al centro comercial.

—Sí, ¡eso es! Mis padres. Bueno, quiero decir, un regalo, para mis padres. Dos regalos. Uno para mi padre y otro para mi madre. Eso era, más o menos —dijo de manera atropellada Andrei, haciendo que el joven se riera.

Campanitas celestiales del trineo de Papá Noel, pensó Andrei.

—Que te parece, ¿una colonia para después del afeitado para tu padre y un perfume para tu madre? —sugirió el chico anotándolo en un pequeño papel.

—Pues suena bien.

—Puedes pasarte en una hora, quizás menos, y te las tendré listas.

—¿No necesitas preguntarme nada acerca de ellos?

El muchacho sonrió enigmático.

—No me hace falta, tengo una gran intuición.

Y sin decir una palabra, desapareció en la trastienda.

[...]

Andrei regresó a casa con ambos regalos y sin haber visto a Ronda o haberle preguntado el nombre a aquel empleado. Suspiró, entrando en su habitación y cogió las cosas para meterse en la ducha.

Ya hacía bastante tiempo que sabía que le atraían los chicos y las chicas por igual, al menos en el aspecto físico, pero nunca había sentido esa atracción tan espeluznante por nadie. Era como si necesitara orbitar a su alrededor o hacer alguna tontería para llamar la atención.

Negó con la cabeza, despojándose de su ropa y metiéndose en la ducha, sintiendo un extraño vacío en su interior. Lo ignoró lo mejor que pudo y empezó a vestirse para la cena de esa noche.

La Nochebuena y el día de Navidad pasaron volando y Andrei se moría de ganas de volver a la tienda para contarle al joven lo mucho que les habían gustado los regalos a sus padres, y que incluso sus abuelos habían pedido dos colonias para ellos. Así que se vistió con prisas y corrió al autobús.

[...]

Cuando llegó a la parada, Andrei se bajó de un salto, lanzándose en busca de la tienda. Sin aliento, traspasó la puerta, encontrándose de bruces con el chico que más detestaba de su clase. Brandon era el típico musculitos sin cerebro al que le gustaba ir dando la nota. Además se había encaprichado de Ronda, aún sabiendo que salía con Andrei. Le ignoró y se acercó al dependiente, que estaba organizando el mostrador.

—¡Hola! —saludó Andrei con efusividad.

—Hola, ¿qué haces por aquí? —respondió con una sonrisa.

—He venido a comentarte que a mis padres les encantaron los regalos que les hiciste y a encargarte dos fragancias más para mis abuelos. Por cierto, no me dijiste como te llamabas.

—Me alegro mucho, me pongo a ello en seguida —sonrió el chico—. Y mi nombre es Cyril.

Ese era un bonito apelativo. Andrei se quedó pensando, mientras observaba el ajetreo que Cyril se traía, cuando sonó su teléfono.

Era Ronda.

Andrei abrió los ojos como platos. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Menudo idiota estaba hecho.

—Perdona, ¿podría hacerte un encargo más?

—Claro —asintió Cyril con su cuaderno de notas preparado.

—Es para una chica que se llama Ronda, es algo así como mi novia. Y me preguntaba si...

—¡No! ¡No puedo! ¡Lo siento! —exclamó el chico poniéndose rojo y guardando la libreta.

—Pero, ¿por qué?

—¡Porque no! ¡Vete, Andrei! ¡Márchate!

Cyril se encerró en la trastienda y dejó paralizado a Andrei, que por unos momentos no supo cómo reaccionar. Luego se dio la vuelta y se dirigió al lugar dónde siempre se encontraba con Ronda.

Andaba como un autómata, si ver por dónde iba. ¿Por qué aquel desprecio le había dolido tanto? ¿Qué significaba Cyril para él? No se dio cuenta del número de gente que le empujó o cuántos le miraban extrañados. Parecía un alma en pena y hasta una niña vestida de rosa y con un globo blanco le dijo a su madre que había visto un zombie.

Suspiró por milésima vez, apoyando su espalda en el corredor de servicio que servía de escondite cuando Ronda y él se liaban. Cerró los ojos abatido, cuando notó movimiento a su flanco.

—¿Ronda? —preguntó con extrañeza.

La susodicha emergió de las sombras con una mirada culpable y la ropa desmadejada. A su lado, Brandon, con una sonrisa satisfecha en el rostro, le miraba impertinente.

Andrei les observó alternativamente, impresionado al sentir... nada. Sólo una emocionante sensación de alivio. Sonrió y se lanzó a abrazar primero a uno y luego al otro, ante sus miradas de puro asombro. Luego se echó a reír y salió corriendo, al tiempo que gritaba:

—¡Sed muy felices!

Atravesó el centro comercial en menos de lo que se dice Quidditch y llegó a la tienda. Se paró de golpe, estupefacto y horrorizado. Preguntándose si se había equivocado dio varias vueltas por la zona, hasta convencerse de que aquella era la botica.

Lo era, pero no lo parecía.

Estaba cerrada, la ventana estaba sucia y llena de polvo. El interior estaba puesto patas arriba, las estanterías caídas y el mostrador caído y destrozado.

Se apartó y chocó con un señor al que le preguntó si sabía cuándo habían cerrado la tienda. El hombre, sorprendido, le dijo que ese local siempre había estado vacío. Y dejando pasmado a Andrei, se alejó siguiendo su camino.



Parte Tres

Había decidido regresar a su casa, cuando su madre le llamó por el móvil.

—¿Mamá? Voy de vuelta. Adivina. Tenías razón acerca de Ronda, está liada con Brandon —
dijo Andrei meditabundo sentado en la parada del autobús, sin poder dejar de recordar el hermoso rostro de Cyril.

—¡Oh, hijo! ¡Lo siento! ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. En realidad no me gustaba tanto.

—Bueno, entonces todo está bien.

—¿Y para qué me llamabas, mamá?

—Para preguntarte si habías encontrado algún regalo para tu padre. Ya sabes lo difícil que es hacerle uno...

Andrei casi dejó caer el teléfono al suelo.

—Pero, mamá, ¿no recuerdas que os compré dos colonias y os las di en Nochebuena, cuando vinieron a cenar los abuelos?

Su madre se echó a reír a través de la línea telefónica.

—Cariño, ¡qué bromista estás hoy! ¡Pero si eso es esta noche!

Andrei entró de nuevo en modo zombie y dejó de escuchar lo que decía su madre. Colgó al momento y se llevó una mano a la cabeza. Estaba volviéndose loco. Aquello no era posible. Él recordaba perfectamente los dos días. La cena con los abuelos, las risas, a los trastos de sus hermanos pequeños haciendo trastadas, la pena porque su hermana y sus sobrinos no habían podido ir. Andrei lo recordaba todo, ¿porqué su madre no? ¿Porqué nadie recordaba la tienda?

Un vacío se le asentó en el estómago y la cabeza empezó a dolerle. Su visión se tornó borrosa y quiso salir de allí. La gente agolpada en la parada se apartó a su paso. Andrei avanzó a trompicones hasta que llegó a un lateral del centro comercial. En el callejón dónde estaba la basura, Andrei vomitó todo lo que había comido aquel día.

Una mano se posó sobre su cabeza y le dio un pañuelo para que se limpiara. Andrei susurró un «gracias» y lo aceptó.

—¿Estás bien?

Esa voz. Andrei se incorporó de golpe. Allí estaba. No lo había soñado. Su mano se movió por cuenta propia y alcanzó la mejilla del otro muchacho.

—Cyril... —susurró Andrei con una sonrisa.

El joven le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Me recuerdas?

—Por supuesto —dijo Andrei y luego le miró con el enfado dibujado en sus ojos—. ¿Puedes explicarme qué ha pasado? ¿Porqué soy el único que recuerda la tienda, los perfumes, a ti?

Cyril se llevó una mano a la boca.

—No es posible.

Andrei le miró frunciendo el entrecejo.

—Se supone que estas cosas no pasan. Que sólo son rumores...

—¿Qué cosas? ¿De qué hablas?

—No puedo, yo...

—¡Ah, no! ¡No me vengas con esas de nuevo! ¡Quiero la verdad! ¡Ahora! —exigió Andrei a voz de grito.

Cyril asintió sobándose las lágrimas que se le habían escurrido de los ojos y le ofreció sus manos.

—Te lo contaré todo.

Andrei miró con desconfianza al chico, pero con un suspiro de coraje se adelantó y las aceptó.

Una corriente salió de sus brazos y les recorrió cada parte del cuerpo hasta ponerles los vellos de punta. Algo empezó a elevarlos y Andrei vio alucinado como sus pies dejaban el asfalto. Quedaron suspendidos a unos metros del suelo, cuando en la espalda de Cyril nacieron dos hermosas alas, brillantes y con las plumas blancas.

La respiración se le quedó atascada, Andrei no podía creer lo que veía. Cyril le miró a los ojos y sin mover los labios, le dijo:

—Cierra los ojos, Andrei.

Y Andrei obedeció.

En su mente empezaron a surgir imágenes, tan rápido que no podía distinguir las unas de otras. Eran personas. Personas de otras épocas, hombres, mujeres, niños. Allí había muchas vidas, entrelazadas. Algunas más felices que otras.

—Son todas las vidas que he guiado a lo largo de mi existencia —explicó en su mente Cyril—. Soy un ángel de la guarda, Andrei. Mi cometido es cuidar de los humanos y orientarles en sus decisiones.

—¿Tú eres mi...? —preguntó Andrei sintiéndose extraño al hablar de aquella forma.

—Sí, Andrei. He estado contigo desde que naciste —dijo Cyril mostrándole imágenes de cuándo era bebé—. Eras un bebé precioso, me hubiera gustado poder cogerte en brazos al menos una vez.

El tono de pena sorprendió a Andrei. Cyril parecía tan triste.

—Solía cantarte por las noches y tú siempre me imitabas —sonrió Cyril tarareando junto al recuerdo—. Luego creciste tan rápido... sin darme cuenta ya eras un adolescente...

—Eso dice mi madre.

—Ella tiene razón —rió el ángel y después suspiró—. Siempre has tenido un gran corazón, intentabas hacer lo correcto, fuera cual fuera la situación. A penas necesitabas mi ayuda, siempre lo conseguías, sin importar lo duro que tuvieras que trabajar.

Andrei percibió el temblor en las manos de Cyril y abrió los ojos, el ángel lloraba sin reparo ninguno. Cyril le abrazó, escondiendo el rostro en el hombro de Andrei, mientras regresaban al suelo con lentitud.

—Perdóname, Andrei. No pude evitar enamorarme de ti —dijo con la voz apagada.

Cuando se separaron, Cyril sonrió y se enjuagó los ojos, aunque sin soltar una de las manos de Andrei, que éste no rechazó.

—Sólo quería conocerte en persona, hablar contigo, ahora debo volver.

Y sin entender muy bien el porqué, a Andrei se le rompió un poquito el corazón.



Parte Cuatro

—Está empezado —susurró Cyril sosteniendo con fuerza las manos de Andrei—. Estoy asustado, no quiero volver —sollozó—. No quiero volver a la soledad, a la eternidad. Quiero quedarme aquí, contigo. Aunque tú no me ames como yo a ti.

Andrei tragó saliva y tiró de las manos temblorosas del ángel hacia sí mismo. Le rodeó con los brazos la cintura, enterrando el rostro en el cuello pálido y sudoroso, y aspiró su

indescriptible aroma como a flores y a lluvia, o como la nieve fundida bajo el sol de primavera.

—No voy a soltarte, Cyril. Van a tener que arrancarte de mí a la fuerza —dijo Andrei, provocando que el ángel llorara con más fuerza.

Una luz iluminó entonces el callejón oscuro y rugió un trueno. Una lluvia torrencial empezó a caer sobre ellos, empapándoles hasta los huesos en pocos segundos. En medio del silbido incesante de las gotas sobre el asfalto, el ruido de los coches circulando a toda prisa camino a casa y el gimoteo lastimero de Cyril, retumbó en las paredes otro trueno, más fuerte y cercano que el anterior.

En ese instante, el tiempo se detuvo.

Se hizo el silencio y la luz del relámpago y la lluvia que caía sin tregua, quedaron suspendidas, irradiando una fosforescencia surrealista sobre los dos jóvenes abrazados.

—Es la hora, Cyril.

A su costado, a unos metros de distancia, un ser con alas se posó sobre uno de los contenedores de basura. Con parsimonia, como si estuviera midiendo cada uno de sus pasos para no asustar a un animal herido, se acercó a ellos, mostrándose finalmente bajo la extraña claridad.

Tenía la piel pálida, parecida a la de Cyril, era alto, de facciones aniñadas que eran estropeadas por una expresión seria y meditabunda, y su cabello era de un rubio lustroso y

de mechones rizados. Sus alas, blancas y enormes, descansaban en su espalda, dobladas y rozando el suelo.

Se paró frente a ellos, todavía a una distancia prudencial, y Andrei observó que le rodeaba una especie de aura dorada, parecida a la que había visto en Cyril la primera vez que le había conocido.

—Ha llegado el momento, Cyril, debemos regresar.

—¡No! ¡No lo permitiré! —replicó Andrei colocándose delante de Cyril, haciendo de escudo.

—¿Acaso crees que puedes impedir que nos lo llevemos, pequeño mortal? —preguntó entornando los ojos el ángel y mirándole por primera vez.

—Probablemente no soy más que una mosca en tu parabrisas, pero voy a intentarlo.

Una risa se escuchó desde otro rincón del callejón, y Andrei se percató que habían llegado algunos ángeles más, tan sigilosamente que ni se había dado cuenta. El chico tragó, cogiendo la mano de Cyril y entrelazando sus dedos.

El ángel de rizos rubios no se perdió el detalle, y con la más clara indiscreción les observó con minuciosidad. Entonces elevó el mentón y giró el rostro, como si estuviera escuchando algo que no podía llegar a los oídos humanos de Andrei y segundos después se volvió hacia él.

—Mi compañero Rafael piensa que debería juzgarte, ¿tú qué piensas?

Andrei notó que Cyril se ponía tenso tras él, y no le gustó la sensación de desasosiego que se asentó en su estómago. Aún así, la curiosidad le llevó a preguntar.

—¿A qué se refiere?

—Cuando un ángel desea quedarse en el mundo mortal por amor, el mortal que recibe sus afectos debe pasar una prueba de mi elección. Mi nombre es Gabriel. ¿Estás interesado en pasar la prueba?

¿Amor? Andrei abrió los ojos como platos. ¿Quién había hablado de amor?

—No tienes que hacerlo, ya sé que no sientes lo mismo. Déjalo, Andrei. De todas formas, mañana ni siquiera te acordarás de mí. —Cyril apoyó la frente sobre la nuca del muchacho, e inhaló su esencia una vez más.

—¿Porqué no iba a acordarme de ti? —susurró Andrei hacia Cyril, aún sabiendo que el resto también podía escucharles.

—¿Sabes desde cuando lleva la perfumería en la que me conociste en el centro comercial?

—preguntó Cyril.

Andrei arrugó el entrecejo pensativo.

—¿Desde siempre? No lo sé. ¿Qué tiene eso qué ver?

—¿Recuerdas a alguno de los chicos o chicas que han trabajado allí? ¿Sus nombres, sus caras? —preguntó el ángel Gabriel.

Andrei negó con la cabeza.

—La tienda es un regalo para aquellos ángeles que son excepcionalmente buenos en lo que hacen. Se les concede unos días, unas semanas o unos meses, trabajando en la tienda, mezclándose con humanos, en definitiva, viviendo de verdad. Pero una vez terminan, los humanos empiezan a olvidarse de ellos. Tal vez no de forma abrupta, aunque sí con el tiempo. Puede que recordaras su sonrisa o la calidez de sus manos, mas no sabrías a quién pertenecieron —concluyó Gabriel.

Andrei apretó la mano de Cyril, mirando al ángel.

—Haga su prueba.

—Ahora bien, esta es mi pregunta: ¿estarías dispuesto a compartir la mitad de tus años de vida con Cyril? —preguntó el ángel de rizada cabellera.

Andrei suspiró examinando el suelo bajo sus pies, con su mente debatiéndose entre miles de respuestas diferentes, que llevaban a una misma conclusión. ¿Estaba dispuesto? ¿Estaba realmente preparado para pasar toda su vida, o lo que quedase de ella, al lado de la misma persona? ¿De un hombre? ¿De Cyril? ¿Lo amaba suficiente?

¿Lo amaba, acaso?

Andrei no sabía lo que pasaría en el futuro, ni siquiera sabía qué comida prepararía su madre el día de año nuevo. No sabía si su equipo favorito de baloncesto ganaría la copa en el año que entraba, o si su padre se acordaría por fin del día de su aniversario de boda. Había

muchas cosas que desconocía, pero había una, y de eso acababa de darse cuenta, de la que estaba absoluta y completamente seguro.

No quería, por nada del mundo, dejar ir aquella mano pálida y sudorosa que le sujetaba con fuerza. Que con los dedos entrelazados, acariciaba con el pulgar la zona interior de su muñeca.

—Sí, estoy dispuesto.

—¡No, Andrei! ¿Y tu familia? —reclamó Cyril.

—Estoy seguro de que ellos lo comprenderían.

—Pero, morirás antes...

—No me importa, porque los años que viva los viviré junto a ti.

Cyril se arrojó a sus brazos, dejando caer sus lágrimas, sin poder creerse todavía que le iban a permitir vivir como un mortal más.

—Aún queda una última cosa —apuntó el ángel mirando a ambos con el rostro serio—. Debéis perder la pureza de vuestros cuerpos antes de la media noche.

Ambos chicos parpadearon confusos sin entender las palabras, hasta que otro de los ángeles que había estado un poco más apartado se acercó a ellos y en actitud risueña, rodeó los hombros de Cyril y le susurró al oído algo que le hizo ruborizarse hasta las orejas.

Andrei frunció el entrecejo mirando intercaladamente a los dos ángeles, cuando Cyril hizo una señal con los dedos, metiendo el dedo índice dentro de dos dedos de la otra mano en forma de círculo. Y entonces lo comprendió.

—Debéis tener sexo, chico —indicó el nuevo ángel, sonriendo y mostrando sus dientes blancos y relucientes.

—¡Michael, cuida tu vocabulario! —exclamó el ángel Gabriel.

—¡Oh, vamos, Gabriel! La gente joven de hoy en día no entiende tus expresiones pomposas y recargadas, prefieren un lenguaje directo y al grano. ¿No es así? —rebatía Michael mirando a Andrei con una sonrisa.

—Tal vez no tan directas —respondió el chico bajando la cabeza al suelo con una repentina timidez.

—Es suficiente —habló un tercer ángel que se acercó a ellos. El cabello moreno le caía en ondas sobre sus hombros y su rostro cincelado, era severo—. Os transportaré a tu habitación Andrei, al amanecer tendréis nuestro juicio.



Parte Quinta

Los ángeles no se habían prodigado mucho en aceptar la estancia de Cyril en la tierra. Poco después de consumir su amor, en medio de risas y demás torpezas, había aparecido una nota sobre la mesita de noche que rezaba: “Sé feliz y trabaja duro, Andrei. Cyril, vive por nosotros”.

Ya de día, Andrei despertó con una sonrisa en los labios y se apresuró a compartir su felicidad con su hermoso y fabuloso novio nuevo.

Estirándose sobre su amante, que raro sonaba esa palabra en su mente, Andrei besó el pecho y luego el cuello de Cyril, descansando su cabeza sobre su hombro después. Ya despabilado, Cyril llevó su mano a la espalda de su enamorado acariciando con sus dedos el contorno del trasero y la columna vertebral.

—Buenos días —susurró el antiguo ángel, recibiendo un gruñido como respuesta—. Ya veo que no eres un ser matutino.

—¿No que ya lo sabías? Has estado observándome desde que nací, ¿recuerdas? —replicó Andrei dibujando espirales con su dedo sobre el pecho de Cyril.

—¿Cómo olvidarlo? Eras el bebé más hermoso que he visto en mi vida. Y ha sido una vida bastante larga.

Ambos rieron y sus cuerpos hicieron vibrar la cama. La luz del sol entraba por la ventana entreabierta de la habitación de Andrei y una suave brisa mecía las cortinas.

—En un rato, mi madre vendrá a llamarme para desayunar, y nos encontrará a los dos tumbados en mi cama. Tengo curiosidad por saber la cara que pondrá...

Cyril se tensó bajo el peso de Andrei.

—No es necesario que se entere así, podríamos esperar para decírselo...

—No —le cortó Andrei—. Prefiero que lo sepa cuánto antes, no quiero jugar a las escondidas. Sé que tanto ella como el resto de mi familia nos apoyarán.

—Te amo, Anee —dijo Cyril abrazándole con fuerza.

Andrei soltó una risita al escuchar el apodo por el que lo habían bautizado sus sobrinos pequeños cuando no eran capaces de pronunciar su nombre, y que ahora se había convertido en su mote.

—Quería hacerte una pregunta, Cyril. ¿Porqué no eras capaz de hacerle un perfume a Ronda?

—¿No es evidente? Estaba enamorado de ti, Andrei, no podía hacerle un perfume a alguien a quien detestaba —explicó Cyril—. La esencia sólo era auténtica cuando mis sentimientos eran puros hacia la otra persona. Si se la hubiera hecho, probablemente habría olido a estiércol y a patatas podridas —concluyó arrugando la nariz.

Andrei sonrió y sentándose sobre las caderas de su ángel particular, le besó a conciencia. Recorriendo con la lengua cada hendidura, cada diente, memorizando la forma de sus labios y el sabor de su piel, hasta que necesitaron apartarse para respirar.

El miembro de Cyril había despertado y golpeaba los cachetes del culo de Andrei, al ritmo de la respiración descompasada de ambos. Andrei sonrió, desapareciendo bajo las sábanas y tomando el órgano en la boca. No hicieron falta más de unos minutos, para que el ángel se corriera con fuerza.

—Vamos a tener que trabajar en tu resistencia, Cyril —indicó Andrei apareciendo de nuevo, al tiempo que relamía las gotas que quedaban en sus labios.

—Si mal no recuerdo, hasta anoche, alguien que yo me sé también era virgen.

—Oh, sí. Pero yo he tenido años de práctica gracias a mis trabajos manuales.

—Sí, lo sé —murmuró Cyril.

—Pervertido...

—¡Eh! ¿Quién es aquí el perverso? —preguntó Cyril, lanzado un manotazo a la cabeza de Andrei que éste logró esquivar.

—Pero con todo y eso, te amo —sonrió Andrei mirándole a los ojos.

A Cyril se le atoró un nudo en la garganta y por un momento se olvidó de cómo se respiraba. Miró a los ojos de color miel de Andrei y vio tal sinceridad en ellos que su corazón por un instante dejó de latir. Hasta que el beso francés de su hermoso y actual novio le despertó de su ensoñación.

No articularon ninguna palabra más. Tal vez algunos cuchicheos y muchos gemidos, cuando se volvieron a entregar el uno al otro.

[...]

La madre de Andrei les encontró una hora después abrazados en la cama y durmiendo con sendas sonrisas en el rostro. Con cuidado cerró la puerta y suspiró de alivio al ver que no era Ronda la que compartía el lecho con su hijo.

Cuando a lo largo del día, Andrei y Cyril bajaron por fin, se encontraron con la familia de Andrei al completo, su hermana, esposo e hijos, sus padres y sus hermanos pequeños, comiendo en la mesa del comedor y celebrando con champán al nuevo miembro de la familia. Andrei se sonrojó y Cyril sonrió feliz, aceptando el plato de comida que le servía su, dicho por ella misma, nueva madre.

La celebración se alargó hasta la noche, cuando al sonar las campanadas que indicaban el año que entraba, ambos se besaron para turbación de su padre y cuñado que se miraron azorados, y felicidad de su madre y hermana, las cuales ya adoraban a Cyril, y raudas se lanzaron a hacerles fotos.

Claro que ellos no llegaron a darse cuenta, pues estaban muy ensimismados el uno con el otro.

[...]

Algunos miles de kilómetros por encima de sus cabezas, tres ángeles observaban la fiesta con interés y picardía en sus miradas. E incluso ellos, se tomaron un día de descanso y chocaron las copas por un trabajo bien hecho.



FIN

Viento de Navidad



Daniel Richards



Jack salió de la tienda de veinticuatro horas en la que trabajaba usando aún su traje navideño bajo el enorme abrigo, su traje rojo podía ser festivo y sexy, pero no abrigaba mucho. De vuelta a su pequeño departamento se entretuvo viendo las hermosas luces y decoración festiva. A pesar de su apariencia de chico malo Play boy, con un metro ochenta y cinco de altura y su rostro coqueto, Jack era todo corazón.

-Disculpa...- escuchó la voz por debajo de él y se giró a ver a una señora mayor que intentaba salir de la tienda de conveniencia y él le tapaba el paso.

-Disculpe ¿quiere que la ayude con eso?- le sonrió al ver la cantidad de bolsas que traía y la mujer negó.

-Descuida hijo, mi auto está justo aquí- le señaló el auto estacionado casi enfrente, estaba bajando el último escalón cuando resbaló y Jack la sostuvo.

-Cuidado- le ayudó a subir sus cosas y le cerró la puerta del auto cuando subió- Que tenga Feliz navidad- se despidió y cuando iba a cruzar la calle algo brillo en la nieve; se agachó a recogerlo, era un anillo con una hermosa piedra azul en él, estaba debajo del auto y no lo vio hasta que este se quitó. Por reflejo miró a todos lados, como si el dueño fuese a aparecer

en cualquier momento ¿cómo demonios devolvía algo así? Miró el anillo con cuidado, había una inscripción en el interior, pero no la entendía del todo. Suspiró y lo guardó en su bolsillo. Parecía un anillo antiguo, sin duda alguien lo buscaría, solo tenía que prestar atención.

Al llegar a su departamento Jack encendió la luz de la única habitación, su departamento era cómodo para él ya que vivía solo, la cama en una esquina, la pequeña mesa del comedor, en medio el fregadero, la estufa, un viejo escritorio que había comprado en remate con una computadora que un amigo le había regalado en vez de desecharla. Tenía suerte, sus compañeros de la escuela a menudo le regalaban cosas, tenía calefacción gracias a que una de las chicas de su clase de filosofía le había regalado la vieja estufa que tenía arrumbada en su casa. Su vecino del piso de arriba le había dado su clave de wi-fi, era un hombre afortunado. Encendió la calefacción y cuando estaba cálido se quitó el abrigo. Sacó la bolsa de compra que el dueño del supermercado le había dado con algunos sobrantes del área de cocina. Era bastante, tendría una buena cena.

Mientras comía, uno de los enormes panes rellenos de queso, jamón y alguna otra cosa que le sabía a gloria con el hambre que tenía, recordó el anillo. Lo sacó del abrigo y se quedó viéndolo de nuevo, entrecerró los ojos para ver la inscripción.

-Elihja haza...- leyó lentamente y un viento se esparció por toda la pequeña habitación, el susto lo lanzó atrás haciéndolo caer de la silla al suelo completamente sorprendido mientras una figura humana se formaba frente a él, un hombre de cabello negro y largo, la piel completamente azul.

-Tú... tú eres...- el hombre azul le miró confundido... muy joven- parpadeó varias veces, parecía tan sorprendido como él.

-Oh... oh... bueno- apenas y podía hilar las palabras- gracias...

-¿Dónde está Nicolas?- preguntó viendo alrededor de la pequeña habitación y frunciendo el ceño al ver el árbol navideño de treinta centímetros de altura junto a la computadora- ¿Qué le pasó al árbol? ¿Se encogió?- Jack parpadeó varias veces y se levantó del suelo, las piernas le temblaban un poco de la impresión.

-Debo estar soñando- susurró para sí mismo, vio la mesa, donde aun estaba la comida- No puedo creer que me durmiera mientras comía- habló tocándose el rostro dándose golpecitos esperando despertarse.

-Hey, hey ¿por qué te golpeas? ¿Dónde está Nicolas?- volvió a preguntar y frunció el ceño- ¿Me hurtaste pequeño y joven humano?- Ese sujeto ¿acababa de llamarle pequeño? Bueno él era grande... debía medir casi dos metros... dos metros tal vez.

-¿Qué? Yo no hurté nada- se defendió- ¿Qué Nicolas?- no entendía del todo que era lo que estaba pasando ahí pero no dejaría que nadie le llamara ladrón, trabajaba muy duro para llevar una vida honrada.

-¿Qué clase de ayudante de santa eres si no sabes quién es Nicolas?- el hombre se cruzó de brazos y volvió la mirada a su pequeño árbol- Evidentemente no uno con mucho espíritu- Jack vio su pequeño árbol y frunció el ceño.

-No sé quién eres, pero no dejaré que vengas aquí solo a humillarme- el otro levantó una ceja.

-Cuida tu tono, estás frente al espíritu de viento de Nicolas- habló orgulloso y Jack meneó la cabeza.

-Estoy hablando con mi alucinación- suspiró y meneó la cabeza.

-¿Qué hace mi valioso anillo en el suelo? ¿Intentas insultarme?- preguntó y se movió de forma inhumana quedando a milímetros de distancia- ¡Recógelo!- exigió y Jack dio un paso atrás levantando las manos para poner espacio, qué demonios, ese sujeto había flotado hacia él en un instante.

-Hey hey, para... no sé qué clase de sueño es este pero... yo encontré ese anillo tirado en la calle, quise devolverlo pero no sabía a quién pertenecía... si es tuyo puedes tomarlo y llevártelo- el sujeto frunció el ceño viéndole.

-Qué extraño ayudante de santa eres... y tu atuendo también es diferente ¿desde cuándo usan un uniforme tan descubierto?- Jack se tranquilizó cuando el sujeto pareció hacerlo también y darle espacio personal de nuevo.

-Bueno, así atrae más a la gente- le comentó con una sonrisa, el sujeto le miró atentamente de arriba abajo y ladeó una sonrisa.

-Funciona- Jack se masajeó el cuello, aquello se estaba poniendo incómodo, su alucinación coqueteándole sería un verdadero festín para Freud. El estómago le gruñó, parecía que aún dormido tenía hambre.

-Escucha... ¿puedo sentarme a terminar de cenar? En verdad el anillo sólo lo encontré- lo recogió y se lo tendió- llévatelo, lamento la confusión- el hombre vio el anillo y negó.

-Se nota que eres nuevo ayudante, yo no puedo tomar mi propio anillo. Debe llevarlo un humano, un humano muy específico de hecho. El rey del espíritu navideño. Me sorprende que puedas tomarlo tú o siquiera verlo. Creo que me equivoqué con el espíritu navideño. Debes tener una buena porción en ese pequeño cuerpo- Jack se rió.

-Es la segunda vez que me llamas pequeño, la gente normalmente no me llama pequeño- el hombre azul levantó una ceja y después asintió como si entendiera.

-Claro, ustedes los ayudantes son todos pequeños, de hecho eres un poco más grande que el resto- entrecerró los ojos viéndolo- ¿Desde cuando trabajas para Nicolas?- Jack arqueó las cejas poniendo el anillo en la mesa.

-Oh bueno...yo no trabajo para ningún Nicolas, soy ayudante de santa en un supermercado...- aclaró y el extraño se confundió aún más-¿Por qué no comenzamos por el principio?- le habló amigablemente, ya que era su alucinación era algo así como su invitado- Soy Jack, trabajo como ayudante de santa en un supermercado y no conozco a ningún Nicolas.

-Mi nombre es Elihja, tú me invocaste, soy el espíritu del viento que lleva a Nicolas en su viaje, debe estarme buscando- Jack se había sentado a la mesa y le indicaba que se sentara en la única otra silla de la habitación.

-¿Así que eres el espíritu del viento de santa?- bueno, él podía divertirse si era su sueño.

-Así es – el otro se sentó en la silla mirando todo como si fuera de otro mundo.

-¿Y entonces cuál es el trabajo de Rodolfo?- preguntó sonriendo.

-¿Qué Rodolfo?

-El reno...- notó cómo la confusión crecía en el rostro azul y sonrió negando- no importa.

Entonces... ¿el anillo es de San Nicolas?- le dio una mordida a su pan – ¿quieres un café?

¿Algo de comer?- Elihja negó.

-Soy un espíritu, no como ni bebo, y así es, hace muchos siglos le entregué mi anillo a el humano Nicolas, cada vez había más gente y menos buena voluntad, alguien tenía que ayudarlo- le veía comer- ¿Cómo es eso de comer?

-¿Nunca has visto a Nicolas comer?- preguntó con una sonrisa pícaro y el otro negó.

-No mucho, solo me llama en nochebuena y no hay tiempo para comer – A Jack comenzó a entusiasmarlo su sueño. Adoraba la temporada navideña.

-¿Cómo lo hacen?- preguntó curioso y el espíritu le sonrió extrañado.

-Eres su ayudante, también deberías saberlo- Jack asintió.

-Si, bueno... como te dije, no soy un ayudante real, soy un humano común y corriente, el uniforme es por las fechas. Es un disfraz- el espíritu se sintió entonces aún más intrigado.

-Eres un humano extraño entonces, ¿cómo pudiste ver y recoger mi anillo?- Jack se encogió de hombros.

-Bueno, no tengo idea, pero debe querer decir algo ¿no? Cuéntame. ¿Cómo hace el viaje Santa Claus?

-El padre tiempo detiene el andar esa noche y yo le llevo de ciudad en ciudad a dejar sus regalos- Jack se rió.

-Ya estoy grande, sé que papá y mamá ponen los regalos- le aclaró y Elihja negó.

-Los humanos siempre pensando en lo material, el regalo de Nicolas es diferente, es buena voluntad, es fe, es esperanza. Es amor, es todo lo que los hace levantarse por las mañanas y seguir, o es lo que dice Nicolas, yo... entiendo poco de eso... pero me gusta verlo. Son seres pequeños y aun así... a veces brillan tanto- Jack se rió, él era humano y aun él lo entendía, puede que la Navidad se hubiese vuelto una fecha extremadamente comercial, pero aún así desbordaba de buena voluntad, de amor y de magia, eran fechas maravillosas y aunque el resto del año todo volviera a ser gris, ¿qué había de malo en vivir en paz y luz aunque fuera solo esos días? Eso era mejor que nada.

-Entonces, ¿cómo puedo devolverte a Santa?- el espíritu suspiró y el viento que exhaló corrió por toda la habitación.

-No lo sé... - luego le vio- Si puedes verme y tocar el anillo entonces también puedes usarme. Anda, ponte el anillo, si lo usas podré moverme libremente. Los vientos somos demasiado libres, sin un apoyo no podemos tomar un rumbo a placer, pero si me fijo a ti puedo buscarlo- Jack miró el anillo

-Entonces... solo debo usarlo ¿no? - lo tomó y se lo mostró- no hay ningún problema ¿no?- el espíritu negó.

-No, solo tienes que devolverme a santa cuando lo encuentre- Jack asintió.

-Bien, puedo hacer eso- y se colocó el anillo, al instante la silla frente a él hizo un ruido sordo, como si algo hubiese caído sobre ella. Al ver al sujeto se veía más... real... aunque aún era azul.

El sujeto, Elihja parpadeó varias veces observando sus propias manos y al levantar la vista parecía un hombre diferente, como aquel que de repente reconoce su lugar en el mundo.

-Parece que ahora soy físico- aseguró el sujeto y se levantó- saldré ahora mismo a buscarlo, ¿encontraste el anillo cerca? Debe vivir en esta ciudad este año- Jack parpadeó varias veces.

-¿Vas a salir a buscarlo? ¿Si eres físico eso quiere decir que el resto de la gente también te vera?- aunque realmente nadie lo iba a ver cuando era una alucinación ¿cierto?

-Bueno, esa es una de las cosas que significa ser físico- le aclaró como si hubiese dicho una tontería.

-Afuera hace frío, llamarás mucho la atención sólo en pantalones- apreció al sujeto, definitivamente era una creación de su mente, era todo un monumento a sus fantasías más profundas.

-Es cierto, los humanos necesitan cubrir sus frágiles cuerpos de la ventisca, debe ser difícil ser tan delicado- Jack se habría ofendido de no haberle causado tanta gracia. Sin poder evitarlo se rió y asintió.

-Sí, nuestros delicados cuerpos necesitan ropa y a menos que estemos congelados no somos azules, ¿crees poder hacer algo con tu tono de piel?- el espíritu se vio y puso expresión pensativa.

-Puedo cambiarlo si puedo visualizarlo...- dirigió una mirada significativa a Jack-¿Cómo debería verme?- Jack ladeó el rostro y sacó su celular buscando hasta encontrar el tono de piel aceitunada que le encantaba

-Puedes tener este tono de piel, iría bien contigo- el espíritu se acercó y esta vez pudo escuchar sus pasos al hacerlo, vio la foto y asintió.

-Es sencillo- y dio un giro, tan rápido que apenas y notó que se había movido, al terminar su piel ya no era azul, era morena, de ese moreno que le hacía querer pasar la lengua por cada cresta de su perfecto abdomen. Aquel era su sueño, debería estar metiéndose en cama a aquel dios griego en vez de enviarlo a buscar a Santa.

-Ahora ropa...- buscó en su celular nuevamente y le mostró una foto de moda de invierno y el espíritu repitió el proceso de antes. Era un enorme y atractivo hombre de piel aceitunada y cabello suelto, enfundado en ropa casual... si... sus sueños estaban mal cuando enviaba a un sujeto así a buscar a Santa.

-¿Qué tal? ¿Pasaré desapercibido?- Jack se rió nerviosamente.

-Bueno... nadie creerá que eres el espíritu de Santa eso es seguro- Elihja asintió nuevamente.

-Bien, eso me sirve- abrió la puerta y antes de salir se giró a verlo- oh... y dale mis felicitaciones al sastre de esos trajes- sonrió de medio lado y volvió a pasar la mirada de arriba a abajo- hace estupendamente su trabajo- y se marchó- Jack arqueó ambas cejas y sonrió cuando la puerta se cerró. Vaya, eso... había sido raro. Quizá necesitaba comenzar a salir con alguien, sus alucinaciones le hacían piropos. Estaba de verdad necesitado de calor corporal.



Al día siguiente Jack se despertó a las ocho de la mañana. Se dio el lujo de rodar por la cama sin levantarse. Estar de vacaciones le dejaba tener algunas horas más en la cama pero tenía que estar listo para su turno de las nueve en la tienda de música a la vuelta de la esquina.

Diez minutos antes de las nueve estaba abriendo y limpiando lo esencial antes de abrir al público. Claro, aún abierto no había clientes tan temprano en la mañana así que se dedicó a sacudir y terminar de limpiar los rincones, un grupo de chicas entró a la tienda cerca de mediodía, les sonrió, no parecía que fueran a comprar pero si parecían interesadas en hablar con él, pasaba a menudo, estaba acostumbrado.

Llevaba varios minutos hablando con las chicas en el mostrador cuando un cliente más entró y él levantó la mirada, se quedó helado durante varios segundos cuando el hombre camino directo a donde estaba. Las chicas se quedaron calladas y él le sonrió al extraño cordialmente.

En los segundos en que el hombre dio sus últimos pasos y antes de que él abriera la boca para saludar, notó de dónde había venido su fantasía de la noche anterior, su sueño, desde luego debía haber visto a aquel hombre por ahí y lo había recordado en sueños.

-Buenos días, ¿puedo ayudarlo en algo?- preguntó y Elihja que acaba de entrar le miró extrañado.

-¿Por qué actúas como si no me conocieras?- el extraño preguntó y Jack comenzó a sentirse nervioso.

-Eh...- miró a las chicas aún frente al mostrador, después volvió la mirada al anillo que usaba en el dedo todavía, había olvidado quitárselo. Por un momento, un momento de locura, dudó de si lo que había soñado era de verdad un sueño... o si quizá aún estaba soñando- ¿Elihja?- Elihja levantó una ceja.

-Olvidas muy rápido. Necesito hablarte- Jack asintió sin saber si estaba soñando o si ya se había vuelto loco. De reojo miró a las chicas, ellas parecían mirar a Elihja con apreciación, admiración y curiosidad, así que o estaba soñando o tenía una alucinación conjunta, o las chicas también eran alucinaciones... comenzaba a asustarse de verdad.

-Yo... eh...- apretó los labios, estaba confundido- Estoy en turno aún ¿puedes esperar a que termine? Me falta media hora- Elihja asintió.

-Esperaré a que salgas- aunque Elihja no tenía ni idea de cuánto era media hora, pero podía esperar algún tiempo fuera.

En la tienda las chicas se dedicaron a hacerle preguntas a Jack sobre su amigo, no evitando mencionar lo guapos que ambos eran, claro aunque quisieran un hueso nuevo no iban a soltar al viejo. Sonrió para sus adentros, eran unas chicas adorables, cuando se era tan joven se sentía que se tenía el mundo en sus manos, aquellas niñas no pasaban de los dieciséis, su seguridad de tener al mundo comiendo de sus manos le parecía encantador. Habló con ellas un rato más y después se marcharon, cuando su reemplazo llegó a cubrir su turno y él se despidió. Cuando salió de la tienda Elihja le esperaba parado junto a la puerta, había algo de nieve sobre su cabello y él se acercó y con un ademán le sacudió un poco.

-No tenías que esperar aquí afuera, debes estar congelado- pero Elihja solo sonrió.

-Una brisa como ésta no me congelaría. Hablemos a solas, creo que no todos tienen una mente tan abierta, cuando lo recuerdo incluso a Nicolas le costó aceptar que existía la magia y qué decir de las criaturas mágicas como yo- se rió y Jack sonrió nerviosamente, comenzaba a darse cuenta de que aquello podía ser real, es decir, el frío, la imagen, todo era muy real, no estaba esa bruma que acompañaba a sus sueños, todo era muy nítido, no era solo una idea en su mente, estaba todo... muy claro y tangible.

-Bien...- metió las manos en el abrigo y miró a todos lados, no conocía ningún lugar privado- Podríamos volver a mi departamento- propuso y señaló en la dirección, Elihja asintió y caminaron en silencio el corto camino, Elihja parecía relajado y Jack no tenía idea cómo estaba controlando el ataque de ansiedad que quería brotar de todo su cuerpo.

Cuando llegaron a su departamento Jack abrió la puerta y le dejó entrar, normalmente no dejaría entrar extraños a su casa, pero ya que parecía que era... el... el espíritu del viento de santa... ni siquiera creía que había pensado aquello.

-Bien, ¿qué sucede? ¿Has encontrado ya a Santa?- realmente había dicho todo aquello... no podía creerlo.

-Bueno, creí que sería más fácil- aseguró y se quitó el abrigo mientras hablaba, más que por tener calor porque no estaba acostumbrado a llevar tanta tela encima. Jack se quedó con su abrigo, no podía encender la calefacción, tenía que ahorrar cada centavo que poseía y en cuanto terminara de hablar con Elihja iría a su trabajo en el supermercado.

-¿Cuál es el problema?

-Bien, supongo que es que está en estado de espera, es decir, con su magia hibernando es un poco más difícil encontrarlo. Podría esperar hasta nochebuena, cuando toda su magia se libere y buscarlo entonces pero... no sé si este aún en esta ciudad cuando eso pase, siempre me llama en un lugar distinto- Jack se cruzó de brazos, más para mantenerlos fuera de Elihja que por alguna otra razón.

-¿Por qué se mueve santa? Siempre creí que vivía en el polo norte- bien solo necesitaba actuar como si todo aquello fuera normal mientras asimilaba lo que estaba pasando.

-Por lo que sé, algo acerca de conocer a la gente y no perderse en el paso del tiempo, no me pidas que lo entienda, yo solo lo llevo por el mundo- aseguró y de repente sonrió con una coquetería que Jack no supo interpretar al momento-El asunto es... que podría trabajar

más rápido con algo más de... energía- Elihja dio un paso hacia él y Jack pasó duro porque la sonrisa del sujeto era jodidamente sexy.

-¿Energía?- preguntó humedeciéndose los labios y Elihja comenzó a descender sobre sus labios.

-Podría comerte...- Jack levantó las cejas con la mirada en los labios ajenos, pero no se sentía en peligro.

-¿Sí? – Elihja asintió ladeando el rostro para acercarse lo bastante como para rozar sus labios al hablar.

-Si... o podría besarte... creo que eso me daría mucha energía...- Jack entrecerró los ojos levantando los labios.

-Oh...- suspiró y lo siguiente que supo es que los labios de aquel espíritu de la sensualidad rozaban su boca, él abrió los labios invitando y Jack no dudó en tomar la invitación.

Jack empujó el torso hacia el espíritu y Elihja le tomó por las caderas levantándolo y haciéndole enrollar su cintura con sus piernas, perdido en el calor que se desató desde su boca hacia todo su cuerpo.

-¿Qué tal? ¿Suficiente?- preguntó Jack cuando el aire le hizo falta y Elihja, agitado, asintió con los ojos cerrados.

-Si...-jadeó- Si... es suficiente...- y abrió los ojos buscando su mirada- pero quizá, quisieras...- paso duro- seguir... sólo...- se encogió de hombros- ...para estar seguros –Jack se humedeció los labios por la anticipación.

-Esto... que... es decir...para mí...- estaba con la espalda contra la pared y las piernas enroscadas alrededor de la cintura ajena, pero aún estaba lo suficientemente cuerdo como para recordar que no era precisamente un humano con el que estaba.

-Nada... nada te pasará- le aseguró- para ti será como estar con otro humano, sólo... más seguro...- Jack levantó las cejas y sonrió insinuante.

-¿Más seguro?- Elihja le devolvió la sonrisa.

-Te aseguro que puedo darte más placer que ninguno pero... me refería a que no puedo enfermarte ni nada de eso.

-Oh- Jack se dio una patada mental, ni siquiera había pensado en eso, desgraciadamente su reloj de pulsera sonó y toda la excitación se esfumo volviéndose un momento de vil frustración- Tengo que irme- Elihja apretó los brazos en torno a su cintura.

-¿Te hice desconfiar de mí?- preguntó preocupado y Jack negó con una sonrisa de disculpa.

-Es mi alarma, tengo que irme a mi siguiente empleo- murmuró y Elihja suspiró bajándolo al suelo, se inclinó y acarició el cuello ajeno con sus labios.

-Dame una razón para dejarte ir- Jack de alguna manera sabía que no hablaba en serio pero le siguió la corriente.

-Me pondré ese sexy traje de ayudante de Santa- Elihja gruñó y se separó a regañadientes.

-Tendré que hacer el sacrificio- suspiró y se cruzó de brazos con una sonrisa de medio lado.

-Ahora, ¿dónde está ese lindo traje?- preguntó y Jack le hizo señas con un dedo.

-Gírate para que me cambie, grandote... no tienes tanta suerte- Elihja levanto una ceja- aún...- el espíritu se dio media vuelta y Jack comenzó a cambiarse- ¿cómo es que de repente siento que estás tan familiarizado con el mundo actual?- parecía haberse acoplado demasiado bien en una noche, había entendido sin problemas cuando habló de la alarma.

-Recogí información de los vientos actuales, el mundo ha cambiado mucho y no me había tomado el tiempo de notarlo- Jack se abrochó el pantalón y comenzó a colocarse el chaleco.

-No puedo culparte, solo sales en navidad, pero ¿no te intrigan los cambios de cada año? – Elihja suspiró.

-Claro que me intriga y me preocupa que el viento esté más sucio cada año, pero somos vientos, el cambio no nos asusta- aseguró y Jack terminó de vestirse.

-Ya puedes girarte- Elihja lo hizo y le miró de pies a cabeza nuevamente, una sonrisa coqueta se dibujó en su rostro.

-Es un atuendo... encantador y festivo- aseguró y Jack se rió colocándose el abrigo sobre la ropa, no tenía que cambiarse ahí, podría haberlo hecho en los baños del supermercado pero así era más fácil que la ropa no se arrugara y... bien, quería mostrárselo al grandote.

Salieron del departamento y Elihja le anunció que seguiría con la búsqueda mientras él trabajaba y que le esperaría fuera del supermercado, al parecer la dirección no era problema pues podía sentirlo gracias al anillo, aquello era raro, extraño y debería desconfiar de todo aquello, Elihja bien podría ser un demonio al que le acababa de vender su alma pero de alguna manera Jack confiaba en él.



Horas más tarde Jack terminó su turno, estaba en la trastienda colocándose el abrigo cuando alguien se aclaró la garganta para llamar su atención, era un anciano, una cabeza más bajo que él, se sostenía derecho con ambas manos apoyadas en un bastón y una sonrisa amable en el rostro.

-Hace mucho tiempo Jack, me sorprende que no fueras a saludar- Jack parpadeó varias veces como preguntándose si no estaba alucinando aún peor.

-Disculpe, ¿nos conocemos? Lo lamento estas fechas siempre me dejan confundido- le sonrió intentando ser amable y el rostro del anciano mostró una genuina sorpresa.

-Oh... no recuerdas...- murmuró, Jack frunció el ceño cuando el anciano volvió a sonreír, pero no era demasiado bueno fingiendo- Lo siento, lo siento muchacho, creo que me confundí de persona- el anciano inclinó la cabeza para despedirse y los instintos de Jack actuaron haciendo que caminara rápidamente hacia él para detenerlo.

-Espere, ¿qué se supone que no recuerdo? ¿Quién es usted?- había algo golpeando su pecho, un pensamiento justo detrás de su cerebro, luchando por salir, pero no podía alcanzarlo, la inquietud en su pecho había acelerado su corazón, había algo que debía saber y no lo sabía.

-Soy Nick... Nicolas... Jack... ¿en verdad no me recuerdas?- preguntó el anciano amablemente... por todos los cielos ¡tenía sujeto del brazo a Papa Noel!

La conversación que tuvo con Nicolas después de eso no fue algo sencillo de hacer, por lo que había entendido ellos; él, Nicolas y Elihja se conocían de hace mucho tiempo pero él no podía recordarlo, debería de poder hacerlo ahora que él y Elihja se habían encontrado pero no sucedía y a menos que hubiese entendido mal, aunque Nick no había querido decírselo directamente, a Elihja no debería costarle demasiado encontrar el camino de vuelta, pero no había vuelto... lo había estado engañando.

Cuando salió del supermercado estaba enfadado. Elihja se acercó con una enorme sonrisa y ni siquiera la emoción dibujada en todo su rostro al verlo le hizo mejorar el humor.

-¿Ocurre algo?- preguntó Elihja al llegar a su lado y él no contestó inmediatamente, sabía que estaba tan molesto, con un irracional enojo que no podría contenerse si comenzaba a preguntar ahí, así que solo negó y siguió caminando, esperando que el espíritu lo siguiera y así lo hizo, solo cuando entraron a su pequeño departamento se giró a él.

-¿Qué me estas ocultando? Nicolas estuvo hoy en mi trabajo, no se supone que debas tener problemas para encontrarlo y aún mejor se supone que yo debería saber que está pasando ¡y no lo sé!- gruñó y se quitó el gorro echándose el cabello atrás- me siento jodidamente traicionado y no sé por qué- habló con la voz cortada, aquello estaba generando sentimientos extraños dentro de él.

-Jack...- Elihja lo observó en silencio, al parecer pensando qué decir y Jack esperó- Yo... sólo quería estar a tu lado- aseguró por fin y Jack le vio a los ojos, sentía que le decía la verdad pero aun así no se sentía bien.

-Quiero saber qué pasa- Elihja bajó la mirada.

-Eres importante para mí... más que nada, te he buscado por mucho tiempo, siglos y siglos sin siquiera recordarlo. Hace mucho tiempo me quedé con Nicolas, si lograba encontrarte aun sin recordarte me aceptarías y lo hice, hasta que te pusiste el anillo no te recordaba ni recordaba nuestra promesa... pero no quiero que me aceptes por compromiso... y tu... sé que te sientes atraído por mí, ¡lo sé!- Jack negó.

-¿Quién soy Eliha? ¿Por qué no recuerdo nada?- preguntó y Elihja bajó la cabeza.

-Alguien fuera de mi alcance, incluso para el rey de los espíritus del viento... eras inalcanzable- Jack frunció las cejas.

-Soy solo un humano...- Elihja negó.

-No... No lo eres, tu dejaste mi anillo con Nicolas cuando nos separamos, tu no creías en mi amor, creías que tu magia era lo que me hacía buscarte con desesperación, sin recuerdos, sin conciencia, dijiste que si terminábamos juntos en esas circunstancias entonces me aceptarías...

-Si eso es cierto, quiero recordar- a pesar de lo loco que sonaba todo aquello sentía como si todo tomara sentido, como si algo que había olvidado estuviese volviendo a su memoria.

-Hay dos condiciones para recuperar nuestros recuerdos, el poder del nombre y el poder del anillo de la promesa, yo recuperé mis recuerdos cuando dijiste mi nombre y usaste mi anillo, ahora tu usas mi anillo, si digo tu nombre lo recordarás- Jack ladeó el rostro.

-Has dicho mi nombre muchas veces- Elihja negó.

-No, no completo...- Jack ladeó el rostro.

-¿Cuál se supone que es mi nombre completo?- Elihja desvió la mirada- ¿Lo dirás Elihja? – el espíritu apretó los ojos y parecía querer negar, pero finalmente suspiró y le miró con infinita tristeza, como si estuviese a punto de perder algo muy valioso, y pronunció su nombre, lo pronunció como una despedida.

-Jack Frost...- y una brisa acarició el rostro de Jack, abriendo su mente y aclarando todo en su cabeza, los recuerdos de los siglos, el cómo había cambiado de identidad una y otra vez como un ciclo interminable, su época como Odian, su época como cada deidad en cada tierra diferente, el momento en que conoció a Elihja, las dudas sobre el amor que decía tenerle y sobre todo... la esperanza porque fuera cierto.

Se quedó quieto mientras los pensamientos se iban acomodando uno a uno alineándose a los recuerdos y mientras lo hacía su cabello creció hasta tocar sus caderas, los rasgos de su rostro se afinaron y su piel se volvió blanca como el papel, sin asomo del sonrosado de la sangre en sus venas.

-Elihja...- susurró y esta vez un viento frío acompañó las palabras, Elihja levantó la mirada cual cachorro apaleado.

-Lo siento Jack, quise mantenerte engañado, pero no quería perderte de nuevo- Jack sonrió de medio lado y caminó a él, sus pasos fueron insonoros, como un revoloteo y le acarició la mejilla con su mano helada.

-Eres un idiota... ¿por qué habría andado en esta tierra como mortal si no fuera por la esperanza de que me hallaras? ¿De que aún sin recordarme tu corazón te guiara a mí? – Elihja recostó el rostro en la delicada palma.

-No lo se... quizá para esconderte del insolente que miró por encima de su cabeza- Jack se rió y algunos copos de nieve bailaron a su alrededor.

-Eres tan tonto... pero así te amo... ¿lo escuchas? Te amo Elihja- le aseguró y Elihja le acarició la mejilla también, tantas navidades, tantos viajes y por fin encontraba su regalo....



Copyright



<https://www.safecreative.org/work/1512316127399-viento-de-navidad>

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales. No se permite la distribución total o parcial de esta obra sin autorización del autor.

1a Edición - Diciembre 2015
Daniel Richards

¡Felices Fiestas!

Les deseamos lo mejor en este año que empieza y que se hayan pasado unas bonitas fechas navideñas. Esperamos disfruten la antología y el trabajo de todos los involucrados. ¡Saludos!

No olviden que pueden encontrarnos en:

<https://www.facebook.com/lmfujoshilmpfect>

<http://tintastudio.wix.com/store> (Proyectos / BL)

<http://oresama-perfect.blogspot.mx/>

Lexus – yamato.no.nadeshiko@gmail.com Siberian – vampire_siberian@hotmail.com

P.D: Extra con escena hot para día de reyes XD, byeee!!! Esperamos les gustara.



Daniel Richards

*Toda una
Vida*



Warrior Pink



¿Puedes imaginarte la mañana de navidad abriendo los regalos y ver que este año recibiste más de lo que esperabas? ¿Puedes evocar el olor a dulce y galletas o el sabor de la cena en nochebuena? ¿Puedes sentir la calidez de una taza de chocolate caliente cuando estás muriendo de frío?

Pues eso multiplicado por cien apenas y se acercaba a lo que sentía Fred cada vez que miraba a Robert.

Claro que aquello no siempre fue así. Ellos fueron amigos mucho tiempo antes de que eso pasara.

Y antes de que ellos se conocieran solo estaba Beth.

Beth y Fred se vieron por primera vez en la unidad de maternidad de la guardería “Arcoíris Brillante”. Ahí sus padres dejaban que otras personas les cuidaran mientras ellos intentaban lidiar con sus demandantes trabajos. Sin embargo, a pesar de que estuvieron juntos alrededor de cuatro años, ellos se hablaron hasta el primer grado de primaria, cuando Beth le pegó a unos niños que molestaban a Fred y le regaló su sándwich para que dejara de llorar.

Las constates intervenciones de Beth en pos de su salud y autoestima fueron suficientes para volverles amigos inseparables. Eran los dos contra el mundo hasta que llegaron a su primer año de secundaria.

Ahí conocieron a Marcus, un chico demasiado grande para tener doce y, la verdad sea dicha, nada agradable físicamente. El pobre no solo estaba pasado de peso, también tenía los primeros granos de acné asomándose en el rostro y una eterna expresión de enfado contra la humanidad.

Al principio ninguno de los dos se sentía a gusto con Marcus pues tenía una pinta demasiado peligrosa para dos niños que llevaban años lidiando con brabucones, sin embargo, se dieron cuenta rápidamente que solo era un bebé grande, demasiado infantil como para relacionarse con los chicos de su edad y por ello decidieron tomarlo bajo su tutela.

Marcus se acomodó rápidamente a los otros dos y en su tercer año les presentó a su primo Robert, o Rob, para los amigos. Este era un muchachito malcriado y molesto que gustaba de aprovecharse de su primo para que hiciera sus tareas por él.

Por algún tiempo Beth y Fred no podía ver a Rob ni en pintura y durante una fiesta de navidad en donde las familias de los tres se juntaron a celebrar, se les unió Rob cuyos padres se fueron al Caribe dejándolo solo para las fiestas. En aquel ambiente aislado de repente los cuatro funcionaron bien y desde entonces ya no eran un trio, sino un cuarteto.

Durante el verano Rob les convenció de que tomaran clases de tenis con él y para cuando ingresaron a la preparatoria Beth se había hecho un nuevo corte de pelo, llevaba un bolso de moda y solamente usaba faldas. Marcus se había vuelto inmenso pero había dejado atrás

su etapa de patito feo, era atlético y la confianza que ganó con su grupo de amigos se reflejaba en todos sus movimientos.

Fred perdió aquella consistencia de palillo que le caracterizaba y le cambió la voz. Sin embargo Rob no cambió absolutamente en nada a excepción de que su constitución naturalmente alta le levantó una cabeza sobre Fred. Lo que si se volvió diferente era los ojos con los que las chicas le miraban. De repente todas babeaban por él y a ninguna le importaba demasiado que no fuese la persona más simpática del mundo.

Luego de un par de meses todos les llamaban “Los cuatro fantásticos”.

A pesar de todo aquel no fue un año bonito y los dos años que siguieron a ese fueron peores. En la preparatoria tuvieron sus primeras peleas, reconciliaciones, decepciones amorosas, conocieron nuevas personas, hicieron nuevas amistades y todo se volvió turbio.

Las navidades de esos tres años también fueron realmente locas. Durante el primer año los padres de Beth se separaron y ella lloró toda la noche hasta que los chicos explotaron un pastel en un intento fallido por animarla.

Durante el segundo año se les sumó el novio en turno de Beth, quien se burló de Fred recordándole como todo el mundo ya sabía de su salida del closet. Marcus y Rob le echaron de la casa a patadas y a Beth terminó con él.

En el tercer año Fred descubrió que le gustaba Marcus, quien a su vez lloriqueaba porque estaba enamorado de Beth y a su vez ella salía con un chico que la había invitado con su familia a pasar las fiestas en su casa desde una semana antes.

El mal viaje les llevó a encerrarse en un cuarto a beber a escondidas de sus padres, mientras que Rob les acampanaba en la borrachera sin razón aparente. El veinticuatro de diciembre, las tres de la mañana, Beth les llamó llorando para contarles que su novio intentó aprovecharse de ella por lo que estaba sola, sin dinero y en la calle de un sitio que no conocía.

Como valientes caballeros de brillante armadura, tomaron el auto de Rob (Cuyos padres celebraban en Londres) y fueron en su ayuda. Ese año terminaron juntos, mirando el amanecer en la bahía del pueblo.

Cuando llegaron a sus casas los castigaron por un mes y los tíos de Rob le recogieron las llaves del auto. Una semana después ellos golpearon al ex novio de Beth y a los amigos de este, quienes esparcieron rumores desagradables sobre ella en la escuela. El director les suspendió y sus padres les castigaron otro mes, pero después de escuchar toda la historia completa le devolvieron las llaves del auto a Rob.

Finalmente vino la universidad.

El sitio donde tomaron caminos separados para seguir sus propios sueños. Sin embargo, el destino les unió dejándoles vivir en el mismo bloque de departamentos, el cual se encontraba cerca del distrito universitario.

Ese año Fred se enamoró completamente de Marcus, también fue el año en el cual este comenzó a salir con Beth y en el que Rob salió del closed, por lo que Fred no tuvo tiempo de sentir lastima de sí mismo y se tomó un trago a la salud de sus amigos. Durante la cena,

los padres de Rob recibieron las noticias y le llamaron desde las Bahamas para demostrarle su apoyo. Rob estaba realmente feliz.

Las siguientes navidades Freddie comenzó a superar a Marcus y salió con un par de chicos de los cuales ninguno logró llegar a Octubre.

Entonces apareció Timothy. El tipo que tuvo a Fred enganchado durante los siguientes dos años y medio.

El chico en cuestión esperaba a Fred, salía con él durante algunos días y luego conseguía a alguien más con quien pasar la noche. A veces le decía que estaba yendo en serio para, acto seguido, engañarle, dejarle plantado en diversas ocasiones, gritarle y reclamarle hasta que conseguía que Fred se culpase de todo, le llorara, le rogara y finalmente le pidiese perdón.

Beth, Rob y Marcus odiaban a Timothe y por supuesto que odiaban a la persona en la que Fred se transformaba cuando estaba con él. Pero lo aguantaban porque cuando él no estaba cerca era como si nunca hubiese llegado a sus vidas.

Durante las primeras navidades con Timothe en la vida de Fred (Las cuales sucedieron en el segundo año de Universidad) todo fue perfecto, ellos intercambiaron regalos, se rieron, celebraron, Marcus y Beth cumplieron su primer año de novios y los padres de Rob le llamaron desde Suiza para desearle feliz navidad además de preguntarle si tenía un novio con el cual pasar las fiestas.

Todo cambió a las doce cuando Timothe llamó y convenció a Fred para que se fuera con él, quien por supuesto, acudió a su llamado de manera inmediata. Luego de eso la fiesta se apagó, el pavo ya no les sabía igual y todos se fueron a dormir temprano.

Durante la segunda navidad con el innombrable (Que es como habían apodado a Timothe) Marcus y Beth celebraban la graduación de ella y anunciaron que esta esperaba un bebé.

Fred estaba feliz por sus amigos, pero Timothe había peleado con él unas horas antes y no logró pasarse ni el pastel de nuez con fresas (su favorito) para finalmente terminar peleando con los chicos a causa de los mismo.

Rob acababa de conseguir un novio ese año por lo que cuando este le confrontó sobre su creciente codependencia Fred le echó en cara el hecho de estar llevando a la fiesta a un chico que apenas conocía y también de no saber de lo que hablaba.

Evidentemente Fred fue quien habló de más cuando llamó a Rob pretencioso, arrogante, superficial y aseguró que no duraría con Tristan más de un mes. Probablemente también actuó imprudentemente cuando le vació la copa de vino encima y se largó arruinándole la fiesta a Beth y Marcus.

En su defensa estaba dolido, triste, solo y hundido en la autocompasión cuando Rob llegó a importunarlo. Beth y Marcus siempre sabían cuando, como y donde tratar con él. Pero Rob no tenía la paciencia ni el tacto para hacerlo, por lo que evidentemente terminaron peleando. La riña de ese año fue la peor y en Mayo cuando Fred cumplió años Ron no se presentó por lo que este pasó medio día con Beth y Marcus hasta que su bebé decidió que era el momento de nacer.

Aquella tarde llegó Ritani, dos meses antes de lo planeado, ella fue una revelación para todos, en especial para Fred que tuvo la mala suerte de comerse sus palabras al ver a Rob llegar al hospital con Tristan colgando del brazo. Ellos no se dirigieron la palabra ese día ni el resto del año.

Las siguientes navidades fueron muy tensas al principio porque Fred se distraía cuidando a Ritani pero todos sabían que estaba triste por haber cortado (o mejor dicho, haber sido cortado) definitivamente por Timothe, a quien Fred siguió toda la noche a través de sus redes sociales. No hubo peleas ni tampoco reconciliaciones.

Durante el siguiente año Rob y Fred se reconciliaron el cumpleaños de Ritani (Y del mismo Fred) pero no era lo mismo, pues al parecer Tristan odiaba a Fred porque Rob había pasado meses hablando pestes de él y luego se habían reconciliado como si nada. Además, el único antecedente que tenía Tristan de Fred eran aquellas navidades en las que este explotó y le aseguró una relación corta.

Finalmente Fred tuvo que marcharse temprano porque hubo un problema en su proyecto final y tenían que arreglarlo. Él se sintió un poco aliviado por ello y pasó el resto de la noche en un avión escuchando el más reciente remix de navidad interpretado por los cantantes de oda.

El siguiente año se graduó y a pesar de sus pocas expectativas consiguió un buen trabajo, por lo que, como todo buen novato en el empleo de sus sueños tuvo que tomar turnos extra y cubrir un par de días festivos, entre estos navidad, por lo que pasó las fiestas cantando

villancicos con Maya, Alfred y Taylor, sus compañeros de universidad, de proyecto final y ahora de oficina. Incluso les tocó en el mismo departamento.

Esa noche pidieron comida china mientras que alguien metió una botella de licor gigante para que bebieran (presuntamente Taylor).

Actualmente habían vuelto a Fred un empleado permanente él decidió tener una linda navidad con sus amigos de toda la vida. Pero como siempre, las cosas le salen mal, comenzando desde temprano cuando todo el mundo decidió dejarlo solo en casa de Beth y Marcus cuidando a Ritani mientras buscaban lo que faltaba para la cena.

— Ritani, eres toda una artista— Dijo Fred entusiasmado viendo a la niña usar sus crayones para pintar... “algo” mientras él permanecía recostado en la alfombra.

Ese día llevaba puesto un ridículo suéter beige de cuello alto con rayas verdes y rojas e la parte superior. Tenía los ojos con pronunciadas ojeras y el cabello castaño claro desordenado porque estuvo trabajado toda la noche para tener la siguiente semana libre.

El problema esa mañana fue que a pesar de que adoraba a Ritani, lo que no adoraba era a Tristan y Rob acurrucados en el sillón mientras veían por enésima vez las repeticiones de “Home alone” “El Grinch” y “Milagro en la calle 34”. Aquello le recordaba que estaba soltero, mientras cargaba sobre sus hombros el descubrimiento de que estaba enamorado de uno de sus mejores amigos.

Robert.

— Oh, qué lindo— Decía Tristan cuando el Grinch regresaba los regalos y Fred acompañaba la exclamación con un “Oh, muérase” — ¿No quieres venir Fred?— Preguntaba Tristan de tanto en tanto con un tono que dejaba claro que solo era una pregunta por puro protocolo.

— Tengo una cosa más linda aquí Tristan y si la pierdo de vista su madre me matará, pero gracias de todos modos— Contestaba Fred con tono aburrido y sin ánimos de ser cortés.

— Oh bueno— Terminaba él hasta que alguna otra “cosa tierna” pasaba en la tele.

Fred por su parte miraba fascinado el arte de Ritani y la ascendió a artista con plumones en menos de una hora. Cuando la niña hubo terminado Fred se arrastró hasta donde estaba ella, la abrazó, y colocó la cámara de su nuevo súper teléfono frente a ellos.

Sorprendentemente Ritani sostuvo su dibujo al frente sonriendo de manera tan linda que Fred no pudo evitar imitarla.

“Mi sobrinita es toda una artista, estoy ansioso de que aprenda a firmar y pueda tener un Ritani original y autografiado”

E inmediatamente sus compañeros de trabajo comenzaron a hacer comentarios de lo linda que era ella y de cómo no se parecía en nada a su feo tío.

Aquello animó un poco a Fred quien comenzó a recibir inbox de sus compañeros que planeaban una fiesta para el veintisiete de diciembre. Fred no recordaba tener planes para ese día de modo que pasó la siguiente hora intentando ponerse de acuerdo sobre la hora y el lugar.

Para cuando Beth y Marcus llegaron el aun no tenía nada claro y decidió dejar que los demás hablaran para ir a saludar.

— Mira Ritani ¡Ya llegó mamá!— Exclamó Beth cargando a la niña para llevarla a la cocina donde Rob y Tristan ya ayudaban con las compras.

— Y papá también llegó— Exclamó Marcus mostrando sus dientes blanquísimos mientras sonreía— No te olvides de papá— Terminó haciéndole una mueca a la nena.

Ritani le miró fijamente y sonrió cuando Marcus le puso una paleta grande, brillante y roja con rayas blancas frente al rostro. La niña extendió la mano para alcanzar la paleta, pero Marcus la escondió acercándose las mejillas para que lo besara. Ritani rio fuerte escondiéndose en el cuello de Fred, todos soltaron una carcajada ante la reacción de la niña.

— No te quiere Marcus, la nena prefiere a su tío Fred— Bromeó mientras le extendía la mano— Y hablando del tío Fred, él también quiere una piruleta.

— Un carbón es lo que te mereces— Contestó Beth poniéndole una paleta de menta en la mano. Mientras tanto Marcus siguió intentando que la niña lo besara.

— Traje ensalada navideña— Anunció Tristan entrando por la puerta.

— Gracia, me encanta tu ensalada—Marcus hablaba apresuradamente intentando mirar el contenido del traste.

— Nos quedó claro el año pasado cuando te acabase todo el bote antes de la media noche— Le dijo Rob y este se mostró avergonzado.

— Y cuando pediste que llevara a tu fiesta de cumpleaños — Fred recordó aquella celebración como una de las tantas a las que no pudo asistir por culpa del trabajo.

— Y cuando fuimos a las cabañas durante el verano — Exclamó Tristan con un tono que a Fred le sonó chocante. Rob soltó un gruñido, Beth puso cara de haber visto un muerto y Marcus dejó caer la pelta al suelo.

— ¿Qué cabañas?— Preguntó Fred y todos esquivaron la mirada, por la expresión de Trisan supo que había hecho la pregunta que él esperaba que hiciera.

— A las que fuimos el verano pasado, íbamos a decirte pero como estuviste ocupado todos los días festivos no nos molestamos en llamarte— Comentó Rob quien repentinamente parecía muy interesado en el contenido de la alacena— Después de todo —Agregó — como ya tienes nuevos amigos pensamos que no querrías tomarte días libres con tus viejos y aburridos amigos.

Fred estuvo a punto de decir algo pero al ver el rostro de Tristan se lo pensó mejor.

— Bueno— Susurró— Al menos si es cierto que son viejos— Y Beth se rio lanzándole un trapo a la cara.

— ¡Oye! ¡A quien le dices vieja!— Fred le sacó la lengua.

— A ti bruja— Y ella se puso las manos en las caderas.

— ¿Perdón?— El negó con la cabeza.

— No dije nada princesa— Y Marcus agregó que tenía hambre así que cambiaron de tema rápidamente. Fred se sintió bien al notar que Beth reprendía a Rob con la mirada mientras Marcus le hacía señas con el rostro.

— Vamos preciosa, ven a jugar con el tío Fred— Y se rió por lo bajo ya que nadie llamaba a Tristan, el tío Tristan.

Por otro lado Rob estaba hecho un energúmeno. Había entendido claramente las intenciones de Tristan al mencionar la cabaña. Entendió también que aquello no causó el efecto deseado sobre Fred y había querido golpearse por permitir que aquella situación le hiciera sentirse acorralado.

— ¡Ve a disculparte grandísimo animal!— Le dijo Beth una vez que consiguió encontrarle a solas, él supuso que a pesar del tiempo ella seguiría siendo la protectora más fiel de Fred.

Finalmente que iba a disculparse pero no quería hacerlo.

Seguía molesto con él, siempre estaba molesto con Fred, sobre todo después del incidente de navidad. El sinceramente no seguiría con su novio si no fuese por lo que Fred les dijo e intentó poner todo de sí en aquella relación.

Pero Tristan.

Oh Tristan.

Hubo un tiempo en el que pensó que podría llegar a quererlo. Él creyó genuinamente que si se esforzaba todo aquello funcionaría e intentó tan fuertemente que no tardó demasiado en cansarse.

Tal vez había sido pretencioso al pensar de aquella manera y ahora Tristan se había dado cuenta de que por alguna razón lo tenía enredado en su meñique así que comenzaba a aprovecharse de ello.

Rob aspiró fuerte y contó hasta diez antes de asomarse a la sala de estar donde Fred jugaba con Ritani.

Dentro de la habitación Fred cantaba y bailaba con la niña, quien se reía como loca mostrando sus dientecitos a medio salir e intentando seguirle el paso.

La voz de Fred apagaba las voces de la televisión en la otra sala y de alguna manera no desafinaba a pesar de moverse como un profesional. Rob ladeo el rostro examinándole en silencio, Fred se las estaba arreglando para no parecer ridículo mientras bailaba Best Day of My Life de American Authors con una infante que había aprendido a caminar el año pasado y aun no daba señas de ser la niñita mas habladora del mundo.

— Y Beth se pregunta porque sigue soltero— Comentó Tristan que acertaba a pasar por ahí en medio de su trajín— Tiene la sensualidad de un pato— Sentencio con tono aburrido regresando a la cocina para intentar ganarse a la dueña de la casa.

Rob tuvo que admitir que tenía razón. Fred no era sexy. Era un jodido crack. A él no le hubiese sorprendido que de repente se pusiera a dar cabriolas y girara sobre la cabeza pero supuso que Beth no apreciaría un agujero en la cabeza de su nena cuando esta intentase imitarle.

— ¿Desde cuándo bailas así?— Preguntó subiendo la voz para que lo escuchase. Este pareció algo sorprendido por la intromisión de Rob pero aun así se encogió de hombros.

— A Timothe le gustaba bailar y se molestaba si no podías seguirle el paso— Dijo como si nada, aunque se podían notar muestras del desastre que el tipo había dejado atrás— También le gustaba American Authors— Y Rob se molestó un montón cuando descubrió cierto tono de melancolía en su rostro.

— Seguro tomaste clases para complacerlo— Comentó con sarcasmo y se sintió aún más molesto cuando Fred se sentó en posición de lotto encogiéndose de hombros.

— ¿Qué puedo decir? Estaba idiota— Rob aspiró contando hasta diez.

— ¿De verdad? ¿Estabas?— Y vio como este se cruzaba de brazos con expresión moleta.

— ¿Viniste a buscar pelea?— Rob cambió su expresión y avanzó sentándose frente a él y jalando a Ritani para que se sentara también.

— Mira, lo siento por lo de hace rato— Guardó un segundo de silencio y luego levantó la vista— Por mí y por el comentario de Tristan— Rob vio como una gran sonrisa se extendía en la cara de Fred.

— Está bien, no me importa— Y entonces sintió ganas de darle una bofetada por decirle que sí de manera tan rápida. Precisamente ese poquitito de espacio que tenían para el rencor era lo que lo llevó a arrastrarse tras Timothe tanto tiempo.

— Entonces ¿Estamos bien?— Preguntó pidiendo a sus adentros que le gritara y le dijera que no, pero Fred solo asintió— Bien, voy a ayudar a Beth con la cena— Y se levantó para irse.

— Ey Rob...— Dijo antes de que el susodicho saliera de la habitación.

— ¿Si?— Contestó girándose. Fred miraba fijamente a algún punto muy lejano. Como si su mente ya no estuviera ahí.

— ¿Eres feliz con Tristan?— Rob se obligó a mentir.

— Si fuese infeliz no seguiría con él— Y se arrepintió de ello casi inmediatamente.

— Eso está bien— susurró con una sonrisa tenue en los labios, Aquello no era lo que Rob esperaba ni lo que Rob sería. Suspiró y se fue del cuarto cabizbajo.

Fred entendía porque Rob estaba siendo quisquilloso con el asunto de los nuevos amigos. Si revisaba las fotos de su muro la mayoría eran en bares, fiestas o celebraciones del trabajo, por lo que estaba todo el tiempo al lado de sus compañeros.

El no recordaban haber salido en grupo con los chicos desde hace bastante tiempo y eso estaba siendo un verdadero incordio en sus relaciones.

— Hey Ritani — Dijo mirando a la niña quien estaba repentinamente interesada en algunos adornos demasiado brillantes como para no mirarlos — Parece que ambos estamos obsesionados en cosas que no podemos tener ¿eh? — La niña ni siquiera parpadeó, seguía

asediando con la mirada aquel adorno tan atrayente— Vaya, será demasiado tarde cuando te des cuenta de que ese de ahí— Comentó señalando al adorno— Pertenece al señor árbol aburrido.

El quiso reírse de su propio chiste pero lo único que salió fue un gruñido amargo.

Su teléfono sonó. Última mente siempre sonaba cuando estaba triste y lograba sacarle una sonrisa. Era Taylor cuya madre estaba aparentemente demasiado interesada en su vida amorosa.

— Al menos tú tienes vida amorosa — Le escribió el — Lo único que yo tengo es una lista de ex terribles, unos amigos que salen a todos lados sin mí y una niña de dos años enamorada de un adorno de navidad.

Sus amigos del trabajo se reían a través del chat mientras le preguntaban acerca de la situación y él les contó todo con respecto a Rob y su novio.

— Vaya — Le contestó uno de ellos — Pues tú dijiste que hoy no tenías tiempo, pero al diablo, mejor ven a beber con nosotros.

— Ese plan suena bien — Contestó el — Seguramente mi linda sobrinita agradecerá un trago.

— Yo tengo un primito de su edad, a lo mejor los presentamos y tu Ritani consigue su primer ligue — Dijo otro. Él solamente se rio cuando los chicos comenzaron a vender a sus familiares para la niña. Probablemente no iba a ir a la fiesta del bar, él iba a quedarse a recuperar el tiempo perdido con su grupo de amigos de la infancia.

O al menos eso se había dicho hasta que se sentó a cenar con ellos y estos comenzaron a hablar de cosas que habían hecho sin él. Fred estuvo en silencio todo el tiempo, al principio intentaba seguirles el ritmo de la conversación pero finalmente se rindió al respecto y terminó dándole de comer a Ritani para que su mamá pudiera sentarse en paz.

Marcus y Beth eran considerados al respecto, pero Rob no parecía frenarse a la hora de recalcar el poco tiempo que pasaban juntos y su novio estaba empeñado en ocupar su lugar en la mesa. Cuando la cena terminó ya eran las diez y el resto no estaba de humor para sentarse a ver la película que Fred rentó para ellos. Cuando intento insistir en que la vieran el novio de Rob interrumpió la conversación.

— Ya déjalos en paz que están cansados ¿Que no vez que hemos estado ocupados? Aunque supongo que no lo sientes porque pasaste todo el día tirado con la niña— Beth y Marcus no dijeron nada, pero parecían dispuestos a pelearse con Tristan por aquel ataque.

Sin embargo el prefirió desestimar la acusación y dejarlos tener una charla relajante frente a la chimenea bebiendo una taza de café. Había sido una mierda de plática en la que nuevamente luchaba por ser incluido, pero al menos le había dejado unas lindas fotos para su instagram.

A las diez y media los del trabajo se ofrecieron a pasar por él. Lo tentaron con cervezas y fiesta loca de modo que echo un vistazo a su alrededor y aceptó.

— Llegamos en cinco minutos —Escribió Taylor en un mensaje y el bloqueó su teléfono para mirar a sus compañeros que aun hablaban entre ellos. Tuvo que respirar hondo, pero se armó de valor para decirles cuando estos estaban por marcharse a dormir.

— Eh, chicos, mis compañeros de trabajo pasan por mí en un rato así que me quedaré abajo esperándoles — Intentó sonar casual, pero el silencio fue más incómodo de lo que esperaba. De repente todos lo miraban como si tuviese un gran bicho en la cara y Tristan le sonrió como si acabase de probar un punto. Rob frunció el ceño en cuanto procesó las palabras de Fred.

— Nadie va a abrirte en la madrugada — Fred apretó los labios temiendo que se molestaran más de modo que miro a Rob y se encogió de hombros.

— No te preocupes, no regresaré hasta el medio día... Probablemente — Beth miro a Marcus.

— No importa, ya nos íbamos a dormir y te mereces un rato de fiesta después de cuidar a Ritani dúrate todo el día— Marcus asintió y Tristan rodo los ojos con una sonrisa en el rostro, acurrucándose en el hombro de Rob.

— A nosotros nos da igual, nos deja el piso de abajo para que estemos solos un rato— Nadie dijo nada después de eso hasta que un montón de risas y gritos de fiesta sonaron en la puerta.

— ¡¡Eddie!! — Gritó una voz desde afuera seguida de una carcajada.

— ¡Es Freddie! — Exclamó otra voz a lo que Fred solo se sonrojo y salió corriendo rumbo a la puerta.

— Bueno, creo que nos vemos — Pero Rob le jalo del brazo deteniéndole a medio camino por sobre el respaldo del sillón. Tristán frunció el ceño al quedarse repentinamente sin su recargadera.

— Espera un momento — Fred sabía que aquel tono no significaba nada bueno para él y lo comprobó cuando las siguientes palabras salieron de sus labios — ¿Por qué no nos presentas a tus amigos del trabajo? Queremos conocerlos — Fred giro el rostro hacia Beth y Marcus quienes se encogieron de hombros, pero parecían repentinamente interesados en las personas detrás de la puerta. Él se mordió los labios hasta que finalmente cedió llevando a todos a la entrada.

Lo primero que vieron los chicos fue a Taylor a punto de golpear por segunda vez la puerta, con la coleta rubia despeinada y la cara roja por el frío y la bebida.

— Heeeyyyy que taaaaal — Exclamó alargando las palabras porque probablemente ya llevaba unas copas encima.

— Taylor, te presento a mis amigos, estos son Beth, Marcus, Rob y su novio Tristan — Este pareció regodearse al escucharle decir lo último — Chicos, les presento a Taylor, compañera del trabajo — Beth la saludó enérgicamente, al parecer creía que ella era adorable y los demás comenzaron a socializar rápidamente excepto una persona.

Fred se giró para comprobar las reacciones de Rob, pero la mirada de este se encontraba clavada en alguien más. Siguiendo el rumbo de sus ojos se fijó en Alfred y Preston, los dos tipos más guapos de la oficina.

— Y estos son Preston, Alfred, Maya y... Dave — Dijo intentando no desviarse del tema aunque el resto ya estaban intercambiando saludos y besos.

Nuevamente Rob parecía reacio a saludar a los chicos. Fred se rio recordando como se ponía su amigo cuando encontraba personas a las que consideraba "amenazas". El miro a Preston y a Alfred, ninguno de los dos estaba siquiera mirando a Tristan, así que supuso que la molestia provenía directamente de la amenaza que representaban para su propia hombría.

Preston siempre fue un tipo guapo, agradable y a muchos en el trabajo les había robado la cordura. Fred no lo conocía demasiado, aquel tipo era cercano a Maya y a Taylor, por lo que a veces se presentaba en las fiestas como un extra y de lo poco que habían convivido podía decir que era de esos que hacia ejercicio cada mañana y compraban ropa de marca, trajes a la medida, además de preocuparse por su corte como si se tratase de un cheque de pago recién entregado.

Probablemente Preston se miraba más veces al espejo que el mismísimo Narciso y tenía la apariencia de esas personas que odian ensuciarse. Pero con todo y que ni siquiera era su tipo, Fred no podía negar que se caía de bueno.

Alfred por su parte tenía apariencia de modelo. Literalmente, era atractivo, alto, muy delgado y caminaba como si el mundo le debiese algo. A la gente le gustaba por eso, les daba la sensación de estar hablando con una celebridad, aunque no tenía rasgos perfectos su prescencia era suficiente para opacar sus defectos físicos. A Fred le había gustado nada más verlo entrar al salón durante el primer año de universidad, pero hubo un pequeño problema con aquella atracción.

Lo conoció.

Alfred era un tipo raro al que no le gustaba la carne ni la comida chatarra, de esos que coleccionaba esferas de nieve y se emocionaba con los documentales sobre temas extraños como las rocas volcánicas o tipografía. Era raro en muchos otros sentidos y nadie quería tener que lidiar con ello, por lo que preferían mantenerse a lo lejos para que esa imagen de tipo genial no se destrozara. A Fred le caía bien igual que al resto del grupo pero nadie lo quería de pareja.

De todas formas para el que conocía los dos lados de la moneda resultaba gracioso saber que Rob los veía como una posible competencia. Si ellos siguiesen siendo tan amigos como cuando estaban en la preparatoria entonces quizás se habría burlado un poco de él mientras nadie se daba cuenta, pero lo máximo que pudo hacer fue sonreírle y encogerse de hombros cuando sus miradas se cruzaron. Rob en cambio le hizo una señal para que se acercase y Fred lo hizo un poco intrigado por lo que tuviese que decir.

— Ninguno de estos es amigo de Timothe ¿Cierto? — Sus ojos se abrieron con sorpresa ante la pregunta, pero enseguida sonrió negando con la cabeza.

— No, la verdad es que ninguno de mis amigos soportaba a Timothe — Rob le dedicó una sonrisa cómplice, como hace tiempo que no lo hacía.

— Vaya, pero si era tan agradable el difunto — Él se rio dándole un pequeño empujón en el hombro.

— Pero así tu amabsa a Timmy — Rob le hizo una mueca y estaba a punto de decir otra cosa cuando el Maya les interrumpió.

— ¡Oh dios mio ya es tarde! Tenemos que irnos — Luego miro a los chicos y sin permiso de Fred dijo — Tenemos que ir a embriagarnos ¿Les gustaría venir? — Beth se rio, parecía realmente cansada.

— Quizás en otra ocasión, ahora mismo estamos hechos polvo — Y Tristan agrego

— A nosotros no encantaría — Dijo incluyendo a Rob en su respuesta— Pero hoy tenemos planes, quizás en otra ocasión — Maya se encogió de hombros y despidiéndose salieron de la casa.

— Parece que causamos una buena impresión — Dijo Maya tomando el volante, Fred se rio negando con la cabeza.

— Deja de hacer propios los logros de tu acondicionador — Él era consciente de que Beth había quedado fascinada con los rizos de la chica, ella se encogió de hombros.

— Mi cabello es parte de mi encanto — Y Preston ellos comenzó a reírse.

— Tu y Taylor me deben ese encanto entonces — Taylor ya se había pasado de copas y arrastraba las palabras así que cuando comenzó a hablar el no entendió la mitad de lo que ella dijo. Le hubiese pedido que le repitiera todo, pero se enfrasco en una gran pelea con Dave y Alfred quienes estaban casi tan ebrios como ella.

— Dios, ustedes llevan cola esta noche ¿Cierto? Cuanto han bebido esos tres — Preston sonrió y negro con la cabeza.

—Estamos bebiendo desde las nueve — y Maya completó soltando una carcajada.

— De la mañana — Fred abrió la boca sorprendido. Ellos solían ser fiesteros pero en general no eran de los que se pasaban todos los días borrachos. Maya pareció leer sus pensamientos y bajó la voz para hablarle.

— Es por Taylor, ha estado triste toda la semana porque su madre le presiona para que se case pronto, le dijo que saque provecho de su rostro y se consiga un tipo rico que la mantenga pero Taylor no quiere saber nada de eso—Preston se acercó a ellos desde atrás y les dijo.

— Ella dice que si no lleva un novio a casa este año entonces que no se aparezca por la fiesta de navidad ni de año nuevo y como nosotros somos lacras solitarias nos ofrecimos a sacarle de fiesta para que se olvide del asunto — Fred levanto una ceja.

— Su madre está completamente loca, lleva todo a un nuevo nivel— Maya se rio.

— Igual que Taylor.

Rob estaba sentado en el sillón viendo “Viernes 13” cuando Tristan apareció con palomitas en un cuenco y se sentó a su lado sin prestarle demasiada atención. Rob había notado que cuando Fred no estaba cerca él no se sentía obligado a ser horriblemente pegajoso y parecía bastante indiferente de las cosas tiernas.

— ¿Ya has visto esta? — Preguntó Rob, ellos últimamente tenían esa clase de conversaciones banales para llenar los espacios. Tristan asintió distraído y luego tomo su teléfono celular. Rob lo consideró como una advertencia para que dejara de hablarle así que se giró a la pantalla pero cinco minutos después él ya le estaba jalando la manga del suéter — ¿Qué pasa? — Tristan le extendió la mano.

—Prestarme tu móvil — Rob quiso decirle que se fuera al cuerno, pero le pasó el aparato de todas formas.

— Tiene contraseña — Dijo simplemente y Rob lo desbloqueo rogando porque no le pidiese su PIN.

Sorprendentemente el chico parecía más interesado en teclear sobre la pantalla del aparato que en invadir su privacidad y no pudo evitar sentirse curioso al respecto. Tristan se giró un poco tapando su campo de visión mientras tocaba aquí y allá.

— Deja de espiar — Dijo y Rob apretó los labios volviéndose nuevamente hacia la película.

— Oh — Escuchó decir de repente — Parece que tienes al lindo Fred entre tus búsquedas predeterminadas— Rob alargó el brazo inmediatamente para quitarle el móvil.

— Deja eso ¿Que carajos haces? — Preguntó forcejeando con él y este solo se rio.

— Basta, mira esto — Comentó de manera burlona mostrándole la foto más reciente en el muro de Fred donde sonreía dentro de un auto con los chicos de su trabajo. La habían tomaron apenas hace unos minutos — Se divierte bastante sin ti— Afirmó y Rob se quedó en silencio mirándole fijamente.

— A que estás jugando — Masculló molesto y Tristan se encogió de hombros con una sonrisa en los labios.

— Mi teléfono se ha quedado sin datos y papá prometió escribirme hoy. Estaba por salirme de tu cuenta cuando vi la foto— Y frente a sus ojos cerró la sesión para abrir la suya.

Rob volvió a sentarse en su lugar sin decir nada más. Sabía lo bien que se llevaba Tristan con su padre y lo lunático que podía ponerse si no hablaba con él cada cierto tiempo. Él le preguntaba todo a su padre antes de hacer cualquier cosa y muchas veces incluso pasaba por encima de Rob si lo creía necesario.

Rob sabía que el papá Tristan era el peor suegro del mundo. El odiaba a Rob con las fuerzas de su alma y era la combinación perfecta de padre sobreprotector y madre entrometida y manipuladora. Todo en el mismo paquete. Cuando era ocasión de visitar a sus familias, la parte de ir con el papá de Tristan le hacía preguntarse si todo aquello valía la pena, en especial porque a Fred le importaba cada vez menos lo que pudiese pasar con la vida de Rob.

— Joder —Murmuró para sus adentros mientras Jason perseguía a su siguiente víctima en la pantalla.

Al día siguiente Fred apareció hecho una mierda y cuando abrió la puerta la pequeña Ritani corrió a saludarlo. Él le sonrió a la niña que parecía encontrar divertido su rostro, porque en cuanto él la cargó ella empezó a pasar sus manitas sobre él jalando y apretando todo.

— Ritani, vas a dejar a tu tío Fred más feo de lo que es — Dijo Tristan saliendo de la cocina para regresar a ella tarareando una canción de navidad. Fred se quedó de piedra, con todo y el comentario sobre su fealdad era lo más agradable que había sido en mucho tiempo.

— ¡Dios mío! ¡Qué bueno que llegaste Fred! ¡Estoy asustada! — Dijo Beth dando la vuelta en el pasillo y hablándole con un tono muy bajo— Ha estado así toda la mañana, incluso se ha ofrecido a cuidar a Ritani durante la tarde, no sé qué le pasa — Fred casi se votar a reír.

— Pensé que eran los grandes amigos — Beth le hizo una mueca de desagrado, como una niña pequeña cuando le dan a comer rodajas de limón.

— ¿Nosotros? ¿Estás loco? Solo lo aguantamos por Rob, ya sabes, llevan tanto tiempo que ya es como una especie de vecino molesto que no planea mudarse pronto de la ciudad — A Fred le sorprendió la respuesta pero no dijo nada más, en su lugar comenzó a caminar asomándose por la la cocina.

— Ey, cenicienta, prepárame un café — Exclamó intentando molestar a Tristan pero sin ponerse realmente en ello.

— Seguro — Contestó como si nada — ¿Negro o con leche? — Fred volvió al pasillo con los ojos muy abiertos.

— Ha perdido la cabeza — Comentó y Beth señaló la puerta de la cocina.

— ¡Te digo que estoy asustada! ¿Y si no los cambiaron por la noche? ¡Seguro que Rob nos mata se da cuenta de que lo rompimos!—Fred se rio ante la manera en la que ella se expresaba, era como tener una charla con la vieja Beth.

— Es que habló con su padre anoche — Dijo Rob haciéndolos gritar.

— ¡¿De dónde saliste?! — Preguntó Fred, él se encogió de hombros.

— La sala — E hizo una pausa antes de seguir hablando — En fin, él se pone de bien humor cuando habla con su papá, aunque es extraño, hoy está especialmente feliz, debe ser que su espíritu navideño salió después de la película de anoche — Luego le miro de arriba abajo

— Parece que tuviste una gran juerga — Fred se encogió de hombros.

— Creo que perdí un zapato — Y Rob se rio al darse cuenta de que efectivamente le faltaba uno.

El resto del día fue extraño con Tristan siendo bueno con todos y Rob mucho más relajado de lo que lo habían visto en mucho tiempo. Fred se preguntaba qué tanta influencia tendría su padre en Tristan y le preguntó a Rob. Por la expresión en su rostro debía ser más de la que él hubiese querido.

Fred miró a la feliz pareja subir junta a la habitación pero algo extraño pasó a la mañana siguiente. Ellos no bajaron juntos como era su costumbre ni se sentaron a comer postre acurrucados frente a la televisión. Fred supuso que era cosa de su mal horario que le obligó a despertarse inusualmente tarde por culpa de la salida del día anterior. Como sea, el no hizo una sola pregunta al respecto y como ni Beth ni Marcus mencionaron el asunto prefirió dejarlo pasar.

Sin embargo, cuando al anoecer no vio rastro de Tristan en la casa se vio obligado a acercarse a Rob de manera cautelosa.

— ¿Y tú amorcito? No lo veo cerca desde en la mañana— Rob chasqueo la lengua y no dijo nada, era molesto tener que hablar de su vida amorosa con Fred, quien parecía interesado en el asunto aunque no quisiese demostrarlo. Aquello le dio una especie de esperanza tonta que se negó a dejar salir de lo más profundo de su pecho.

— ¿Te divertiste anoche?— Dijo cambiando de tema de manera bastante evidente.

— Más o menos, no fue del todo una celebración, fue más bien como una fiesta de mal de amores— Rob no quiso sonar demasiado curioso de modo que se tomó un segundo antes de decir.

— ¿Mal de amores? ¿Es que acaso saliste a beber por nuestro difunto Tim?— Fred se rio y negó con la cabeza.

— Para nada, hace demasiado tiempo que no me bebo nada por ese tipo— En cambio últimamente cada vez que se pasaba de copas su mente corría hacia Rob y Tristan.

— Eso está bien... ¿Entonces haz comenzado a beber por ti mismo?— Fred negó por segunda vez.

— Por Taylor, que no puede conseguir un novio para presentarle a sus mamá— Rob se quedó pensativo evocando el recuerdo de la chica.

— No puedo imaginarme por qué, ella es adorable — Fred estuvo de acuerdo.

— Es que tiene malísima suerte para los chicos, prácticamente le es imposible conseguir a alguien que esté a la altura de sus pobres expectativas y mucho menos alcanzar las de su

madre— Soltó un suspiro — Supongo que se parece mucho a alguien que yo conozco— Dijo refiriéndose a sí mismo. Rob le miró fijamente.

— Tal vez el problema de Taylor es que nunca mira en la dirección correcta. Quiero decir, muchas veces dejas pasar de largo lo evidente por la ilusión de algo nuevo e intrigante— Fred miró en su dirección, la expresión en su rostro le pareció tan indescifrable que tuvo que aclararse la garganta para alejar la mirada de su rostro— Quiero decir, ese tal Alfred parece un buen partido, igual y harían una buena pareja— Fred se quedó pensativo un momento. Seguro imaginando a sus amigos juntos y luego comenzó reírse.

— Alfred es demasiado raro para Taylor — Luego hizo una pausa poniendo cara de desconcierto — Alfred es demasiado raro casi para cualquiera.

— Pues seguro que tiene a las chicas lloviéndole, parece un tipo apuesto.

— Lo es— Afirmo el rápidamente— Pero no tiene mucha suerte en cuanto al amor, además, él no es de los que se diga un mujeriego, ni siquiera le gustan las mujeres — Rob maldijo para sus adentros. De modo que el tipo apuesto de la noche anterior estaba soltero y disponible para el momento en el que Fred se decidiera a volver al juego, si es que aún no lo había hecho todavía.

— Oh... — Suspiró por lo que estaba a punto de hacer, pero tenía que estar seguro de todo antes de hacer un movimiento demasiado imprudente— Y... ¿No estas interesado en él? Quiero decir, desde lo de Timothe no has salido con nadie, sé que no ha pasado mucho tiempo realmente pero tengo curiosidad de saber cuánto más permanecerás de luto— El trató de sonar como un amigo preocupado. Nada más lejos de la realidad.

— ¿Tratas de convertir esta conversación en un club de chicas?— Preguntó Fred eludiendo su respuesta de manera rápida y Rob no pudo evitar notar el color en sus mejillas.

— Solo pregunto ¿Sabes? Todavía seguimos siendo amigos— El rostro de Fred se puso blanco y volvió a mirarle fijamente— No me pongas esa cara— Rob comenzaba a desesperarse de intentar descifrar a Fred.

— Perdón, pero es que con todo lo que ha pasado en los últimos años esta conversación es realmente bizarra— Rob suspiró.

— Supongo que sí.

Fred miraba fijamente a Rob mientras hablaban. Hacía mucho tiempo que no estaban tan cerca y no podía evitar darse cuenta de los pequeños cambios en su rostro. De repente lucía menos arrogante de lo usual, tenía una pequeña arruga entre ceja y ceja, probablemente porque con el tiempo sus preocupaciones lo mantenían con el ceño fruncido. Ahora había renunciado a dejarse la molesta barba que insistió en usar durante la preparatoria y su cabello se mantenía un poco más abajo de lo reglamentario en aquella época.

El definitivamente se veía más viejo, pero no demasiado. Rob le había contado que a los veinticinco la edad de su familia se detenía hasta los cuarenta, cuando comenzaban a envejecer realmente. Ellos no habían hablado de sus familias o su vida amorosa desde hace mucho tiempo. A veces Fred llegaba a pensar que ellos dos nunca habían llegado a ser realmente amigos pero después de recordar sus días en el instituto se retractaba de aquella tonta idea.

Las cosas podían ser diferentes actualmente, pero ellos definitivamente habían sido amigos, casi hermanos. Era un poco triste pensar que últimamente no hablaban sin hacer notar un poco de desagrado. De hecho la conversación de esa noche era el intercambio de palabras más civilizado que habían tenido en un largo tiempo.

— Hace mucho...—Comenzó a decir Rob repentinamente mientras pasaba de canal en canal— Me di cuenta de algo— Fred esperaba que el dijese algo mas y el silencio volvió hasta que se dio cuenta de que su amigo intentaba que él le diese su aprobación para seguir hablando

— ¿Qué cosa notaste genio?— La verdad no se imaginaba de que querría hablar porque desde hace tiempo que tampoco tenían mucho que contarse entre ellos.

Con trabajos distintos, horarios distintos y vidas casi completamente paralelas aquello no funcionaba demasiado bien. No es que se llevasen mal, simplemente no había demasiado en común entre ellos en los últimos días, era como si aquella amistad de antaño se hubiese apagado poco a poco.

— Que cuando estaba en la preparatoria...—El parecía no querer decir aquello pero finalmente se armó de valor— Bueno, cuando estábamos en la preparatoria me gustabas bastante.

Los ojos de Fred se abrieron como platos y no pudo evitar girarse para mirarlo buscando un atisbo de broma en su expresión. Rob le sonrió, ellos se conocían lo suficiente como para saber que aquello iba en serio.

— Wao...—Las palabras se le quedaron trabadas en la garganta, realmente no esperaba una confesión así por parte de Rob, pero lo que más le molestó fue ese tono de añoranza en su voz que dejaba clara una cosa. Él estaba hablando del pasado.

— ¿No dices nada?—Rob sonaba bastante relajado al respecto pero por dentro se moría de miedo. Él pensaba que hablando de esa manera sería más fácil que el supiera lo que pasaba, no quería llegar a viejo con algo como eso pesando en su corazón e irónicamente fue la conversación que tuvo esa mañana con Tristan la que le dio el valor de dar a conocer sus sentimientos. El hijo de puta tenía una maldita manera de hablarle que hacía que quisiera torcerle el cuello pero esa plática en especial había sido reveladora.

—Bueno, no sé qué decir exactamente... Solo que no tenía ni idea...—Aquello era una mentira, sabía exactamente lo que quería decir , quería preguntarle si el aun tenía esos sentimientos por él y si era posible que dejase a Tristan pronto, pero no quería ser un idiota con Rob ni tampoco quería sonar tan desesperado.

—Pensé que era lo suficientemente evidente, es decir, me aparecía por todos tus partidos y a menudo te invitaba a salir, incluso te compraba cosas cuando las querías— Fred abrió la boca pero nada salió de ella, tenía las mejillas rojas y por un momento se sintió como esas chicas que dejaban a los chicos en la incómoda friendzone, a la espera de cualquier migaja emocional que estas pudiesen ofrecer, sin embargo, después de un momento de estupefacción frunció el ceño.

— Hombre, tu hacías eso con todos, es decir, si, hacías todas esas cosas por mí pero también las hacías por Beth y Marcus, yo nunca sentí que me prestases más atención que la

necesaria, no tenía manera de darme cuenta— Rob se acomodó en el sillón para quedar de frente a él, se estaba riendo pero también era firme en sus argumentos.

—Oye, oye, yo no hacía esas cosas por ellos dos, a lo mejor siempre estaban presentes cuando me ponía en plan de conquista pero no quiere decir que fuese así con todo el mundo—Fred se encogió de hombros.

—Bueno, si te gustaba realmente debías conocerme hasta el punto de saber lo que me cuesta darme cuenta de las cosas, lo que es más, incluso aunque no te gustara ¿No llevábamos mucho tiempo siendo amigos como para que lo supieras?— Rob se rio.

—Bueno, quizás fue un poco mi culpa que nunca te enteraras.—Negó con la cabeza — Me acuerdo que durante todos esos años tenía que correr para ganarle a Beth el sitio que se encontraba más cerca de ti, a tu derecha que es a donde volteabas cuando necesitabas algo— Fred puso aún más rojo.

—Pensé que ella había comenzado a sentarse delante por Marcus— Rob negó con la cabeza.

—Ella comenzó a sentarse ahí porque no podía pararse a las cuatro de la mañana— Fred comenzó a carcajearse.

— ¿Estas de broma? ¡Esto es de locos!—Rob negó con fuerza.

— Para nada, sabes que mi casa quedaba lejos así que tenía que pararme inusualmente temprano para estar listo en la madrugada, estaba un poco loco en ese entonces, incluso me compré esa colonia que tanto te gustaba para que te me pegaras en las mañana y

créeme cuando te digo que mis hormonas hicieron lo suyo cada vez que te me encimabas— Fred abrió los ojos enormemente sin poder evitar reír. Nunca se habría imaginado que había una razón secreta detrás de ese perfume endemoniadamente delicioso. El solía recargarse en Rob de vez en cuando mientras intentaba sacarle el nombre de la fragancia pero el solamente lo mantenía colgado el mayor tiempo posible hasta que finalmente dejó de usarla y nunca le dijo el nombre.

— ¡Eres de lo peor! ¡Y yo como idiota persiguiéndote todo el día para que al final me dejaras con la duda!— Rob también comenzó a reírse, aquella situación era ridícula.

— Si quieres puedo decírtelo ahora— Los ojos de Fred se iluminaron.

— ¿De verdad?

— No— Contestó casi demasiado rápido— Me llevaré el secreto hasta la tumba— Fred le dio un golpe suave en el brazo negando con la cabeza.

—Vas a pagarme esa, idiota— Rob siguió riendo hasta que nuevamente se quedaron en una especie de ensoñación inducida por la felicidad.

— Me pregunto qué clase de tácticas locas usaste para que Tristan te volteara a ver— Fred supo que había dicho algo incorrecto cuando la postura de su amigo se tensó y la sonrisa desapareció de sus labios. Por un momento pensó que él se encerraría en sí mismo y no volvería hablarle el resto de la noche pero finalmente con un suspiro abrió la boca.

— Bueno... Lo de Tristán fue infinitamente más fácil, aunque no lo creas— Fred levantó una ceja

—No puedo imaginar nada siendo fácil con ese chico— Rob se rio.

—Puede que no me creas pero conectamos realmente bien cuando nos conocimos, comenzamos a salir... ¿A los dos meses de conocernos? No fue nada comparado con la odisea que tuve que pasar para que voltearas a verme— Fred se mostró visiblemente avergonzado por el comentario.

— Perdóname pero no creo que me diese cuenta mágicamente que te gustaba— Rob se estiró en el sillón recordando el pasado.

— Bueno, tienes razón pero... ¿Sabes? Yo realmente creía que algo iba a pasar, ósea, Marcus y Beth no tardaron demasiado en comenzar a salir y pensé que en algún momento cercano acabaríamos como ellos... Pensaba genuinamente que al final estaríamos juntos— El semblante de Fred se volvió triste, casi desolado.

—Perdón, no sé porque, pero de alguna manera siento que debo disculparme contigo— Rob negó con la cabeza.

—Está bien, no es tu culpa...—La conversación murió por un momento hasta que Rob la retomó—Yo también lo siento... Por todo... Ese día, cuando nos peleamos, estaba un poco pasado de copas y todo eso, me excuso a mí mismo de esa manera pero no puedo excusarme por no defenderte de los ataques de Tristan, es decir, él te odia pero yo no debería dejar que él se comporte así contigo— Fred se rio.

—Vamos, no tienes por qué disculparte, todos esos años que los obligué a soportar a Timothe son suficientes para anularlo todo—Rob hizo una mueca.

—Tomare eso como que me perdonas desde el fondo de tu corazón—Fred negó con la cabeza, la verdad es que él nunca había estado realmente enojado con Rob, si era sincero ni siquiera creía estar enojado con Tristan. Era más como una especie de insatisfacción consigo mismo y con su comportamiento lo que lo tenía resentido con los demás, aunque intentaba fuertemente ignorar esos malos sentimientos.

—Yo...— Fred se giró hacia Rob encontrando su sonrisa cómplice y sus ojos traviosos mirándole fijamente. Hacía tiempo que no veía esa expresión, pero no se dio cuenta de ello hasta que esta regresó. El corazón saltó de su pecho, amaba a ese Rob que sonreía como si no hubiese nada en el mundo aparte de su propia felicidad. “Te amo”. Pensó, pero no se lo dijo.

Entonces Fred se comenzó a hundirse en el sillón. Él no podía decir aquellas palabras aunque quisiera. Tristan no era su persona favorita del mundo pero él no planeaba meterse en su relación. Ellos tenían una vida en la que un tercero no tenía cabida y ahora que sabía que había tenido la oportunidad de una relación con Rob y no la había aprovechado se dio cuenta que sería injusto para todos que revelara sus sentimientos.

Maldita desincronización.

—Yo...—Continuó diciendo— Tengo que ir al 24 horas—Dijo levantándose del sillón y echándose a andar rumbo a la puerta.

— ¿Quieres que te acompañe?—Fred negó con la cabeza, él tenía que tomarse un momento para respirar y no iba a poder hacerlo con Rob cerca.

—Está bien, regreso enseguida— Rob le miró fijamente, el parecía querer agregar algo mas o insistirle para que no se fuera solo pero al final no lo hizo.

—Tráeme algo para picar— Comentó lánguidamente— Improvisa —Fred asintió y salió andando de la casa. La tienda de veinticuatro horas estaba lejos así que tomó el carro de Beth y salió muy despacio. Ella siempre dejaba las llaves en el mismo sitio y él no pensó en pediré permiso hasta que ya estaba a tres cuadras de la casa. Esa era otra cosa por la que tendría que disculparse pronto.

Rob se quedó sentado en el sillón con la incómoda sensación de que había dicho algo malo que hizo que Fred huyera de él. El no necesitaba ser un genio para saber que estaba con lo ánimos hechos una mierda cuando salió por la puerta, sin embargo nuevamente fue demasiado cobarde para insistir en acompañarle.

Así era Rob, una constante de metas no cumplidas y promesas olvidadas.

Fred no estaba muy seguro de que hacer ahora. Tenía la punta de la lengua a punto de soltar una confesión egoísta y terriblemente dañina tanto para la relación de Rob como para su amistad con el mismo. El no trataba de ser egocéntrico pero no quería pensar en las posibilidades que se abrían frente a sus ojos cuando supo del enamoramiento que había tenido su amigo con él durante el instituto.

— Mejor que no te metas en donde no te llaman—Se repetía constantemente mientras los semáforos cambiaban y el daba vueltas en manzanas innecesarias solamente para hacer tiempo antes de volver a la casa.

Él había tenido demasiado tiempo para pensar y siempre que pensaba en las consecuencias de sus actos terminaba acobardándose. Finalmente, cuando se estacionó frente al 24 horas ya se había convencido de no abrir la boca. Cuando saliese escribiría sus sentimientos en papel y después dejaría que el fuego consumiese sus palabras. Entonces él podría seguir con su vida sin la necesidad de meterse en la de los demás. Aquel método lo había utilizado en repetidas ocasiones por lo que sabía que iba a funcionar.

Fred caminó casi arrastrando los pies dentro de la tienda y saludó con un asentimiento de cabeza al encargado antes de dirigirse a la sección de comestibles. Se supone que debía llevarle algo Rob pero si era sincero no tenía ni idea de que comprar. Pensó en volver e inventar una excusa pero supuso que ya que estaba ahí podía comprarle algo y de paso tomar dulces para mantener ocupada su boca.

Los ojos de Fred se centraron en una bolsa de frituras con sabor a especias y alargó la mano para tomarla pero alguien se le adelanto quitándosela de las manos.

La historia de su vida.

Fred dirigió la vista hacia la persona que acababa de quitarle la bolsa y se topó con el rostro de Tristan, quien al igual que él tenía una expresión de completo desconcierto.

Si era sincero fue un momento de lo más incómodo. Él nunca había estado a solas con Tristan, siempre había alguien más que le hiciera de mediador entre los dos.

— Uhh—El no supo que más decir, no sabía si debía saludarle, actuar cortés o ignorarle y seguir como si nunca se hubiesen visto. Sorprendentemente fue Tristan quien tomó la iniciativa extendiéndole la bolsa de frituras.

— Toma ¿Las quieres no? — Fred se quedó sin palabras mirando la mano de Tristan como esperando que saliese una serpiente de la bolsa y comenzase a enrollársele hasta cortarle la circulación.

— Amm, gracias... —No estaba seguro de que clase de cosas debía decir o hacer pero nuevamente Tristan le sorprendió soltando una sonrisa.

— No me veas así, no están envenenadas ni nada por el estilo, pero si quieres puedo probarlas primero— Fred se puso rojo de vergüenza pensando en lo obvio que podía llegar a ser.

— Perdón, es que esto es... — Él estaba buscando la palabra correcta.

— ¿Estúpido? —Fred se rio.

— Extraño, creo que es más adecuado —Tristan se encogió de hombros.

— No es la gran cosa, tú las quieres más que yo y se eso lo sé porque ni siquiera me gustan de ese sabor, solo las tomé por costumbre —Fred le miró como si estuviera loco.

— Pero si son las más ricas—Tristan negó con la cabeza.

— Esas solo las compro porque Rob me metió la costumbre, pero juro que en mi vida las vuelvo a comer —El rostro de Fred se tensó al darse cuenta de que era el novio de Rob con el que estaba hablando, el seguramente había adquirido un montón de sus manías después de tanto tiempo juntos. No quería admitirlo pero últimamente podía ver muchas de las expresiones típicas de los dos mezclándose como cualquier pareja con una larga convivencia.

— Si, son sus favoritas —Tristan le miró fijamente, como evaluando la situación y luego levantó un paquete de cervezas.

— ¿Me aceptas una? Me gustaría hablar contigo un momento y según papá no hay nada mejor que una cerveza para la convivencia entre dos hombres... —Fred trató de encontrar una razón para decirle que no pero finalmente decidió dejarse de tonterías y asintió lánguidamente.

— Seguro —Tristan sonrió satisfecho consigo mismo y después se dirigieron juntos a pagar. El entregó la bolsa de frituras y tomó también un bote de café con leche, entregó el dinero, recibió su cambio y después se dirigieron hacia el estacionamiento.

Tristan se acomodó rápidamente bajo uno de los faros de luz en el desnivel entre la zona destinada para los autos y la banqueta para los transeúntes. Fred lo imitó abriendo la lata que este le extendió. Era una escena bizarra que no se imaginó ni en sus sueños más locos. Él en medio de la noche con un chico con el que había peleado desde que lo conoció, definitivamente no era la manera de pasar la víspera de navidad.

— ¿Te ha dicho Rob porqué no eh estado hoy en todo el día o no ha tenido la decencia de hablarte del asunto? — Fred se encogió de hombros.

— La verdad es que no hemos hablado mucho hoy —Por un momento pensó en ser franco y honesto con Tristan diciéndole que no era su asunto, pero la verdad es que se moría de curiosidad por saber.

—Bueno, supongo que me corresponde a mí decirte porque me voy a pasar las fiestas con mi padre y antes de irme quería dejar todo resuelto —Fred esperó pacientemente a que el llegase al punto— Ayer por la noche eh hablado con Rob y le eh dejado claro que nuestra relación se terminaba definitivamente —Fred casi se atraganta con la cerveza y tuvo que tomarse un momento para recuperarse del impacto.

— ¿Cómo? ¿Ustedes ya no están saliendo? —Tristan se rio, divertido con su reacción, de repente parecía mucho más agradable pero no abandonaba aquella mueca de ironía.

— Pues sí y que te quede claro que eh sido yo quien ha terminado la relación —Fred clavó sus ojos en él.

— ¿Pero cómo? El no parecía...—Él se detuvo antes de cometer una indiscreción, no quería meterse en algo donde no tenía ninguna cabida.

— ¿No parecía afectado? —Dijo Tristan y Fred esperó en vano a que pareciese molesto, pero el solamente hizo una mueca que demostraba que no estaba sorprendido en lo absoluto — La verdad es que debe de estar bastante aliviado, si te soy sincero yo también lo estoy, por eso quería hablar contigo — Nuevamente no supo que decir.

— ¿Qué tiene que ver esto conmigo? —Tristan levantó una ceja.

— Pues que para empezar es tu culpa que hayamos durado tanto —La boca de Fred se fue al suelo — ¿Qué? ¿No te lo esperabas? Pues sí, el que hayamos duramos todo este tiempo fue por lo que nos dijiste en esa bendita fiesta de navidad ¿Te acuerdas? No duraras...

— Ni un mes con él —Completó el recordando aquella horrible noche, él se sentía avergonzado cada vez que aparecía en su mente aquella rabieta de niño pequeño.

— Exacto ¿Sabes que probablemente tenías toda la razón del mundo cuando dijiste aquello? No sé, nosotros nos dimos cuenta de que no funcionaría rápidamente pero ninguno de los dos quería verte regodeándote después de que termináramos. Yo siempre tuve claro lo que quería y sabía que Rob no estaba entre mis planes para el futuro pero era divertido joderte la vida en las fiestas —Fred le lanzó una mirada ofendida.

— Oye...—Exclamó y no pudo evitar reírse, esas navidades sí que se estaba metiendo en situaciones ridículas.

— No te rías, es en serio, los últimos meses nosotros apenas y nos hablábamos, pero éramos una gran pareja cuando estabas cerca y verte la cara era lo más divertido del día —Si Tristan era sincero consigo mismo él podía decir fácilmente que seguía con aquella relación esperando con ansias los momentos en los que pudiera joder a Fred . Él siempre había tenido esa clase de carecer que se levantaba al tener algo que los demás deseaban.

— Ósea que ustedes... ¿No volverán más? —Tristan asintió tomando un trago de su lata. Fred se esperó un momento para procesar la nueva información que estaba recibiendo y luego hizo la pregunta — ¿Por qué ahora?

— Porque es navidad —Contestó Tristan con aire solemne pero después levantó una ceja con humor.

— Vamos, ya en serio ¿Por qué ahora? ¿Por qué esta navidad? ¿Por qué no hace un año o en alguna otra fecha? — Tristan suspiró, el probablemente hubiese preferido evitar la conversación pero ya que surgía la oportunidad de hablar al respecto tenía que hacerlo.

— Pues porque hasta ahora no había encontrado a alguien más que me interesase, ya sabes, era lo más entretenido que tenía hasta ahora pero eso se acabó recientemente —Fred le miró preguntados de que carajos estaba hablando pero no quería ser entrometido. Sin embargo, por la expresión de Tristan supo que él estaba esperando que le preguntase.

— ¿Alguien más? ¿Quién podría ser ese alguien más? —La sonrisa en su rostro se anchó y comenzó a hablar tan rápido que apenas podía seguirle el paso.

— Bueno, está este chico con el que llegaste el otro día, Alfred, resulta que es justo mi tipo así que esa noche lo busqué en Facebook y le envié un mensaje diciéndole ya no recuerdo que cosa. El punto es que comencé a sacarle plática y me di cuenta de que congeniábamos muy bien. Él es un tipo genial así que lo invité a salir la próxima semana y el me preguntó “¿No se va a enojar tu novio?” Y yo le dije “¿Cuál novio?” Y él me dijo “El tipo con el que estabas cuando pasamos a recoger a Freddie” y yo le dije “Ah, el, cortamos hace unas semanas pero como tenía planeadas estas vacaciones con Beth y Marcus decidimos llevar

la fiesta en paz hasta terminar las vacaciones de navidad” luego él me dijo “¿Entonces ya no están saliendo?” Y yo le dije “No, no estamos saliendo” y luego él dijo “Oh ya veo” con una carita sonriente al final de la frase.

Fred estaba teniendo problemas para mantener la boca cerrada después de aquella historia pero Tristan parecía realmente satisfecho consigo mismo.

— De verdad eres increíble— Dijo antes de comenzar a reírse, aquello era realmente bizarro.

— Yo sé que lo soy— Exclamó acompañándolo con sonoras carajadas. Fred nunca creyó que llegaría el día en el que pudiese sentarse a hablar así con Tristan por lo que decidió disfrutar ese momento y guardarlo en su memoria como una de las mejores noches de su vida.

Antes de marcharse y cuando ya se habían terminado más de la mitad de las latas de cerveza Tristan le dirigió una mirada muy seria.

— De todas formas y fuera de cualquier broma, creo que deberías volver a casa para tomar un poco las riendas de tu vida. Haz todo eso que no te has atrevido a hacer todos estos años y regálate un poco de felicidad para estas navidades— Dicho esto se dirigió hacia su auto sin despedirse— Apresúrate y toma el conejo de alguien que te odia—Exclamó perdiéndose entre la nieve que volvía a caer perezosa sobre sus cabezas.

Fred se quedó en su sitio ensimismado por aquella conversación, sin embargo, cuando el frío comenzó a arreciar él se dirigió al auto de Beth y regresó a casa. Cuando entro a la sala lo primero que vio fue la sonrisa de Rob quien sostenía en sus manos una taza de café. El señaló con la cabeza la mesita de noche.

— Preparé una jarra para cuando volviesses— Fred se sentó a su lado dándole la bolsa de frituras.

—Yo te traje una de estas— Él las tomó en sus manos recargándose un poco sobre su hombro y manteniendo demasiado tiempo sus manos sobre las de él.

— Vaya, pero si son mis favoritas—Fred le miró a los ojos y Rob no pudo sostenerle la mirada.

— Si, lo son, me se todas tus cosas favoritas —Rob se rio y le habló en tono burlón.

— Presumido, a que no te sabías mi cosa favorita en la preparatoria — Los dos guardaron un momento de silencio. A Fred le temblaban las manos, estaba muy nervioso pero aun así tomó valor para hablar— Oye Rob—Este le miró rápidamente, como si lo estuviera esperando.

— ¿Si?—Fred se revolvió en su lugar.

— Sé que esto puede sonar mal, acabas de terminar con Tristan y todo pero no quiero que nadie se me adelante— Rob levantó una ceja— Cuando te recuperes de la ruptura ¿Me harías un espacio en tu agenda? Es que creo que, como que... Me gustas.

— ¿Estas de broma?— Preguntó Rob frunciendo el ceño.

— ¡No! ¡No lo estoy! ... De verdad que no— Rob abrió a boca para decir algo y luego la cerró, frunció el ceño sin saber que decir y luego negó con la cabeza.

— ¿Cómo es que me dices eso ahora?— Fred se rio.

— No lo sé, creo que eh sido cobarde o estúpido, no estoy seguro—Rob miró hacia el frente pensando en su respuesta, la verdad es que no se creía del todo lo que estaba pasando pero esperaba aprovechar aquel momento lo mejor posible.

— A mí también me gustas, todavía me gustas y lo diré directamente porque me parece que no captas las insinuaciones—Dijo finalmente— Puede sonar mal—Comentó citando sus palabras— Pero creo que nunca dejaste de gustarme—Fred no esperaba que el fuese tan directo pero pensó que podría contestar aquella claridad de la misma manera y le recargó la cabeza en el hombro.

— Entonces ¿Necesitas tiempo o podemos comenzar a salir ahora mismo?—Él se estaba riendo, no podía evitar reírse, Rob no lo sabía, pero tenían algo así como la bendición del loco de Tristan.

—Al parecer no me equivocaba— Comentó sonriendo de la misma manera—Te dije que estaríamos juntos en algún momento, ya sabes, yo creo que no hay razón para postergar lo que pienso que es inevitable—Fred se acomodó un poco mejor en su sitio.

— ¿Está mal que me quede así?—Rob negó con la cabeza girándose para besarlo.

— Puedes quedarte así toda una vida.



SOBRE EL AUTOR:

Paloma Caballero es una escritora/dibujante amateur de fantasía, ciencia ficción y torpes intentos de romance. Vive en casa con sus hermanos menores, visita al resto de su familia en vacaciones e intenta terminar la carrera lo más pronto posible.

Es amante de los perros, los comics, las películas viejas, los libros de crítica o juveniles y siempre tiene espacio en su estómago para “una más”.

Puedes encontrarla en las siguientes redes:

Facebook: <https://www.facebook.com/Warrior-Pink-561331763951690/?fref=ts>

Wattpad: <https://www.wattpad.com/user/PalomaCaballero>

Instagram: <https://www.instagram.com/cindypalomacp/>

Twitter: <https://twitter.com/CindyPaloma2>

Blogger: <http://mostro-manga.blogspot.com/>



Warrior Pink

Hermanos Pin



*Siaka e Ignew
combaten contra la Bruja,
el primo y las humillaciones de la vida*



*Iziaka e Ignew
combaten contra la Bruja,
el primo y las humillaciones de la vida*

Capítulo 1: De la bicicleta Barbie, el cubo de basura y el ecosistema

Ignew Rectel corrió a través de la Calle Soledad tanto como sus piernas se lo permitían, mientras en su mente rogaba a dios poder llegar a tiempo a la clase del profesor Marcos. Ese fin de semana lo había pasado en la casa de sus padres, para descansar de su molesto compañero de dormitorio en la Universidad, pero había olvidado poner la alarma, así que se levantó tarde, por lo que salió tan apresurado de la casa, que olvidó su cartera y sus llaves adentro, dejándolo sin más opción que correr desde su hogar hasta la escuela.

Sólo detuvo su apresurada carrera cuando contempló una bicicleta estacionada en el patio de alguien que no conocía. Se trataba de una bicicleta rosa, con listones brillantes en el manubrio, y una bolsita de Barbie en el mismo.

Ignew debatió un poco consigo mismo acerca de lo que estaba a punto de hacer, hasta que finalmente decidió que no era un robo, sino un préstamo.

Caminando de puntillas y moviendo los brazos sintiéndose ninja, se acercó a la bicicleta y se subió.

— Bueno, parece que nadie se ha dado cuenta...

— ¡Oye tú! ¡¿Qué crees que haces?!

— ¡Mierda!

Ignew pedaleó con todas sus fuerzas dejando atrás a una niñita en uniforme que, seguramente, también llegaría tarde a la escuela.

Una vez en la Universidad, Ignew se bajó enseguida de la bici, pero sin darse cuenta de que aun sostenía el manubrio, sin querer lo arrancó del resto de la bici. Empezó a dar vueltas asustado, y finalmente, dejó el manubrio con el resto del vehículo y retomó su carrera hacia el salón.

En la escuela, Isiaka Maharg trataba de llegar al laboratorio antes de que la profesora Itnoc lo hiciera, y le cerrara la puerta como a todos los que se retrasaban con el horario. Llevaba en las manos un ecosistema de botella, en el que sólo se alcanzaba a apreciar un montón de tierra y una triste plantita.

Sólo le faltaba llegar a la esquina del gran edificio, doblar y entrar al laboratorio de Biología. En dicha esquina se podía apreciar un bote hasta el tope de basura, y una sensual cáscara de plátano a un metro de él, que alguien con mala puntería había intentado meter en el bote.

“¿Por qué dejan eso ahí?” pensó Isiaka al ver la cáscara de plátano “alguien podría salir lastimado. Aunque no creo que exista alguien tan...”

Repentinamente, un chico que corría a toda velocidad apareció en su campo de visión, el cual resbaló con la cascara de banana y al tratar de sostenerse de algo, tiró el ecosistema de Isiaka al suelo.

La tierra se regó obscenamente y las lombrices en ella escaparon gritando en lombrisiano “¡Libertad!”. Isiaka lo miró un momento impactado hasta que estalló:

— ¡Mis animalitos! –gritó preocupado intentando recoger todo rápidamente.

— ¡Lo siento déjame ayudarte! –exclamó Ignew estirando el brazo, pero lo hizo con tanta fuerza que empujó a Isiaka, y para evitar que se cayera, lo sostuvo del chaleco. Sin embargo, ese no era su día de suerte, porque jaló con tanta fuerza que Isiaka se escurrió del chaleco, dio vueltas sobre sí mismo, resbaló con la cáscara de banana, y finalmente cayó épicamente sobre el bote de basura, llenándose de porquería.

Ignew observó todo con cara de cuyo espantado, mientras sostenía aun el chaleco con su mano derecha.

“¡A la mierda las lombrices!” pensó mientras tiraba el chaleco al suelo y luego salía corriendo despavorido.

Cuando llegó a su departamento después de clases, Ignew aún se sentía asustado, estúpido, y avergonzado por lo que había hecho. Y se sintió peor cuando llegó su compañero y empezó a fastidiar.

— ¡Hey marica! ¿Ya hiciste mi tarea de mate?

— Hoy no...tuve un día muy pesado.

— Bueno te lo pondré así —dijo este juntando las manos con fingida serenidad— o está lista para hoy o mañana tomaré un altavoz y le contaré a toda la escuela tu secreto — Ignew se retorció nervioso y enseguida se disculpó por su comportamiento, para después regañarse a sí mismo por dejar que ese tipo lo descubriera.

Y así pasó todo ese semestre, en el que no pudo sentirse tranquilo en la escuela, con el temor de volver a encontrarse con el chico bajito y de pelo negro, al que le había estropeado su proyecto y además tiró a la basura, ni tampoco pudo sentirse tranquilo en su dormitorio, donde un tipo lo molestaba y amenazaba con contarle su secreto a todo el mundo si no hacía lo que le decía.

Sin embargo, al concluir el periodo de clases, Ignew no sólo se sentía más tranquilo por no haberse encontrado con ese chico, dándole esperanzas de no tener que hacerlo nunca, sino que además estaba emocionado por conocer a su nuevo compañero de piso.

Anteriormente, Ignew se sintió contento cuando supo que la universidad tenía dormitorios para los alumnos, por desgracia, le tocó un mal compañero de habitación, y sólo puedes solicitar un cambio al culminar el semestre. Y gracias al cielo, ese momento había llegado.

“¿Cómo será mi nuevo compañero?” pensó Ignew entusiasmado mientras empezaba a fantasear sobre ello, como cuando un niño imagina todo lo que hará en las vacaciones “Vamos a ser mejores amigos, y—y—y vamos a ver películas juntos y vamos a jugar juegos de mesa y—y nos vamos a llevar súper bien ¡No puedo esperar para verlo!”

Empezó a caminar con rapidez hasta llegar al cuarto número 22, ahí, un chico de quinto semestre, encargado de los dormitorios, lo esperaba con sus llaves en una mano, y un bolígrafo y una libreta en la otra.

— ¡Hola! Tú debes ser Ignew. Tu compañero ya llegó.

— ¿Enserio? —exclamó Ignew con una gran sonrisa, la cual se desvaneció por una cara de shock total al asomarse al interior del departamento. No lo podía creer.

Observando el lugar, se encontraba un muchacho bajo, de cabello negro y lacio, piel clara y ojos cafés, mismo que había tirado a la basura hace algunos meses. Este al ver a Ignew puso una cara de ligera sorpresa.

— Bueno Ignew, él es Isiaka, Isiaka, él es Ignew —los presentó el quinto semestre— ten tus llaves, firma aquí y pon tu clave de estudiante aquí —Ignew lo hizo sin borrar su cara de shock— bien, eso es todo, los dejo para que se conozcan y eso— dicho esto se fue.

Ellos guardaron un silencio incómodo, sin saber que decir. Ignew pensó que él debía ser el primero en hablar, y dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

— Te- te ves muy bien... —luego recordó que su padre alguna vez le dio un consejo para tratar con bravucones, y era que debía demostrar que no tenía miedo, de modo que trató de actuar despreocupado y confiado, pero con una actuación tan mala que superaba a de los power rangers— oye... disculpa por lo que pasó hace tiempo, no veía por donde iba y eso, pero sin rencores ¿no? Digo, todo el mundo comete un error como ese, y seguro ya me perdonaste, no es que me preocupe el que lo hallas o no, de hecho...

— Ignew...

— ¡¡Por favor perdóname, lo siento de verdad no quería hacerte daño pero estaba llegando tarde a un examen no desayune y corrí y escape de una niña a la que le robe su bici que por cierto tuve que reponerle porque soy un gusano inmundo que no controla su fuerza y la rompí y sé que estas solo son excusas y tú me has de odiar en este momento pero te juro que me sentí mal todos estos meses y no pude dormir pensando que te arruiné tu proyecto y quiero que sepas que te pagaré de la forma que quieras pero por favor perdónameeeee!!

— Yo no estoy enojado.

— ¿Ah... no?

— No —Ignew lo observó sin entender.

— Pe-pero, ¿Por qué?... —tosió un poco y trató de tragar saliva.

— Bueeeeno —Isiaka se movió con desgana a cerrar la puerta que se había quedado abierta, y luego le dio un empujoncito a Ignew para que se sentara en un pequeño sillón— porque me hiciste un favor. Al principio si estaba un poco molesto contigo, pero después me sentí más molesto conmigo mismo cuando vi el proyecto, y me consolé pensando “de todas formas no me esforcé en ese ecosistema”, y fue cuando me di cuenta de que antes hubiera pensado algo como “estoy tan enojado, después de todo lo que trabajé en el”, pero no fue así. De modo que decidí que quería hacer algo que valiera la pena entregar. Y como ése día la profesora no pudo llegar por un asunto de último minuto, tuve tiempo para hacer

algo bueno, y saqué la calificación más alta de la clase. Además, lo que hiciste fue un accidente.

Ignew lo observó impresionado, sin poder creer que se lo hubiera tomado tan bien, pero ciertamente era así, pues Isiaka mantenía una expresión tranquila y su voz era tan calmante que era imposible pensar que le estaba mintiendo.

— ¿Cómo me habías dicho que te llamabas? —lo sacó este de su ensimismamiento.

— Ignew, Ignew Rectel.

— Yo soy Isiaka Maharg —le tendió la mano con una sonrisa apenas perceptible—
llevémonos bien, Ignew.



Capítulo 2: De los guantes, los cuatro patas y la carretera endemoniada.

Ignew e Isi (como había empezado a decirle Ignew) al poco tiempo de vivir juntos se volvieron buenos amigos, cosa que sorprendió a algunos compañeros de Isi, quienes no podían creer que alguien tan seco, serio y cerrado como Isi, pudiera ser amigo de Ignew, y menos creerían aún que nada más conocerlo pudo ver su expresión enojada e incluso escucharlo gritar.

Un día helado de diciembre, Ignew se dirigió más animado de lo normal a su dormitorio. Sus padres no estarían con él en navidad debido a que habían ganado un viaje para dos a Hawái.

Los padres de Ignew eran muy distintos a él. Mientras que Ignew era un chico torpe y un poco ingenuo, sus padres eran personas audaces con excelente suerte, de gran presencia y desbordantes de personalidad. Siempre estaban ganando viajes y premios a sitios exóticos y fascinantes, pero no solían llevar a Ignew porque las pocas veces que lo hicieron, estuvo a punto de morir o de ser violado por alguien.

Sin embargo, ese año a Ignew no le importó que sus padres no pasaran la navidad con él, porque eso quería decir que podía celebrarla con Isi.

— ¡Isi! —Lo saludó al llegar— ¡Mira todo lo que compré para celebrar la navidad! Traje un mini arbolito, un poco de follaje, maicena para hacer atole, y también muchas películas para hacer un maratón navideño; El Grinch, ¿En dónde está Santa? Una navidad prendida, un Cuento de navidad, compré la versión animada y la de Disney porque no pude evitarlo, quería más pero supuse que ver tantas versiones de una misma historia...

— Ignew, yo pasaré la navidad con mi familia —Ignew detuvo lo que estaba haciendo para mirar a Isi desconcertado. Parado frente a él, el muchacho de cabello negro llevaba una maleta en la mano y el abrigo puesto, listo para salir.

— ¿Qué?

— Yo...estaré con mi familia, viajaré a mi pueblo natal y me quedaré cinco días.

— Pero...nunca me dijiste nada —le contestó Ignew con sumo desconcierto en su voz.

— Creí que era un poco obvio —exclamó Isi dándose cuenta de que tal vez eligió las palabras equivocadas.

— Oh, ya veo —Igneu trató de sonar tranquilo, pero no podía evitar el tono lastimero de su voz— Bueno, puedes irte, no te detendré. Yo voy a estar bien. Me quedaré en el departamento solo en navidad, que es la época en la que se supone debes estar con tus seres queridos, pero bueno, podré soportarlo. Enserio, no debes sentirte mal por mí...

— ¿Quieres venir conmigo?

— ¡¡¡Sí!!! Digo...ejem, revisaré mi agenda, para ver si no estoy ocupado en esa fecha... ¡Pero creo que no! ¡Si, si quiero ir contigo! —exclamó entusiasmado y con brillitos en los ojos.

— Bien, nos quedaremos cinco días, prepara tus cosas mientras le informo a mi madre que vas.

— ¡Siiii! no, espera ¿cómo? ¿Tú mamá? Pensándolo bien, ¿no les molestara que vaya de último minuto? Ni siquiera sé si tienen espacio para mí, o si no les gustará tener a alguien que no es de su familia.

— Puedes quedarte en mi cuarto. Además no creo que a nadie le moleste que vayas, de hecho creo que se pondrán muy contentos. También me sentiré más cómodo si lo haces.

— ¿Ah sí? ¿Por qué?

— Por mi ex novia.

— ¿Tienes una ex novia? —preguntó Igneu sin evitar sorprenderse. Isi nunca había demostrado un interés de ese tipo por nadie, imaginarlo besando a una chica, abrazándola,

diciéndole cosas dulces o mirándola con intensidad, era como tratar de imaginar a batman perreando.

— Sí, y ella es la razón por la que ahora me gustaría faltar a la fiesta familiar de navidad, y lo haría de no ser porque hasta mis primos que viven en Canadá asisten. No sólo eso, sino que mis padres se sentirían destrozados.

— ¿Pero, que tiene que ver tu ex novia con la fiesta de navidad? —preguntó Ignew bastante interesado.

— Bueno, todo comenzó en Septiembre de hace dos años. Ella era mi compañera de clases de la preparatoria, siempre me seguía a todos lados y hablaba conmigo, pero nunca pensé que le gustara, y tampoco pude verla de ese modo. Mi primo solía fastidiarme para acercarme a ella, nos encerraba solos en un cuarto, nos lanzaba indirectas, y siempre hacía todo muy incómodo. Sin embargo, el verdadero desastre comenzó esa navidad, cuando mi primo decidió invitarla a la fiesta familiar, y ella, delante de todos mis primos, tíos, de mis padres y de mis abuelos, me preguntó si quería salir con ella.

>>Y como a todos les había caído bien durante la cena, se emocionaron mucho, no los había visto tan contentos desde que mi abuelo ganó el concurso de pesca del pueblo, o desde que la menor de las tías tuvo a su primer bebé —Isi se veía con todo y su cara de palo, realmente afectado— pronto empezaron decirme que le dijera que sí, y la presión era tanta que tuve que hacerlo.

>>Salir con ella fue perturbador, mi primo no paraba de fastidiarme, y todo el mundo quería que me comportara de ciertas maneras o que dijera ciertas cosas, y yo no entendía

cuál era el punto de ello, y ella también tenía un comportamiento extraño, como si esperara algo que nunca llegaba, y yo no sabía que quería hasta que mis padres o alguien más me lo decía.

— Cielos... — comentó Ignew, dándose cuenta enseguida de que seguramente en lo que respectaba al romance, Isiaka era un desentendido total— ¿Y cómo lograste terminar con ella?

— Lo conseguí una vez nadie estuvo rondando alrededor, pero cuando se enteraron se pusieron tristes, pero no cuestionaron mi decisión y lo superaron. Yo pensé que todo había terminado esa navidad, pero a la siguiente, mi primo la volvió a invitar y fueron cinco días en los que trató de que regresara con ella, y temo que esta navidad hará lo mismo.

— Ya veo, por eso te incomoda ir.

— Sí, pero si tú me acompañas, sabré que al menos tengo apoyo moral —le sonrió con esa ligera sonrisilla en la que apenas y tiraba un poco de cada comisura.

— Siempre puedes contar conmigo —le respondió Ignew con una gran sonrisa.

Más tarde, Ignew ya se encontraba empacando sus cosas en una improvisada maleta. Mientras lo hacía, se preguntó si debía llevarse algunos de sus tesoros consigo. A pesar de ser buen amigo de Isiaka y de confiar en él, todavía no se atrevía a contarle acerca de su secreto, y tenía miedo de que si se los llevaba a su casa, tanto él como sus familiares pudieran enterarse de los gustos de Ignew, y sabía que si eso pasaba y obtenía una respuesta negativa, sería un golpe muy duro para él.

Lo pensó un buen rato, y sólo hasta que Isi le preguntó si estaba listo, fue que sin pensarlo dos veces metió rápidamente algunos tesoros en su mochila antes de que Isi los viera. En algún momento del viaje le contaría.

Poco después ya se encontraban en la camioneta de Isiaka, que Ignew se ofreció a conducir.

Pasaron unas horas en las que Isi estuvo guiando a Ignew, y llegaron a un punto del camino en el que empezaban a formarse montoncitos de nieve, y conforme avanzaban los montoncitos iban aumentando, la temperatura bajaba y el viento soplaba más fuerte.

— Isi ¿deberíamos seguir por ese camino? No creo que sea una buena idea —exclamó Ignew preocupado.

— Tranquilo, esta chatarra todavía aguanta —exclamó Isi dándole una palmada a la camioneta.

Unos momentos después, ya estaban atorados en la nieve.

— Isi, creo que estamos atascados.

— ¿De verdad?

— Sí, no arranca.

Trataron de seguir avanzando y al no conseguirlo, decidieron llamar a alguien, pero el teléfono de Ignew estaba descargado y el de Isi no tenía saldo.

— Hace mucho frío —exclamó Ignew frotándose los brazos. No sabía que la casa de Isi se encontrara en una zona tan fría, así que se fue con un simple abrigo que apenas y le restaba incomodidad a la situación.

— Bueno —suspiró Isi— iba a hacerlo cuando llegáramos, pero creo que este es el mejor momento —abrió la cajonera del coche y sacó un paquete. Dentro había dos pares de guantes gemelos, de los cuales le entregó un par a Ignew y el otro se lo puso.

— ¿Son para mí? —Exclamó Ignew al recibirlos, al tiempo en que empezaban a brillarle los ojitos y entraba en su propio mundo— Awww que romántico...

— ¿La tienes que regar cada que hago algo bueno por ti? —preguntó Isi un poco molesto. Debía ser por culpa de su familia, pero le molestaba que insinuaran cosas sobre amor cuando claramente estaba actuando normal.

— Ah no, es sólo que yo —se sonrojó un poco, quizás era el momento de decírselo— verás...

Su conversación se vio interrumpida por unos aullidos cercanos. Ignew e Isi se quedaron inmóviles.

— ¿Escuchaste eso?

— Sí...—Isiaka se acercó al vidrio empañado de la ventana, y retrocedió sobresaltado cuando una pata se posó sobre él.

— ¡No puede ser! ¿Eso es un lobo? —se asustó Ignew. De repente escucharon un montón de ladridos alrededor del vehículo.

— Hay uno en esta ventana...y otro en la tuya...y uno más al frente...y...no puede ser...¡¡Estamos rodeados!! –gritó Isiaka.

— Tra- tra- tranquilo Isi, tal vez no nos hagan daño

— ¡¿Cómo no nos van a hacer daño?! ¡¿Y cómo se supone que me tranquilice cuando estoy atrapado en un coche rodeado de lobos?! –Y mientras Isiaka gritaba presa del pánico, Ignew susurró mientras observaba la ventana “¿no son muy pequeños para ser lobos?”

Isiaka trató de tranquilizarse si mucho éxito. Él era, como ya había dicho, por lo general un chico demasiado seco e inexpresivo, y era por eso que todo el miedo o la ira que acumulaba en su interior, en cuando conseguían el detonante correcto explotaban como una bomba nuclear. Mientras tanto, Ignew trataba de pensar en una solución con todo lo que su cerebro podía carburar, hasta que finalmente, tomó una decisión.

— Isi, voy a salir.

— ¿Cómo dices?

— QUE VOY A SALIR.

— ¡Eso no! Me refiero a que es una locura.

— En cuanto salga correré a buscar ayuda

— ¡te van a alcanzar!

—...y de paso distraeré a los lobos mientras...

— ¿Cómo rayos piensas hacer eso?

—...tú te quedas aquí y esperas ayuda...

— ¿No estás escuchando nada de lo que te estoy diciendo verdad?

— ...con la puerta bien cerrada. Deséame suerte.

— ¡No, espera Ignew! —Isi trató de sostenerlo del abrigo, pero Ignew estaba tan decidido que en menos de un minuto ya había saltado fuera de la camioneta. Isiaka escuchó sus gritos desde el exterior, y asustado por lo que pudiera pasarle, se bajó también en busca de Ignew. Se horrorizó al contemplar la escena. Tirado en el suelo se encontraba su amigo, rodeado por aquellos lobos.

— ¡Ignew! —gritó aterrado.

— ¡Isi! —Exclamó el más alto levantándose sin ningún rasguño— estos no son lobos ¡son perros siberianos!

Isiaka los observó con atención, y se dio cuenta de que no sólo eran perros, sino que además eran perros de rescate, pues llevaban puestos sus collares con bebidas para los viajeros perdidos. Suspiró aliviado, y luego se preguntó en que momento habrían comprado en el pueblo esos perros entrenados.

— Que lindos son, aaaww míralos están gorditos y bebes —exclamó Ignew acariciando a uno mientras los perros pensaban en perruno “Que pendejos son estos dos”.

— Uff, nunca me vuelvas a hacer esto —exclamó Isi cayendo el piso del alivio, y luego, se le vino una idea a la cabeza— ¡Ya sé cómo podemos volver!

Se dirigió a la parte de atrás de la camioneta y sacó un pequeño trineo.

— Era para mi sobrino, pero ahora lo necesito más que él.



Capítulo 3: De la hermosa chica llamada Adele, el primo Ponzo y la familia sacada de Villa Quién.

Finalmente lograron llegar al pueblo natal de Isiaka deslizándose en el trineo, y siendo guiados por los perros siberianos, llevando nada más que las maletas con su equipaje.

Una vez allí, Isi llamó a una grúa para que recogiera su auto desde un teléfono público, y después caminaron hasta su casa. Ignew se sorprendió cuando la vio; se trataba de una construcción enorme y un poco anticuada, bellamente decorada con luces, adornos navideños e incluso algunos muñecos inflables de santa Claus y Juanito escarcha.

Una vez entraron, Ignew no sólo se sorprendió al ver la adorable decoración de la casa, sino por la cantidad de gente sonriente y alta que lo recibió, quienes lo saludaron afectuosamente.

— ¡Oh, tú debes ser el amigo de Isiaka, Ignew! Muchas gracias por salir con mi pequeñito, es un poco solitario –le dijo la madre de Ignew mientras le estrechaba a mano. Tanto su sonrisa como su tono de voz debían causar diabetes.

— No como cree, muchas gracias a usted por recibirme —le dijo Ignew a la anciana y dulce señora, que usaba un cursi suéter navideño al igual que los demás.

— ¡No te preocupes, un amigo de Isiaka es amigo de todos! —exclamó un señor con entusiasmo.

— ¿Quieres una galleta? —le ofreció una señorita.

— ¡Siéntate para que estés más cómodo! —le dijo una mujer acercándolo a un sillón.

— ¿Te puedo ofrecer café, atole, agua? —insistió otra.

Ignew se sintió un poco nervioso al verse rodeado de tantas personas empalagosas y entusiastas como sacadas de Villa Quien. Volteó a ver a Isiaka y le preguntó:

— Si todos son tan altos y dulces ¿cómo es que tu saliste tan pequeñito y serio?

— Una vez me dijeron que mi bisabuela era como yo.

— ¿Y qué pasó?

— Nada, salí así.

— ¡Eh, Isiaka! ¿Qué pasó primo, para cuando los sobrinos? —preguntó una voz burlona y ligeramente molesta.

— Hola Ponzo —saludó Isi con amargura al entrar su pariente en la sala. Se trataba de un muchacho parecido a él, pero alto, de pelo más corto, y cuerpo definido.

— ¡Isi, tus padres quieren que te pongas el suéter! —le gritó Ignew quien al estar rodeado de gente hablándole, no pudo darse cuenta de la llegada de Ponzo.

— ¿Isi? —Preguntó este sin poder contener la risa— ¿Él te dice Isi?

— si ¿y qué?

— Nada, nada, es más, empezaré a decirte así, I-SI no te gusta, puedes decirme — exclamó riéndose.

— Deja de fastidiar Ponzo.

— ¿I-SI no quiero?

— No le prestes atención —exclamó Ignew tomando el hombro de su amigo, uniéndose a la conversación. Luego miró serio a Ponzo— I-SI-AKA so te llega a poner un dedo encima...No, no sé me ocurre que decir, sólo quería hacer ese chiste —exclamó Ignew riéndose, pensando que era una plática amistosa.

Isiaka le miró mal e Ignew comprendió que la regó.

— Bueno, ¿Quién quiere cenar? —les preguntó la madre de Isiaka uniendo las manos.

— ¡Oigan, oigan, Adele viene! —exclamó entusiasmado un niño que miraba por la ventana.

— ¿Adele? —preguntó Ignew.

Y las puertas se abrieron.

Una ligera ráfaga de viento helado movió el pelo de la que debía ser, la chica más hermosa que hubiera visto Ignew alguna vez. Sus tacones produjeron un sonido seguro al caminar, y su ropa se movió con gracia ante su andar elegante y estilizado, mientras la gente

en la puerta le abría paso como si se tratara de una celebridad, agrupándose para verla y hablarle pero sin poder llegar a tocarla.

Su cabello era largo, sedoso, lleno de vida y dorado como el oro, su piel era blanca como leche dulce, su boca rosa y de labios carnosos, y con ese abrigo beige y un poco de nieve en el pelo y los hombros, parecía una princesa de hielo. Pero ese título nunca alcanzaría para Adele. Ella no podía ser simplemente una princesa. Era una emperatriz, una emperatriz en Villa Quien.

— ¿Quién es ella? —preguntó asombrado.

— Mi ex novia.

En ese momento la chica se volteó, y su rostro se iluminó al ver el de Isi.

— ¡Isiaka! ¡Es tan bueno verte!, por cierto, ¿de camino acá pudiste ver a los nuevos perros que compró mi padre? Son realmente lindos.

— Debí suponer que eras tú —suspiró este. La chica volteó a ver a Ignew.

— ¿Y tú quién eres?

— Es mi compañero de cuarto, se llama Ignew.

— ¿Y qué hace aquí? ¿Por qué trajiste a alguien que no es de la familia?

— ¡Tú tampoco eres de mi familia!

— ¡Ah Isiaka, que cruel eres! —exclamó ella teatralmente, mientras se alejaba. Luego se acercó discretamente a Ponzo y le preguntó— Oye ¿sabes qué relación tiene ese chico con Isiaka?

— Él dice que es su compañero de cuarto, pero es extraño que traiga a un simple compañero a una fiesta familiar.

— ¿Verdad que sí? Yo pienso que hay algo que Isiaka no nos está contando.

— Y además le dice “Isi” de cariño.

— ¿Isi? ¡No puede ser! —Hizo una pausa dramática y luego agregó— ¿I-SI está saliendo con él? —Ponzo y Adele rieron un buen rato antes de que la rubia los interrumpiera con seriedad agregando— Ya enserio, ¿crees que Isiaka tenga una relación con Ignew?

— No tengo idea, pero será mejor que los tengamos vigilados —ambos asintieron como si estuvieran a punto de realizar una misión importante, y tuvieron que separarse una vez los demás se acercaron para hablar con Adele.

Ponzo sonrió a ver a Ignew a lo lejos, pues gracias a él su navidad iba a ser mucho más divertida. Él era un chico fastidioso por naturaleza, le encantaba molestar a los demás para divertirse y prácticamente no se la pasaba bien realizando cualquier otra actividad. Solía fastidiar a compañeros de escuela o a cualquier otra persona, pero durante las fiestas, rodeado de todos sus amables familiares, Ponzo no podía molestar a otro que no fuera Isiaka, dado que él era la única persona que reaccionaba a sus bromas y que no se sentiría

culpable de enfadar, es decir, que Isiaka era el único que podía divertirlo en navidad. Por eso mismo, se sintió sumamente contento cuando conoció a Adele.

En cuanto la vio, no sólo se dio cuenta del interés por su primo, sino que se dio cuenta del rechazo que éste mostraba hacia ella, de modo que las navidades más divertidas de su vida fueron en las que estaba Adele, quien lo ayudó a hacerle la vida imposible a Isiaka, aunque claro, sin ser consciente de ello. Y ahora llegaba Ignew, para agregarle *salseo* al asunto, eso lo ponía aún mejor.

Más tarde, durante la cena, después de algunas conversaciones triviales, Adele le comentó a Ignew acerca de cómo conoció a Isiaka:

— Sí, estaba caminando por el patio de la escuela preparatoria a la que ambos asistíamos, y entonces lo vi, recargado en el barandal de edificio, el sol salía del horizonte iluminando su rostro, y de repente, se volteó a verme, nuestras miradas se cruzaron y en ese instante supe que nuestras almas tenían una conexión.

— Hermoso, simplemente hermoso —exclamó Ponzo con unos ligeros aplausos y limpiándose una lagrima imaginaria. Todos en la mesa suspiraron con ternura (Ignew quedó conmovido) e Isiaka puso los ojos en blanco.

— Ay Adele, que joven tan dulce eres.

— Muchas gracias señora Maharg —le dijo esta con una dulce sonrisa, luego se dirigió a Ignew con alegría— y dime Ignew ¿Cómo conociste a Isiaka?

Ignew la observó claramente sorprendido por su pregunta, con las mejillas llenas de papa horneada y otra cucharada a punto de meterse a su boca, y al notar como todo el mundo esperaba su respuesta, e Isiaka lo miraba con preocupación, tragó con dificultad y empezó su historia con una sonrisa nerviosa y la mano detrás de su nuca:

— Bueno, pues la verdad es que yo estaba llegando tarde a la escuela el día en que lo conocí, tenía un compañero insoportable en ese tiempo, así que pasé el fin de semana en casa de mis padres, pero mi alarma no sonó, y salí con tanta prisa de mi casa que me olvidé de las llaves y la cartera adentro, de modo que tuve salir corriendo desde la casa hasta la escuela—Ignew continuó narrando su historia haciendo muchos ademanes y gestos, mientras todo el mundo estaba más que entretenido con su historia, riéndose ante lo ridículo de la situación. Isiaka se sorprendió al ver como Ignew consiguió en poco tiempo envolver a todos en la historia, y como parecía llevarse muy bien con ellos, incluyendo a Ponso y Adele, quienes no pudieron evitar reírse de la tragedia ajena aunque quisieron evitarlo.

“No debí haberme preocupado tanto” pesó Isi soltando un suspiro “Después de todo, Ignew siempre encuentra una manera de llevarse bien con las personas”.

Más tarde, cuando ya habían mandado a todos los niños a acostar, Ponso y Adele volvieron a su plan de “vamos a conseguir que Adele e Isiaka vuelvan a estar juntos”, para lo cual, inevitablemente, volvieron a hablar de Ignew:

— Lo peor es que parece que se lleva bien con todos al igual que tú —comentó Ponso— claro no es tan lindo ni tiene tanto estilo ni es tan inteligente.

— Por supuesto que no, tal vez sea alto, simpático y guapo, pero nunca podría destacar tanto en una habitación como yo lo hago, además, puede que me esté preocupando demasiado por él, quiero decir ¿cuándo Isiaka podría fijarse en un chico tan torpe como ése? Además lo dijo durante la cena, sólo lo trajo porque no tenía con quien quedarse esta navidad, seguramente sintió pena por él y por eso lo invitó —mientras caminaban pasaron al lado de la habitación de Isiaka, y allí escucharon la voz de Ignew, lo cual les llamó poderosamente la atención.

— ¿Están compartiendo habitación? —preguntó Ponzo.

— ¿Qué están diciendo? —susurró Adele acercando el oído a la puerta, Ponzo hizo lo mismo.

— ¡Oye Isi! ¿No quieres jugar al doctor?

“¡¡¡¿Quéééé?!!!” pensaron Ponzo y Adele mirándose atónitos.

— Bueno, por qué no —respondió Isi como si no fuera gran cosa, y en ese punto Adele y Ponzo salieron corriendo asustados, mientras en el interior de la habitación Ignew sacaba su juego de “Operando” de la mochila.

Al día siguiente fue veinticinco de diciembre, y mientras Ignew era acosado por los niños llenos de energía debido al recibimiento de juguetes nuevos, Adele y Ponzo se colaron a su habitación buscando algo vergonzoso o desagradable entre sus cosas, pensando que después de “lo que había pasado esa noche” Ignew era un rival más peligroso de lo que

creían. Encontraron, entre ropa y demás, películas navideñas, algunos juegos de mesa, y finalmente, una colección de historietas.

— ¿Qué es esto? —Se preguntó Adele pasando las páginas— ¡pero si es un comic para niñas!

— no puede ser —exclamó Ponzo riéndose, mientras tomaba los mangas llenos de historias románticas y empalagosas, de portadas rositas y llenas de flores— ¿a Ignew le gusta el manga shoujo?

— Oigan ¿Qué están haciendo ustedes dos? —Preguntó Ignew entrando en la habitación, luego posó su vista en el manga shoujo que tenían en las manos, se sonrojó con intensidad y exclamó— ¡oigan dejen eso, es mío!

— ¡Con que lo admites! —exclamó Ponzo corriendo de un lado a otro de a habitación, perseguido por Ignew quien trataba de recuperar su tesoro.

— ¡No, quiero decir...es de un amigo! ¡Devuélvemelo por favor!

— ¿Qué pasa, te da penita decir que es tuyo?

— ¡Dámelos!

Ambos chicos salieron corriendo por toda la casa, con Adele detrás de ellos pidiéndoles que fueran más lento. Una vez Ponzo llegó a la parte de atrás de la casa, en donde estaba el tambo de agua, colocó los mangas a pocos centímetros del agua, dejando a Ignew quieto en su lugar y suplicándole que no hiciera una tontería.

— Primero, dime la verdad ¿estos mangas son tuyos?

— ¡¡Son míos, son míos, son completamente míos!!!

— ¿Qué tanto te gustan?

— ¡¡Demasiado!! ¡¡Todas esas historias forman una parte de mí, y todos los personajes que ahí aparecen son importantes, si algo les pasa jamás me lo perdonaré!!

— Muy bien, entonces hagamos un trato. Si aceptas alejarte de Isiaka y ayudas a Adele a regresar con él, te devuelvo tus mangas, y si no lo haces, los tiro al agua ahora mismo ¿Qué dices, tenemos un trato?

Ignew se quedó congelado en su sitio, sin saber qué decir. Desde que era pequeño le gustaban esas historias de niñas llenas de personajes tiernos, de situaciones conmovedoras y de romances idealizados, y por eso siempre se había alejado de los demás chicos de su edad, por el temor a que se burlaran de él, sin embargo, nunca se sintió solo, porque tenía personajes maravillosos que lo acompañaban, protagonistas que no se rendían sin importar las dificultades, y finales felices.

Esas historias lo habían acompañado en distintas etapas de su vida. Algunas leídas en su niñez, otras en su adolescencia, y otras actuales, y todas le habían ofrecido momentos de alegría, momentos de emoción, momentos de frustración en los que pensaba que nada saldría bien, y momento de gloria cuando todo se resolvía y eran felices. Eran importantes para él, los personajes eran importantes para él, no eran simplemente un montón de papel.

Sin embargo, Isi era el primer gran amigo que tenía. Lo perdonó cuando lo tiró a la basura y le arruinó el proyecto, aceptó llevarlo con él a la fiesta familiar y dejarlo quedarse en su cuarto, se preocupó por él cuando creyó iba a salir a un exterior rodeado de lobos, y salió en cuanto creyó que lo hubieron atacado, le regaló unos guantes a juego con los suyos, aceptó jugar con él sus juegos de mesa hasta tarde...Simplemente no podría ni quería dejar de ser su amigo, y tampoco quería juntarlo con una chica en la que él no estaba interesado.

— ¿Y bien? ¡Que no tengo todo el día! —exclamó Ponzo.

Los ojos de Ignew contuvieron las lágrimas que luchaban por salir y finalmente exclamó con la voz quebrada:

— Tíralos.

— ¿Eh? ¿Cómo?

— No pienso ayudar a Adele a regresar con Isi, ni tampoco dejaré de ser su amigo, así que puedes tirar todos los mangas, no me importa —dijo este apretando los puños.

Ponzo y Adele intercambiaron miradas sin creer lo que sucedía, ellos no esperaban esa respuesta. Ponzo observó a Ignew y se dio cuenta de que no mentía, por lo que con un bufido de molestia le entregó lo mangas de mala gana. Odiaba cuando algo no salía como lo planeaba, y odiaba cuando alguien se ponía triste por su causa, que se enojara era divertido, que su pusiera triste era molesto, así que no pudo evitar desquitarse con Ignew por algo que era su culpa una vez le entregó sus tesoros.

— ¡Que imbécil eres! ¿Por qué te pones así sólo por un montón de caricaturas? Mira que casi ponerte a llorar por cosas que ni siquiera existen, ni que fueras un niño —el rostro de Ignew ardía más conforme Ponzo hablaba— eres un exagerado.

En ese momento Ignew salió corriendo apresurado de ahí, y tanto a Adele como a Ponzo les dio un vuelco al estómago al verlo irse de esa forma.

— Ay como se pone —suspiró Adele.

— Guey, le devolví los mangas ¿no? No era necesario que saliera corriendo así... — Ambos guardaron silencio por unos segundos, hasta que ponzo finalmente continuó— Ay amiga, a veces me gustaría dejar de ser tan zorra.

Poco después llegaron unas personas, entre ellas Isiaka, a preguntar qué le había pasado a Ignew, y Adele y Ponzo tuvieron que decir lo que había sucedido. Una vez acabaron su historia, el padre de Isi le colocó una mano en el hombro y exclamó:

— Hijo, tienes que ir con él

— Pero papá...

— Tienes que ir con él. —todos asintieron solemnemente, e Isiaka no tuvo más remedio que aceptar. No era que no le preocupara Ignew, pero él era pésimo hablando con gente triste, no por nada era conocido como el insípido insensible número uno de la escuela, además de que Ignew era el primer amigo cercano que tenía, no quería que por su inexperiencia hablando con la gente se sintiera peor o algo. Sin embargo, no le quedaba de otra.

Buscó a Ignew hasta la terraza de la casa, pues conociéndolo no querría regresar a su cuarto precisamente para no encontrárselo. Allí estaba, sentado en un rincón abrazando las historietas, con el rostro enrojecido y los ojos irritados por el llanto aguantado, lo cual puso más nervioso a Isi, porque quería decir que podía ponerse a llorar en cualquier momento.

— ¡Isi! —se sobresaltó al verlo.

— Ah, hola, Ignew. ¿Quieres hablar de tus sentimientos o algo así?

— Debes pensar que soy idiota —exclamó escondiendo la cabeza en sus mangas.

— Ah, no, de hecho creo que yo soy el idiota por no empezar bien esta conversación, deja que lo haga de nuevo. Hola Ignew, perdona a mi primo y a mi ex, se cayeron cuando eran chiquitos, lamento lo que te hicieron, espero que no me odies, te amo, star wars es asombroso, ¿Quieres bajar a cenar? —Ignew se rió con lo que dijo.

— ¿Por qué nunca me dijiste nada de esto? —preguntó Isiaka sentándose a su lado y tomando un tomo.

— Porque tenía miedo de lo que pensaras de mí. De hecho por eso nunca se lo he dicho a nadie más que a mis padres, porque tengo miedo de que la gente se burle de mí por leer maga shoujo. Pero me sentí aun peor cuando tu primo se burló y luego me llamó exagerado. Hizo que me sintiera estúpido por tomarle tanta importancia no sólo al manga shoujo en general, sino por tomarle tanta importancia a lo que dijeran de mí.

— Pues...creo que en parte es bueno que no intentes tomarle importancia a las burlas, pero no creo que sea malo que el manga sea importante para ti. Creo que todos tenemos derecho a tomarle importancia a cosas que a los demás les parezcan inútiles, o que no todos aprecien. Es lo que hace que la vida sea más divertida.

— Gracias.

— ¿Puedo leer esto?

— Eh...Sí, pero por favor no lo juzgues por la portada —exclamó Ignew sonrojándose y poniendo una cara estúpida.

— Este...acabo de caer en una historia en la que la chica... le regala unos guantes por navidad... al chico que le gusta...Ok, lo reconozco, sí fue algo romántico —exclamó Isi logrando que Ignew se riera.

— No imaginas lo emocionado que estaba cuando sacaste esos guantes de la caja.

— ¿De casualidad no tienes la historia de un chico que tira a otro a la basura y le arruina su proyecto de Biología?

— Tristemente, todavía no se ha escrito —y ambos se rieron.

Después de eso, ambos regresaron para la cena navideña, en donde recibieron las disculpas del Adele y de Ponzo, quienes reconocieron lo mucho que se habían pasado de la raya esa vez, y que no lo volverían a hacer.

Y después de esa navidad, estos fueron los acontecimientos más importantes: Adele y Ponzo salieron de viaje en busca de convertirla en la modelo más famosa del mundo, y durante el proceso se dieron cuenta de que se gustaban y empezaron salir, dejando en paz a Isiaka para siempre y sólo hacerle una broma ocasional.

Tanto la familia de Isi, como la de Ignew, no cambiaron absolutamente en nada.

En cuanto a Ignew y a Isi, ambos continuaron estudiando en la Universidad hasta graduarse, y después de eso consiguieron los empleos de sus sueños volviéndose unos grandes profesionistas, pero a pesar de ya no estar en la escuela, continuaron siendo cercanos, y no dejaron que nada ni nadie pusieran obstáculos en su amistad ni en su futuro.



FIN

Elena Blocker



*Especial de
Navidad*

Especial de navidad

Los personajes pertenecen a la novela Cachorros y Amos de EBlocker.

Todos los derechos reservados.



«Era la víspera de navidad y todo en la casa era paz. No se oía ni un ruidito, ni siquiera el chillar de un ratón.»

—¡Oye, te estuve buscando por toda la tienda!

Cerró el libro de golpe e intentó disculparse, pero Pat no le dio tiempo.

—No te me pierdas así, a ti te gusta desaparecer ¿no? ¿Qué estás leyendo? Oye, eso es para niños. ¿De dónde lo sacaste? Ven, hay cosas mejores por allá. ¿Has visto esos comics que hay? Ven conmigo Noel, yo te voy a enseñar algo mejor. De verdad que sin mí andas perdido, ah.

Ahora tironeaba la manga de su camiseta para llevarlo a través de los estantes a modo de laberintos, rellenos de libros de todo tipo. Noel se dejó arrastrar, pero sin soltar el libro que estuvo hojeando antes que lo interrumpieran.

Había tanto que leer que era fácil perderse entre tanto título. Pat lo arrastró hacia una sección repleta de libros de colores vistosos y pasaron delante de un par de chicas que

hojeaban unos tomos. Noel pudo notar como los seguían con los ojos y cuchicheaban entre ellas.

Cuando por fin se detuvieron, su hermano menor tomó del estante uno de esos libros y se lo puso en la cara.

—¡Tienes que leer esta! Estoy seguro que te va a gustar. —comentó hundiendo los ojos y los dedos sobre los dibujos en blanco y negro. — Lo malo es que estiran la historia peor que chicle. Mira cuantos mangas han sacado.

Le señaló la larga fila de tomos sobre la repisa. Noel no resistió el impulso de tomar uno de ellos y encontró algo muy distinto a lo que esperaba. No había texto, sólo dibujos. Bueno, los personajes hablaban dentro de globos y de pronto le resultó algo complicado de seguir.

—¡Encontré el primer tomo en una biblioteca hace tiempo y empecé a leer! Pero me quedé sin saber que pasaba y mira cuanto me falta por leer. ¡Qué carajo! ¡Mira el precio! ¿Acaso creen que me sale el dinero de las orejas? ¿Cómo quieren que los lea si los ponen tan caros!

Estuvo a punto de responderle a Pat que sólo estaba mirando, no pensaba comprar ninguno. Aunque sí, al ver el precio del que tenía consigo, se dio cuenta que no tenía intenciones en pagar tanto. Los libros que tuvo alguna vez los encontró en la basura. Claro que uno nuevecito, limpio, con todas sus hojas completitas, era un lujo que nunca pensó darse.

—¿De qué se trata la historia? —preguntó bastante curioso, porque apenas le pasó los ojos a las primeras páginas y ya estaba mareado con tanto dibujo.

—¡De un exorcista y...! Pero tienes que saber cómo leerla y estás empezando por el lado contrario. Tienes que leer de atrás para adelante y de acá, para acá. —le señaló con los dedos el orden de las viñetas.

Noel lo miró aún más confundido y le dio una oportunidad más al conjunto de dibujos, personajes y líneas que brotaban de las hojas en blanco y negro. No, acababa de decidirlo, era demasiado para él, prefería quedarse con los libros que ya conocía.

—¡Oye, tienes mucho que aprender! ¡Pero no te preocupes, estás conmigo y todo va a estar bien! ¡El gran Pat te va a enseñar todo lo que necesitas saber! ¡No jodas! ¡Este manga cuesta más caro que los otros! ¡Qué carajo!

Apretó el título entre sus brazos y siguió escuchando a Pat despotricar acerca de otro título que también le interesaba, pero no podía pagar. Se hizo a un lado, entonces porque tenía ganas de saber de qué iba esa historia acerca de una casa donde reinaba la paz y el silencio.

La librería era enorme y concurrida. En cada pasillo alguien estaba leyendo un título y Noel se sintió tentado de sentarse en el suelo y hacer lo mismo. Alcanzó a ver a una chica de trenzas largas y gafas gruesas desplomarse en el suelo, libro en mano a darle una buena hojeada.

Pat no lo iba a extrañar si se alejaba un poquito. Estaba con la nariz hundida en uno de esos libros que le parecieron más para colorear que para leer. Tímidamente se acercó hacia donde la muchacha que ni caso le hizo y se sentó cerca de ella.

Abrió su libro y el olor que despedían las hojas blanquitas

«Los calcetines fueron colgados sobre la chimenea, con mucho cuidado, con la esperanza que San Nicolás pronto llegara.»

Calcetines colgados.

Luka lo sorprendió la semana pasada con un par de calcetines de distintos colores y le tendió uno. Se quedó mirándolo sin entender la razón por la cual recibía uno tan grande y rojo con verde. Al verlo bien se dio cuenta que tenía una letra N bordada con hilo dorado. Luka sostenía otra con una L y le sonrió divertido.

—Tenemos que poner los adornos de navidad, saco de huesos. Pero antes quiero que tengas esto. Es para ti, seguro el día de navidad va a amanecer lleno de regalos.

No supo que decirle, sólo le agradeció sin saber que más hacer. No tenían una chimenea en el departamento, pero los colgaron de una repisa. Luka no lo dejaba acercarse mucho al calcetín, pero pudo notar que cada día se veía más relleno.

No sabía que le ponía Luka adentro, pero seguro se iba a desfondar el pobre calcetín.

Acabó de leer la historia de la visita de Santa Claus, más pronto de lo que pensó y su apetito no estaba satisfecho. Pasó la hoja y encontró otro relato titulado «Cántico de navidad», por Charles Dickens. No le pudo despegar los ojos a cada palabra, cada letra. La historia era increíble, fantasmas de las navidades pasadas...

De pronto se metió tanto en el libro que no se dio cuenta que estaba sentado sobre el suelo alfombrado, muy cerca de la muchacha de gafas gruesas.

—¡Por fin te encontré! Te estuve llamando, pero no me contestaste. Te rastreeé con el localizador que le puse a tu teléfono. Te estoy marcando ahora mismo. ¿Lo tienes en vibración?

Levantó los ojos a prisa y era Luka quien se encontraba frente a él. Se levantó de un salto y recién se daba cuenta que el teléfono vibraba furioso dentro del bolsillo de su chaqueta. La muchacha de gafas dejó su libro a un lado y se quedó mirando al recién llegado, con cierto descaro.

—Lo siento. —respondió buscando el teléfono y sí, tenía una hilera larga de llamadas perdidas.

—Sospechaba que andabas por aquí. —continuó el fotógrafo bebiendo de la taza descartable que traía en la mano. —Te estabas muriendo por entrar a esta librería. ¿No?

—Sí, sólo entramos a mirar. No me di cuenta que llamabas.

—Lo supuse. A ver ¿Qué libro escogiste? —le preguntó curioso oliendo todo a café.

En seguida le mostró el título, era una antología de relatos navideños. Lo obtuvo de una mesa donde había toda clase de regalos y decoraciones. Luka lo recibió de sus manos y le dio una hojeada rápida.

—No me olvido que te derrites por los libros. ¿Sólo este quieres llevar? ¿Seguro es el primero que encontraste, no?

Asintió porque era cierto, Luka lo conocía bien. Pero daba igual, no pensaba llevarlo. No quería que le siguiera comprando cosas, ya bastante hacía por él. Con que le dejara acabar

la historia de los fantasmas de las navidades, se conformaba. Quizá podía volver a su rincón, al lado de la chica de las gafas, quien ahora los miraba disimuladamente y acabar de leer rapidito.

—Ven. —le dijo y lo tomó de la mano para conducirlo hacia otro estante más repleto de tomos. —Vamos para que elijas un par más porque tú devoras libros. Ese que tienes ahí te va a quedar corto.

—¿Lo has leído antes? —le preguntó animado y Luka giró para mirarlo con sus ojos disparejos.

Noel se detuvo en seco. De pronto sintió un golpe en la espalda y fue la muchacha de gafas quien tropezó con él, porque no se imaginó que frenaría de improvviso.

—Lo siento. —se disculpó ella y emprendió la fuga sin atreverse a levantar el rostro. —Lo siento de verdad.

Ninguno de los dos tuvo tiempo para responderle, porque desapareció tras un estante visiblemente avergonzada. No le prestaron más atención al incidente y a Luka se le olvidó lo que iba a decir.

Avanzaron unos pasos más y se detuvieron frente a un estante donde el fotógrafo empezó a pasar los dedos sobre los lomos de los libros.

—¡Este de acá! Espera... ¡Este también! ¿Te acuerdas la película que vimos en el departamento? Mira, este es el libro en el que está basada.

—¡El Perfume! —exclamó Noel y un borbotón de alegría le salió del pecho.

Fue la primera película que vio en su vida y hasta ese momento no podía olvidarla. ¡Había un libro de esa película! No podía créelo, ahora su felicidad estaba completa. Tenía que leerlo, así que regresaría a su rincón para comérselo completito.

—¡Debí guardártelo como regalo de navidad! Pero no me pude resistir. Sabía que te iba a gustar. Por cierto, como tú cumples años el mismo día de navidad te toca doble regalo.

¿Estaba hablando en serio? ¿Más regalos? Luka le daba todo lo que podía necesitar, no necesitaba que le comprara libros. Aunque...

—¡Noel! ¡Te dije que no te me desaparecieras! Ya veo, con razón te me fuiste, estas con el fenómeno de circo.

Pat apareció a sus espaldas y no se veía contento. Tenías las manos llenas, pero no por ello no intentó jalarlo a su lado.

—Siempre es un gusto verte, mocososo. —le respondió Luka con tono socarrón.

Ahí iban de nuevo. Noel suspiró pensando en aquel relato acerca de paz y tranquilidad de la mañana de navidad, pertenecía sólo a la ficción.

—¡Y tú! ¡Quedamos en que no te ibas a meter! ¡Es mi turno de pasar la tarde con Noel y tú no tienes por qué venir a interrumpir!

Pues sí, se habían puesto a conversar de hombre a hombre y quedaron en que le darían a Noel espacio suficiente para decidir lo que quería hacer. Además, el tal Luka le prometió que los dejaría en paz y pasar tiempo juntos sin entrometerse. Claro que ese tipo era como

todo el resto de adultos, un embustero. No podía confiar en él, ni darle un centímetro de ventaja, porque iba a terminar aprovechándose de la situación.

—Sólo pasaba por aquí y pensé que podíamos comer algo. —respondió el tal Luka con su cara de inocente. —Cierta persona si deja de cenar pierde una talla, así que saliendo de acá podemos ir a comer hamburguesas.

¡Mierda! Eso no se vale, no se vale meterse con el estómago ajeno. Sí, hamburguesas calientes, con queso derretido sonaba delicioso, pero no. ¡No iba a ser tan fácil dar su brazo a torcer!

—Vámonos Noel, ven que te quiero mostrar un manga que trata de fenómenos de circo, parece que te gustan ese tipo de historias.

Tenía que sacarse de encima a ese tipo, si quería recuperar la atención de su hermano.

Noel lo siguió menos mal, porque no tenía manos con que jalonearlo. Luka lo siguió también, qué molesto era.

De nuevo en la sección de mangas, quería llevarse todos los tomos, pero no podía costearlos. Podía comprar sólo uno, la verdad que dos, pero estaba ahorrando dinero para comprarle un regalo a Noel. Pero era un secreto, así que shh.

—¿No estás muy mayor para leer estas cosas? —comentó el tal Luka. ¿A él quién carajo le preguntó nada? —Estos comics son para niños. ¿No?

En ese momento, el resto de jóvenes que estaban a lo largo de los estantes, levantó la cabeza. Varios pares de ojos se centraron en la figura del baboso de Luka. *¡Toma esa, idiota! A ver repite que es para niños y vas a ver que todos esos fanáticos te despedazan.*

—Y tú eres un mutante y nadie te dice nada. No son para niños, si te pones a leer vas a ver que no. ¡Qué bobo eres juzgando un libro por su portada!

—¡Qué sensible saliste, mocoso! ¿Qué? ¡Ustedes qué me están viendo! —replicó para aquella pequeña horda que lo miraba mordaz.

Ninguno de esos otros mocosos se atrevió a decir nada. Sólo una chica frunció la nariz, meneó la cabeza y regresó la cara a lo que fuera que estaba leyendo. Todo era culpa de Patrick y su facilidad para armar escándalo. Lo dejó bufar fastidiado, pero no se atrevió a continuar la gresca.

Noel en cambio se veía mortificado por todo el asunto. ¡Se acabó! No pensaba quedarse a discutir con una tira de chiquillos, con el mocoso escandaloso a la cabeza.

—Si te quieres quedar leyendo libros para niños. —lo último lo dijo con saña y de nuevo los ojos enojados de los otros adolescentes lo atravesaron. —adelante. Noel y yo vamos a comer.

Al darse la vuelta, el resto del grupito murmuraba algo que no pudo entender y al pasar al lado de la muchacha que leía algo con avidez, se atrevió a echarle un ojo al contenido. ¡Qué carajo! Pensó al ver tan sólo la tapa. Se detuvo en seco y se lo quitó de las manos.

¡Mierda! La chica protestó, pero la ignoró al instante. Sí, no se había equivocado, era una historia con dibujos gay.

Saciada su curiosidad le devolvió el libro a la muchacha y tomó a Noel del brazo para sacarlo de ahí lo más pronto posible. No, no iba a aceptar que Patrick tenía algo de razón al decir que no eran comics para niños.

El mocoso ese los alcanzó cuando iban camino a la registradora. Noel se mantenía en silencio y eso era algo que le preocupaba. Le tuvo que quitar los libros que apretaba contra el pecho para dárselos a la cajera y poder marcharse de una vez.

—¡Gracias por arruinar la tarde, dinosaurio mutante! —vociferó Patrick. Ese chico no podía modular su voz. Siempre gritaba. —Espero estés contento.

—¿Qué hora crees que son? No los voy a dejar andar en la calle tan tarde. —le reprendió para que se calle de una vez. — Así que ni empieces.

—¡Noel y yo sabemos andar en la calle! No como otros delicados y engreídos riquillos de mierda.

Se acabó, ahora sí estaba molesto. Pero tenía que controlarse, porque estaban en un lugar público y no iba a discutir con un chiquillo al que casi le doblaba la edad. Noel intentó calmar a Patrick, pero no funcionó. El chico dejó caer los libros que todavía traía en la mano y sobre la registradora. Furioso arrancó del bolsillo un puñado de billetes arrugados y los aplastó sobre las tapas.

La cajera, quien no era mucho mayor que los dos chicos que lo acompañaban, se veía bastante incomoda por la situación. Tomó uno de los libros que Pat acababa de lanzar y al escanearlo de inmediato se dio cuenta que no iba a alcanzarle para pagarlos todos.

—¿Cuántos vas a llevar? —le dijo bajito, pero Patrick no entendió el mensaje, demasiado molesto para prestar atención.

—¡Todos!

—De acuerdo, porque no te va a alcanzar. —replicó la muchacha algo nerviosa. —De repente tu hermano mayor te puede prestar su tarjeta de descuentos y... prestar dinero para pagarlos todos.

¿Hermano mayor? La chica pensaba que él y Patrick eran hermanos. Rodó los ojos pensando que al chico ese le iba a dar una rabieta apenas se dé cuenta de lo que estaba sucediendo. Luka sacó su tarjeta de descuentos y la de crédito. La pasó en seguida y la cajera sonrió mucho más todavía.

—¡Oye no! ¡No quiero que me les compres! ¡No quiero nada de ti!

—Es tu regalo de cumpleaños. —interrumpió antes que el mocoso siguiera berreando. —sé que viene después del de Noel. Así que cierra la boca y cuando te lo de te haces el sorprendido.

No, no iba a ser suficiente para callar al chiquillo, quien tomó la bolsa con sus libros y salió de la tienda hecho una locomotora. Se lo merecía por ponerse a su altura. La cajera suspiró nerviosa, pero no dijo nada.

Como era de esperarse Noel fue a su encuentro. Desde dónde estaba no podía oír lo que le decía, pero Patrick estaba rojo de ira. De pronto se sintió ridículo yendo en busca de esos. Quizá, después de todo lo que decían era cierto. Estaba demasiado viejo para meterse en cosas de chicos.

Los dejó tranquilos un rato y su pareja consiguió lo que parecía imposible. No tenía idea de qué hizo para convencer al mocoso ese, pero lo trajo bastante mansito y de regreso. Todavía bufaba como animal herido, pero ya no trataba de pelear con él.

—¿Estamos listos? —preguntó intentando calmar las aguas y sólo consiguió una respuesta verbal de Noel.

Consiguió que los dos chicos lo siguieran hacia el restaurante que mencionó con anterioridad y los mandó a sentarse en una mesa. Desde la fila para ordenar la comida, vio que el mocoso ese le echaba los brazos al cuello a Noel y lo abrazaba con fuerza.

El veneno de los celos empezó a resbalarse por el fondo de sus pensamientos. Noel se dejó apachurrar al gusto del tal Patrick y alcanzó a ver como el susodicho lo miraba y le levantaba un dedo. *Cierto Luka, es un mocoso, no le prestes atención.*

Dos podían jugar el mismo juego. Era tan sencillo como...

—Noel. ¿Me das una mano?

Bastaba llamarlo y estaba de nuevo a su lado. Ese era su Noel, oliendo al mismo jabón que él usaba, con el perfume que él le había dado, usando el mismo gel para cabello que dejó en el baño. Era su pareja, no había nada que ese chico Patrick pudiera hacer para separarlos.

Tomó a Noel en sus brazos y lo supo suyo. No había motivo por el cual preocuparse. La comida apareció pronto frente a ambos y tomaron las bandejas a prisa. Regresaron a la mesa y Patrick los esperaba con un mohín en toda la cara.

Estaba cansado de todo este asunto. Si no se había marchado fue porque Noel le pidió que se quedara. Haría lo que fuera por su hermano, incluso tolerar la presencia de ese tipo. ¿Qué pensaba? ¿Qué iba a comprarlo con unos cuantos mangas y un poco de comida? ¡Pues no! No confiaba en él, imposible de hacerlo. Noel no se daba cuenta, pero no era más que uno más de esa gente rica, que porque tiene plata cree que puede tener lo que sea.

Lo había visto antes, la familia de su mamá era así, igualita al tal Luka, siempre presumiendo su dinero. A veces le daban ganas de rendirse y largarse de una vez. Pero no, no iba a dejar a su hermano en manos de ese dinosaurio mutante.

Era cuestión de tiempo que Luka obtenga lo que quiera y bote a Noel como un trapo usado. La sola idea lo enojaba, porque sabía que iba a suceder tarde o temprano y Noel era demasiado bobo para darse cuenta. Estaba encandilado con todo lo que le daba el idiota de Luka.

—¿No te gusta tu hamburguesa? —le preguntó Noel tendiéndole la suya.

Claro que le gustaba, comería lo que fuera, así fueran piedras. Cuando uno ha pasado hambre, no le hace mala cara a la comida. Ahora bien, Noel lo miraba con esa cara de miedo que lo enloquecía de rabia.

—Sí me gusta, yo como de todo. No seas bobo Noel.

Odiaba cuando hacía “eso”, morderse el labio, bajar los ojos, retroceder, contraerse en su sitio. Lo hacía sentirse culpable y eso lastimaba mucho.

—¡No le hables así a Noel, mocoso!

—¡Tú no te metas en esto, fenómeno mutante! Todo es tu culpa, entrometido de mierda. Noel estaba muy bien conmigo hasta que tú apareciste a joderlo todo. ¿Por qué no te largas por dónde viniste? Con tu familia rica y tu auto caro. ¡Déjanos en paz de una puta vez!

No se dio cuenta como así, se levantó de su asiento y tenía un dedo apuntando a la cara del tipo ese. Lo odiaba con la misma intensidad con la que adoraba a Noel. Por cierto, su hermano no se veía bien, más pálido de lo usual, parecía que se iba volver transparente. Entonces se dio cuenta de lo que había hecho y se sintió peor que antes. Abandonó la mesa, dejando la comida intacta.

No podía seguir en ese lugar, compartiendo el pan con ese tipo Luka. Empezó a correr y no se detuvo hasta que estuvo en la calle. No esperaba que lo siguieran, porque quería estar solo. No le tenía miedo a la calle, no necesitaba a nadie, además.



—¿Phil? ¿Me preparas un chocolate? ¿Por favor?

Esperaba que sucediera. La terquedad del bambino por fin llegó a su fin. Phil se levantó pesadamente de su silla, con su taza en la mano y tomó otra de la alacena. Agua caliente

del grifo de agua y la solución de cocoa se disolvió a prisa. Lanzó la taza al microondas, mientras observaba como Patrick se desparramaba sobre una silla.

Suspiró hondo y al cabo de un minuto, cuando sonó la alarma, le agregó los malvaviscos. Giró sobre sus talones y regresó a la mesa de donde partió.

Luego de varios días de silencio, Patrick por fin decidió dar su brazo a torcer. Llego lloroso y fuera de sí, aquella misma tarde en la que quedó en encontrarse con Noel en un centro comercial. - Phil no quiso insistirle, sólo le dio el tiempo que necesitaba para cocinar su rabia y tal como esperaba, apareció en el pijama que le compraron como regalo de navidad adelantado, abierto al diálogo. Ahora que tenía cada uno una taza de cocoa en las manos, todo estaría bien.

—¡Phil, no es justo que Noel confíe tanto en ese mutante idiota! ¿Por qué tenía que aparecer a interrumpirnos? ¿Por qué no puede entender yo soy la única persona que Noel necesita a su lado?

Sospechaba que por ahí iba la cosa. Noel estuvo llamando por teléfono, pero sólo consiguió enterarse que el bambino estaba bien y que no quería hablar con él. Así que Luka también tenía que ver en el asunto, de acuerdo. Dejaría que Patrick le dé su versión de los hechos, aunque tenía una idea de cuál era la situación.

Patrick sorbió su cocoa tan rápido que se atoró con un malvavisco y se volvió a desparramar sobre la mesa.

—Se suponía que Noel y yo estaríamos solos y se aparece el muy mierda... Perdón... Es que me da cólera que sea así. Me quiere separar de Noel. ¡No lo voy a permitir! Somos familia. Como a ese imbécil no lo quieren ni en su casa, me quiere robar a mi hermano.

—¿Es esa la razón por la que ~~é- comiste estos días no has querido comer todos estos días?~~

—No entiendes Phil. Noel es mi única familia, si renuncio a él, le falto a la promesa que le hice a mi mamá. Maggie se va a poner muy triste si lo hago y yo nunca falto a mis promesas.

—Me prometiste que no ibas a hacerte daño, Patrick. Dejar de comer no te va ayudar en nada.

—Pero ahora sí estoy comiendo. Phil, no es justo. Ese imbécil de Luka tiene todo lo que quiere y ahora a Noel y yo no tengo a nadie más.

Carraspeó fingiéndose ofendido.

—Sólo a ti, a Marietta y Paulette...

—Qué bueno que te acuerdas de los pobres. —suspiró Phil mojándose el bigote con cocoa.

—Pero es qué, no es justo. —continuó Patrick con aquel tonito lastimero que se permitía cuando se encontraban solos. —Phil lo único que quiero es recuperar a mi hermano y poder vivir con él, como Maggie siempre quiso. ¿Es mucho pedir?

—¿Les has preguntado a Noel si eso es lo que quiere?

—¡Phil! Claro que... No sé, no sé si el idiota de Noel me quiere con él. Anda embobado con ese viejo decrepito de Luka y con las cosas que le da y le compra y no sé que mierda.

—Entonces todo está claro. —sentenció golpeando la mesa con la taza de cerámica. —La culpa de todo la tiene Noel.

—¡No Phil, no! No es su culpa. No entiendes, es la culpa del dinosaurio, de Luka. Nosotros estábamos de lo más bien, mirando las tiendas y yo compré algunos regalos que necesitaba para navidad y de pronto Noel quiso ir a esa tienda de libros. ¡Es tan aburrido ese pobre, pero lo que sea! Entonces le dije que no se separara de mi lado y de pronto vi un lado donde había mangas y me fui a mirar. Noel se me despegó y de ahí, lo encontré, le dije que no se fuera y de pronto lo atrapé con el viejo de Luka, ahí en la tienda. ¡Luka lo arruinó todo!

—Entiendo, la culpa de es Luka, por aparecer en un lugar público e ir a buscar a Noel.

—Oye, verdad que sí. ¿No?

—Y de Noel también, porque él no lo despachó. —Es culpa de esos dos, Patrick.

El bambino se lo quedó mirando anonadado. Parecía que iba a decir algo, pero se tomó su tiempo en procesarlo antes de dejarlo salir de su boca.

—No Phil, no... No es culpa de Noel, sólo del dino de Luka. —murmuró hundiéndose entre sus brazos. —y también un poco mi culpa.

Ese muchacho necesitaba un corte de cabello, los mechones rubios ya le iban a cubrir los ojos. El rostro se le había alargado, pero conservaba cierto aire infantil, especialmente cuando en momentos como esos se permitía actuar de su edad.

Le escuchó quejarse como un niño pequeño y luego levantó la cara mascullando que ya no quería hablar al respecto.

—Mañana es víspera de navidad. —le recordó Phil, aunque el estado de la cocina no dejaba lugar a ningún olvido.

Decoraciones por todos lados, la vajilla festiva lista sobre el repostero. Los ingredientes en fila para empezar a cocinar desde temprano la cena de navidad. Pescado, pasta, postres. Patrick sugirió un par de platillos y Paulette otros tantos. Marietta se sentía con fuerzas para ayudar en la cocina, aunque seguro sería sólo para dirigir los preparativos desde una silla.

—Ya sé Phil, mañana quería ir a llevarle al bobo de Noel un regalo que le compré, pero ahora ya no quiero verlo más.

—Entonces será mejor que se lo hagas saber. Será mañana porque ahora es tarde. Ahora ve a dormir que mañana tienes escuela.

—No quiero hablar con Noel, tampoco quiero verlo más. —replicó decidido apretando el asa de la taza.

—Hace un momento dijiste que no querías separarte de él. ¿Entonces en qué quedamos muchacho?

Era la reacción que esperaba. El bambino abrió los ojos, casi tanto como la boca e intentó decir algo, pero terminó rindiéndose. Phil se levantó de su silla y tomó la taza de manos del chico quien aprovechó tenerlo cerca y lo abrazó por la cintura.

—No quiero dejarlo Phil, no puedo. Pero siento que lo odio por hacerme a un lado, por preferir a Luka.

—No puedes forzar a nadie a que te corresponda. —le dijo acariciándole los mechones rubios mientras que las palabras le salían del alma.

Lo había pensado varias veces y aunque Paulette se lo dijo otras tantas, el bambino y él estaban en el mismo barco. Tuvo que armarse de paciencia para que Patrick empezara a aceptarlo y dejarlo formar parte de su vida. Siempre tuvo miedo que el muchacho decidiera marcharse un día de esos, pero por fortuna no sucedió.

Patrick ahora era parte de su hogar. No se imaginaba su casa sin el bambino correteando y sin su Marietta sonriéndoles a ambos. Entendía la frustración del chico, pero no podía compartirla.

—Suficiente por hoy, ve a dormir que mañana hay escuela.

—Está bien. —respondió el bambino desprendiéndose de su pronunciada barriga. —Ya me voy Phil.

La tristeza se debilitó en su voz, pero no se había marchado. Podía verle en los ojos cuánto estaba sufriendo. Pat de quince años, todo un adulto, como solía decir, se marchó arrastrando los pies hacia su habitación en la trastienda. Quizá algún día entendería que el afecto se gana. Aunque resulte frustrante, aunque cueste trabajo, con mucha paciencia, pero la recompensa valía la pena.



Acababa de colocar un tazón de palomitas recién salidas del microondas y Noel ni caso les hizo. Tenía un gorro de Santa Claus puesto, una aguja en la mano y los dedos hinchados de tanto hincárselos. Las cadenetas de palomitas iban a terminar de dos colores, blanco y rojo, a ese paso.

Era víspera de navidad y Noel tenía cara de funeral. Lo mínimo que esperaba es que estuviera un poco animado por las fiestas, pero ni eso. La razón la sabía bien y sí, le entraba algo de coraje verlo en ese estado.

Regresó a la cocinita siendo vilmente ignorado y sirvió un par de copas de vino. Le dio un sorbo a una y llevó la otra consigo. La colocó sobre la mesita de café frente a ambos y se sentó al lado de Noel.

Apenas si recibió una media sonrisa y el saco de huesos se atravesó la yema de un dedo con la aguja.

—Deja eso de una vez. —en seguida le arrebató la media cadeneta y la aguja de la mano.

Renegando entre dientes fue en busca de unas banditas plásticas y recordó que tenían unas cuantas en la cocina. Tomó una caja con motivos navideños, sí, las chicas se encargaron de meter la mano en la decoración del departamento y llenaron los estantes de adefesios.

Envolvió el dedo de Noel con una bandita rojo y verde y con su nombre escrito en letras blancas. El saco de huesos no protestó, sólo lo dejó trabajar en sus pobres dedos heridos.

Unas cinco banditas después, procedió a regañarlo.

—Si no vas a tener cuidado, no te voy a dejar continuar, Noel.

Por supuesto que se disculpó a continuación, muy bajito y bajó los ojos hacia un par de palomitas que tenía sobre los muslos.

—Ven aquí. —le dijo rindiéndose ante lo evidente. Necesitaba tenerlo en sus brazos. Si bien era cierto, Noel estaba triste, pero él quería quitarle ese sentimiento a punta de abrazos. Le dio un beso en los labios, además y lo volvió a apretar contra su pecho.

Sólo quería verlo contento, esa noche iba a cumplir años e iba a asegurarse que todo fuera perfecto. Claro que Noel se encontraba en ese estado por culpa de Patrick. Estaba al tanto de la situación, el mocoso berrinchudo no le respondía las llamadas y Noel sufría en silencio.

¡Mi-er-da! Pensó en voz alta, pero su pareja no se percató.

Las decoraciones de Navidad estaban por todo el departamento. El árbol perfumaba el ambiente con su olor a cítrico, los adornos que colocaron juntos brillaban amparados por las luces de colores. La estrella que tenían en la punta tocaba villancicos. Varios regalos se asomaban bajo las ramas del arbolito y todo debería ser perfecto, porque iba a ser la primera navidad que Noel iba a celebrar.

Pero no podía verlo feliz.

—Gracias por las banditas. —musitó Noel todavía en sus brazos y le respondió mordisqueándole el cuello un «de nada»

Estiró una mano para tomar su copa de vino, pero Noel se le adelantó y le alcanzó la suya.

—Empezamos brindando desde temprano por tu cumpleaños. —le dijo con ganas de otro tipo de celebración, pero tendría que esperar. No era el momento adecuado.

—Es cierto, es mañana.

—A la media noche Noel. Estoy contando los minutos, pero no le digas nada a Amy porque dice que soy un perverso.

—No le digo—otra media sonrisa y lo vio empinar media copa.

Noel podía beberse la botella entera y tan sólo sonrojarse un poco. De otro sorbo ya se la había despachado.

—No es agua, por si acaso.—con un gesto divertido se levantó del sofá y trajo dos botellas más. Le rellenó la copa y lo observó repetir la misma operación luego de un minuto.

—Tengo mucha sed.—le respondió Noel con suma inocencia.

—¡Qué coincidencia! Yo también.—anunció apretando a Noel contra su pecho.

A Luka no se le escapó ese gesto y se le resbaló el vino por la garganta, calentándole el pecho. Aquella sensación le bajó hasta la entrepierna. Antes de que el saco de huesos se bebiera el resto de su copa, lo besó en los labios.

El sabor dulzón del vino, se combinaba con las ganas de bebérselo a besos que estaba sintiendo. Noel sentía lo mismo, sin duda, porque en seguida se volteó para sentarse sobre su regazo. Lo dejó probar el último sorbo de su copa y le limpió los labios con el pulgar.

Noel lo recibió entre sus labios y lo dejó entrar en su boca para hacer espirales la lengua sobre la yema de su dedo. ¡Ahora sí que le iba a tocar su nochebuena, pensó encendido de

lujuria! Se levantó del sillón dejando caer la copa vacía sobre el cojín. Continuó besándolo por la sala, hasta el corredor rumbo al cuarto.

El teléfono los detuvo antes de que pudiera abrir la puerta y adelantar el banquete de navidad. Noel separó sus labios y lo vio girar el cuello en dirección al timbre. No tenía que decírsele, sabía lo que estaba pensando.

Luka maldijo al aire y seguro que sí Santa estaba tomando nota, acababa de ganarse su entrada a la lista de niños malos. Apretó a Noel mucho más y decidió que no le importaba recibir carbón de parte del viejo barrigón del Polo Norte. Iba a llevarse a Noel a su cuarto, le iba a quitar la camisita de felpa, los pantalones de franela y se la iba a me...

—De repente es importante...—Pidió Noel con cierta angustia en los ojos.

—Seguro no es nadie, seguro es Amy. Que vuelva a llamar o deje un mensaje. —No, no tenía que decírsele. Noel estaba ilusionado con la idea de que aquel mocoso berrinchudo fuera a llamarlo por teléfono.

Los pantalones de pijama se le achicaron en la entrepierna y el calor en sus mejillas seguro le daban la apariencia de un ornamento del arbolito. No podía quebrarle la ilusión a Noel, porque ese chico se estaba por romper el cuello de tanto girarlo.

Lo dejó ir, lo puso en el suelo y lo vio tropezar hasta que por fin alcanzó el teléfono sobre el repostero de la cocina. No, no se equivocó, era Amy y compañía quienes llamaban. Pudo escuchar la desilusión en su voz, la tristeza al saludar a Moni quien se coló en la conversación.

—Jade no te preocupes por nada. —le escuchó decir y hasta sonrió un poquito. —¿A qué hora pueden venir?

Luka hubiera respondido que nunca, por la situación en la que se encontraba, lo último que quería eran más interrupciones. Masculló como respuesta, que cuando estuvieran listas y regresó al sofá a seguir bebiendo.

Noel conversó un poquito más, con Jade esta vez. Le iba a hacer bien platicar con ella, a ver si se animaba un poco. Esos dos pasaron casi toda su vida juntos y no habían perdido la costumbre de intercambiar palabras de cuando en cuando.

Quizá debía prestar atención a lo que se decían, porque Jade siempre veía el modo de sacar a Noel de su ensimismamiento. Algo le dijo Jade, que lo hizo reír.

El saco de huesos colgó el teléfono y regresó a su lado en el sofá.

—¿Qué? ¿Jade te hizo cosquillas por teléfono o qué?

—No, es que me dijo algo gracioso. ¿Te acuerdas de la historia de Rodolfo el reno? La que está en el libro que me compraste. Me dice que Amy tiene alergia y está con la nariz igual de colorada.

—Tiene alergia a las pecanas. —le dio ataque de risa y ahora sí estaba seguro que no recibiría más que carbón de parte de Santa Claus. —Tienes que verla, se pone como una langosta hervida.

—A Jade le regalaron galletas y Amy sólo le dio una olisqueada, pero se la pegó a la nariz
Y...

No pudo continuar, porque ambos terminaron riendo. Luka con más ganas, porque se podía imaginar exactamente la situación. Amy era un monstruo come galletas y claro que no pudo resistir la tentación.

—¡Eso le pasa por tragona! ¿A qué hora dices que vienen? ¡Quiero verla con la nariz hinchada!

De acuerdo, acababa de perder su regalo de parte de Santa, por varios años venideros, pero valía la pena. Además, escuchar a Noel reírse valía cualquier sacrificio. Su pareja volvió a sus brazos, todavía burbujeando risitas y al final suspiró.

—La historia de Rodolfo el reno, se la leí a Jade el otro día. Le gustó mucho, tanto que Moni le compró unos cuernitos de reno.

—Pues que se los ponga Amy y la ponemos a jalar un trineo.

De acuerdo, fue cruel, pero Noel volvió a estallar en risas. Hacía días no lo veía tan contento. Bueno, mientras durara. Hablando de regalos, le tenía unos cuantos preparados para la ocasión, pero había uno en especial que quería dárselo a solas.

Nunca antes había tenido tanto problema para pensar en un regalo para alguien. Por lo general estiraba la mano y dejaba caer su tarjeta de crédito en manos de Amy para que ella comprara de su parte. En esta ocasión era diferente.

Fueron días enteros de cavilaciones, hasta que por fin tomó una decisión y de inmediato corrió a discutirla con Amy.

—¿Quién iba a pensar que eras tan romántico, Luka?

—Concéntrate y responde a mi pregunta. ¿Te parece buena idea o no?

—¡Pues claro, imbécil! Creo que a Noel le va a encantar. Es más, no puedo creer que lo pensaste tú solito.

—Quiero que sea algo especial, lejos de todo y todos. —exclamó dándole énfasis a lo último.

—Y a Noel le gustan mucho mirar la ciudad desde el balcón. Le gustan las alturas.

—Pero Luka...A mí no me engañas. Te lo quieres llevar lejos para estar los dos solitos para hacer de las tuyas. —la voz de Amy cobró un tono pícaro. — Súbelo a un avión si le gustan las alturas y cuando están a punto de... se avientan en paracaídas y...

—A ti te voy a lanzar sin paracaídas desde el Empire State. ¿Puedes dejar de pensar en sexo, Amy?

—Fue tu idea. ¿No? ¿Entonces cómo vas a preparar el momento? ¿Velas perfumadas, pétalos de rosa y tonteras así? ¡Cuéntame Luka, quiero saber!

—¿Ves cómo dices tonterías? ¡No! Sólo quiero llevarme a Noel a otro lugar, a donde... a donde los recuerdos de su vida pasada no nos alcancen.

—Pues eso va a estar difícil. ¿No? ¿Quieres sacar un pasaje para Timboktu o algo así? —ella se acomodó las gafas y se mordió una uña. —Perdóname Luka, pero es que... Ha pasado por cosas tan horribles que no sé... Pensaba que ponerle velitas y pétalos de flores podría ser algo bonito, pero si tú dices que no...

En el fondo y Amy tenía razón. Quizá no había manera de separar a Noel de los recuerdos de su vida pasada que lo asaltaban constantemente. No podía exigirle una recuperación

total, luego de años y años de abuso. Ahora que lo tenía a su lado, todos sus deseos estaban cumplidos. Faltaba hacer su parte en asegurarse que fuera feliz las veinticuatro horas del día, los siete días de semana.

—Noel, tengo algo para ti. —*anunció con cierta ceremonia y se dirigió hacia el estante donde ambos calcetines estaban por vencerse de lo rellenos que estaban.*

Con cuidado tomó un sobre que contenía una primorosa tarjeta de navidad y se la puso entre las manos.

—*Es algo que quiero darte y que además es parte de tu regalo de navidad.*

—*¿Luka, pero todavía no es navidad ni mi cumpleaños?*

—*Lo sé, pero quiero que lo tengas ahora.*

Recibir un sobre de las manos de Luka le trajo varios recuerdos. La primera noche en la que estuvieron juntos, en ese mismo sofá. Lo abrió con cuidado, sin poder quitarse la sensación de antaño. Encontró un pedazo de cartón duro con dibujos de un paisaje como sacado de un cuento. Un hombre de nieve, una ciudad cubierta de nieve y unas montañas en el horizonte.

Al leer el interior de la tarjeta, no encontró billetes, sólo un mensaje que decía:

«Esta navidad he recibido más de lo que merezco. Noel, tú eres más de lo que esperaba de la vida. Mi único deseo es que te quedes a mi lado en lo que me queda por vivir.

Luka»

De dentro de la tarjeta cayó una foto postal con la leyenda Lake Placid. No supo que decir, sólo levantó los ojos francamente confundido.

—Hice reservaciones para los dos, para pasar año nuevo, solos en esta cabaña en Lake Placid. Pensé en Aspen, Montana o Wisconsin, algo un poco lejos de la ciudad, pero déjame decirte que Lake Placid tiene su encanto.

No, todavía no podía procesar toda la información que recibía de parte de Luka. ¿Le acababa de dar una tarjeta donde le decía que quería que se quede a su lado para siempre? ¿Acaso estaba soñando? Ahora hablaba de un lago e irse de la ciudad.

—La montaña Whiteface tiene un hotel muy bueno, pero encontré una cabaña para nosotros dos solos. Podemos esquiar, hacer snowboard, lo que tú quieras. Algunos partidos de hockey y visitar el estadio en el cual vencimos a los rusos en los juegos olímpicos de...
¿Me estás oyendo?

—¿En serio Luka?

Acababa de desconocerse. Sonó exactamente como el fotógrafo cada vez que conversaba con Amy. Quizá sí pasaban mucho tiempo juntos, podía contagiarse de otras de sus expresiones. En realidad, todavía no podía que Luka quisiera quedarse con él y encima de todo, llevarlo de paseo a una cabaña en una montaña.

—En serio. Quiero que estemos juntos y solos. Quiero que tengamos un tiempo para ambos, lejos de todo el ruido y el caos. Si es lo que tú quieres Noel.

Luka lo tomó en sus brazos y de nuevo se le montó sobre las piernas. Era algo que se le había vuelto costumbre, rodearlo con sus brazos y sentir su aliento en sus labios.

—Sí. —respondió con el corazón rebotándole en el pecho. —Sí Luka, claro que sí.

Todavía tenía el gorrito de Santa Claus puesto y Luka le mordió el pompón blanco que colgaba sobre su hombro. Continuó moviéndose por el arco de su cuello, hacia su oído. Derramó dentro un par de besos y algo más que le encendió las mejillas.

—¿Cuándo vamos? —se le escapó de pronto, mientras que la lengua del fotógrafo dibujaba los recovecos de su oreja.

—En dos días. Pensaba ir y pasar la navidad y el año nuevo, pero Mónica me arranca la piel del trasero y Amy de las bolas. Jade está muy entusiasmada con la celebración de navidad, así que no nos podemos mover de aquí.

—Jade no sabía que era navidad. Cuando estábamos chicos, se enteró que daban regalos a los niños allá en una iglesia en Bronx. Nos escapamos de Devan, pero no sabíamos dónde era y cuando pudimos averiguar el lugar, ya no había nada.

Jade se puso muy triste aquella vez, pero se esmeró por disimularlo.

—Sólo quedaba papel de colores en el piso. En las bolsas de basura encontramos las sobras de lo que sirvieron. Teníamos mucha hambre y...

A Luka se le desapareció la alegría del rostro y sólo lo apretó con más fuerza. Quizá no debía continuar, pero el fotógrafo le decía siempre que no se callara. Que dejara salir todo lo que guardaba por dentro.

—Jade encontró una caja y tenía una muñeca dibujada. Lo recortó con sus dedos y lo guardó hasta que se deshizo de viejo.

Se quedaron en silencio, Luka sólo escondió su rostro sobre su pecho y lo sintió respirar pesado. Entonces le acarició el cabello dorado y suspiró también. Se sentía tan bien con los brazos del fotógrafo rodeándolo de ese modo, porque prevenían que los recuerdos lastimaran. Jade estuvo muy triste camino de regreso. Escondió la muñeca de cartón en la entrada del departamento de Devan y soportó la paliza con entereza.

Nunca podría olvidar lo mal que la pasó Jade, por eso le tenía de regalo una muñeca. Quería ver su rostro cuando se la diera. No iba a borrar los malos ratos del pasado, pero seguro la hacía sonreír un ratito.

—Luka... ¿Nos vamos a cambiar para cuándo ellas vengan?

—Sí, claro salvo que te quieras quedar en pijamas.

—¿Y no nos vamos a bañar primero?

Bueno, Luka empezó mordisqueándole la oreja y abrazándolo tanto que ya se estaba antojando de sus caricias. Por fortuna el fotógrafo entendió la indirecta y lo levantó en sus brazos.

—Buena idea, así que mejor vamos yendo porque...

—¡Espera Luka, no podemos irnos en dos días! —exclamó sorprendiéndose a sí mismo por no haberlo recordado. — ¡Es el cumpleaños de Pat y...!

Listo, momento especial arruinado por el mocoso berrinchudo. Bueno, era culpa suya por no acordarse.

—Aunque Pat no quiere hablar conmigo.—La tristeza regresó como por encanto a la voz de Noel. —Así que...

No y no. Lo tenía en sus brazos y no lo iba a soltar así se cayera el departamento por pedazos. Las luces de navidad tintineaban y una cancioncita sonaba en el fondo de la habitación. Iba a llevarse a Noel a la tina e iban a disfrutar el baño juntos. Luego vería la manera de solucionar el problema con Patrick y su maldita necesidad.

Avanzó hacia el cuarto de baño, ignorando la tristeza en los ojos de Noel. Lo dejó pisar el suelo y le quitó con cierta prisa la camisa de pijama. Aspiró el olor de su piel, al tenerlo tan cerca y no se resistió de besarlo de nuevo.

—Hay un proverbio chino que dice... No espera, no es chino... No sé de dónde sea, pero es algo como si la montaña no viene a ti, tú ve donde la montaña. ¿Si me entiendes?

Noel lo miró algo confundido, pero igual asintió. De acuerdo, quizá demasiadas montañas para un solo día.

—Quiero decir que como Pat no te da la cara, iremos a verlo. Ahora a bañarse, apestoso.

—Tú eres apestoso. —le respondió Noel con una sonrisa chiquita y se sacudió los pantalones de felpa.

Ah, si lo que quería era tentarlo pues acababa de salirse con la suya.

—¿Desde cuándo no te bañas, ah? —preguntó arrancándose la ropa y siguiéndolo hacia la tina.

—Desde anoche. —continuó Noel abriendo el grifo de agua. Se iba a tomar el resto del día en regularle la temperatura, lo que le daba tiempo suficiente para hacer de las suyas.

—No lo creo. —lo absorbió en sus brazos y apretó con tanta fuerza que hizo crujir al saco de huesos. —Hueles a días y días sin tocar el agua.

Perdieron el equilibrio y terminó sentado contra el suelo frío. La sensación disparó algo en su mente y tuvo que sujetar a Noel con más fuerza, sólo para cancelarla. No, imposible. Cuando sucedía no podía sacudirse de esta tan fácilmente.

Se le enfrió el sudor y el corazón le palpitaba al ritmo de tambor. Respiración pesada y las ganas que tuvo hacía un momento se esfumaron por completo. El sonido del agua, el piso helado contra su espalda y glúteos, desnudo de nuevo sintiéndose vulnerable. Cerró los ojos, pero aquella sensación se convirtió en una película proyectándose en su mente. Recogió las piernas y sintió el contacto de otra piel sobre la suya.

Apartó aquel cuerpo del suyo con desesperación, pero en seguida volvió a apretarse contra él. Lo tomó de las muñecas y sujetó contra la superficie fría de losetas.

Escuchó su nombre, abrió los ojos y encontró los de Noel frente a él.

Repetía su nombre, su voz sonaba angustiada. Noel lo estaba sujetando contra la pared para que no lo pudiera apartar. Ambos desnudos, losetas blancas, el piso frío. Consiguió soltarse y lo abrazó con fuerza. Empezó a contar en su mente, llegó hasta diez y a prisa.

—Estoy bien, sólo es... no es nada...Noel, no pasó nada.

Quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho.

—Todo está bien. —insistió sin soltarlo todavía.

El sonido del agua, las losetas frías... *veintitrés, veinticuatro, veinticinco.*

—Es tu cumpleaños, así que te toca baño Noel. —intentó bromear un poco, pero falló miserablemente.

Se quedaron en ese estado, acurrucados al lado de la tina de losa por un buen rato. Hasta que la habitación se entibiara y los recuerdos disiparan como el vapor del grifo de agua.



—¡Ay no seas así Luka! Por favor, se buenito y trae el resto de regalos que se quedaron en el coche.

Acababan de llegar los tres fantasmas de las navidades, como les pusieron de apodo, por el gusto de molestar. Venían vestidas para la ocasión y cargadas de cosas. Jade siguió a Moni y entre ambas acomodaron unas bandejas en la mesa. Amy de inmediato se dirigió a la refrigeradora a llenarlo de botellas de vino que trajo para brindar.

Ellos hicieron su parte, por supuesto. Tenían medio estante lleno de postres. Un pastel con forma de tronco, era el que sacrificarían luego por el cumpleaños de Noel.

Amy insistió en que fuera a traer el resto de paquetes y a regañadientes tomó las llaves del auto, para encaminar al garaje.

—Noel se queda con nosotras. —anunció Mónica antes que siquiera pensar en pedir que lo que acompañe.

Es más, Jade se prendió del brazo de su saco de huesos y no lo dejó moverse. *¡Lo que sea!* Pensó rodando los ojos. Noel parecía ansioso por seguirlo, pero pronto las tres chicas lo pusieron a ayudarlas.

Abandonado a su suerte, se dirigió por el pasillo, hacia el elevador y por el garaje hacia donde Amy estacionó su auto. ¡Carajo! Un poco más se estaciona en otro estado. Tuvo que recorrer todo el maldito estacionamiento, renegando de que no era la mula de carga de nadie.

Fue su imaginación o la camioneta se movió apenas se acercó lo suficiente. Fue una vibración ligera, pero igual se puso en guardia. Podía hacerle frente a lo que fuera. Sí, en definitiva, se movió algo adentro y hasta abrió la puerta con cuidado.

Bajó los puños cuando la figura de ojos ambarinos y cara de pocos amigos, se plantó frente a él. El garaje a media luz y sólo había una cámara a la entrada. Con las ganas que tenía que estrangular al mocoso ese, por portarse como lo hacía. Pero era navidad y no quería arruinar el cumpleaños de Noel de ese modo.

Se miraron por un par de minutos y ninguno se atrevía a decir nada. Siendo el único adulto presente, avanzó hacia la maleta y tomó las bolsas que fue a recoger. Cuando estuvo por marcharse, el muchacho seguía en su sitio.

—¿Qué? ¿Te vas a quedar aquí toda la noche? —le dijo avanzando sin mirar atrás. —Noel quiere verte, pero si le vuelves a levantar la voz, te vas por la ventana.

Pero si qué era un chiquillo dramático. Podía escuchar como rechinaba los dientes de la rabia. Bueno, sí tenía una condición y tomaba medicinas para controlar su bipolaridad, pero si volvía a tratar mal a Noel, se olvidaba de todo.

—¡Vine a verte a ti!

¡Vaya!

—Estoy escuchando. —y giró para encararlo, pero Patrick no lo miraba.

Con la cabeza gacha lo vio tronarse los dedos y retorcérselos. Parecía que se los quería arrancar de las coyunturas. Estaba por perder la paciencia, aunque sabía que no era culpa del chico tener esa enfermedad. Tampoco sacarlo de quicio con tanta facilidad. También tenía que reconocer que tenía gran parte de culpa, por alimentar la molestia que tenía en su contra, en vez de conciliar y tratar de llevarse mejor.

—Vine a pedirle perdón a mi hermano, por todas las cosas que le dije. No es culpa de Noel que tú seas un entrometido. ¡No puedes dejarnos tranquilos ni un rato! ¿No? ¡Siempre tienes que acapararlo! ¡No te basta con separarlo de mi lado!

No.

—Hemos hablado de esto. No quiero quitarte a Noel. —porque no es una cosa. ¿Este mocoso hablaba en serio? —Lo fui a recoger del centro comercial, porque estaba convaleciente de una gripe. No te entiendo, eres tú quien no quiere verlo, ni responder sus llamadas y dices que yo te separo de él. ¿Algo más de lo que quieras conversar?

—No le respondí porque estaba enojado y no quería gritarle por teléfono. —la voz le temblaba y todavía no levantaba los ojos del suelo. —Por eso vine a decírtelo a ti.

—Viniste a echarme la culpa. Hazlo, yo puedo vivir con ello. Si ya terminaste, ven conmigo que Noel se está muriendo por verte.

—¿Vas a dejar qué me quede? ¿De verdad no quieres que me largue de una vez?

—No, porque si te largas sin ver a Noel, se va a poner muy triste. Es su cumpleaños y quiero que todo sea perfecto. Te lo he dicho antes. ¿No? Lo único que quiero es que sea feliz.

—Yo también, yo también quiero que Noel sea feliz.

Ahora sonaba como el chiquillo que era. La voz se le quebró en añicos y lo escuchó sollozar. ¡Oh mierda! Ahora se iba a poner a lloriquear también. Sí que era sensible el mocoso.

Dejó las bolsas en el suelo y se acercó a quien le había dedicado una serie bastante larga de apodosos insultantes. Patrick levantó sus ojos amarillos y los encontró mojados.

—Entonces por fin nos entendemos. —le dijo finalmente al chiquillo que apenas le sonrió.

—Vamos entonces, salvo que te quieras quedar aquí y te mando a Jade con comida más tarde.

Lo sintió bufar y contraerse a la vez. Sí, se sonrojó el chiquillo y era de esperarse.

—¿Entonces sí me puedo quedar? Tengo que avisarle a Phil, él cree que voy a cenar con ellos.

—Le avisas luego, vamos para que Noel te vea.

De regreso al departamento, Patrick llevó una bolsas llenas de regalos y no paró de comentar toda la comida que preparó para la cena en casa del italiano. Sin duda los fantasmas de las navidades tenían todo planeado. Amy espiaba desde la puerta y antes que se acercaran mucho los detuvo. Les hizo guardar silencio y Luka empezó a temer por la integridad de Noel.

Apenas se asomaron en el departamento, vieron que lo tenían sentadito en una silla y Jade le cubría los ojos.

—No dejes que espíe Jade, si no se arruina la sorpresa.

Mónica les hizo una señal para que ingresen, Amy les recibió los paquetes. Ambas los empujaron hacia donde se encontraba Noel a quien vieron estremecerse bajo las manos de Jade. Luka empezó a preocuparse porque si a Noel le empezaba un ataque de pánico por la brillante idea de esas dos...

Jade le susurró algo en el oído, que no alcanzó a entender y procedió a retirar sus manos. Ella olía a esos perfumes que solía frotarse de las revistas de modas y acababa de pasarle el pompón de su gorro de santa sobre la mejilla.

Menos mal estaba sentado, que si no se iba al suelo de la impresión. Pat y Luka frente a él, juntitos y sonriéndole. Se quedó sin palabras, no supo que hacer. Si se movía demasiado, quizá se despertaba, porque estaba seguro que era un sueño.

No fue necesario que reaccionara, porque Pat se abalanzó sobre él y si no fuera por Jade, se van al piso con todo y silla. Sin decirle nada, sólo lo apretaba con fuerza.

«Era la víspera de navidad y todo en la casa era paz. No se oía ni un ruidito, ni siquiera el chillar de un ratón.»

—¡Oye, te estuve buscando por toda la tienda!

Cerró el libro de golpe e intentó disculparse, pero Pat no le dio tiempo.

—No te me pierdas así, a ti te gusta desaparecer ¿no? ¿Qué estás leyendo? Oye, eso es para niños. ¿De dónde lo sacaste? Ven, hay cosas mejores por allá. ¿Has visto esos comics que hay? Ven conmigo Noel, yo te voy a enseñar algo mejor. De verdad que sin mí andas perdido, ah.

Ahora tironeaba la manga de su camiseta para llevarlo a través de los estantes a modo de laberintos, rellenos de libros de todo tipo. Noel se dejó arrastrar, pero sin soltar el libro que estuvo hojeando antes que lo interrumpieran.

Había tanto que leer que era fácil perderse entre tanto título. Pat lo arrastró hacia una sección repleta de libros de colores vistosos y pasaron delante de un par de chicas que hojeaban unos tomos. Noel pudo notar como los seguían con los ojos y cuchicheaban entre ellas.

Cuando por fin se detuvieron, su hermano menor tomó del estante uno de esos libros y se lo puso en la cara.

—¡Tienes que leer esta! Estoy seguro que te va a gustar. —comentó hundiendo los ojos y los dedos sobre los dibujos en blanco y negro. — Lo malo es que estiran la historia peor que chicle. Mira cuantos mangas han sacado.

Le señaló la larga fila de tomos sobre la repisa. Noel no resistió el impulso de tomar uno de ellos y encontró algo muy distinto a lo que esperaba. No había texto, sólo dibujos. Bueno, los personajes hablaban dentro de globos y de pronto le resultó algo complicado de seguir.

—¡Encontré el primer tomo en una biblioteca hace tiempo y empecé a leer! Pero me quedé sin saber que pasaba y mira cuanto me falta por leer. ¡Qué carajo! ¡Mira el precio! ¿Acaso creen que me sale el dinero de las orejas? ¿Cómo quieren que los lea si los ponen tan caros!

Estuvo a punto de responderle a Pat que sólo estaba mirando, no pensaba comprar ninguno. Aunque sí, al ver el precio del que tenía consigo, se dio cuenta que no tenía intenciones en pagar tanto. Los libros que tuvo alguna vez los encontró en la basura. Claro que uno nuevecito, limpio, con todas sus hojas completitas, era un lujo que nunca pensó darse.

—¿De qué se trata la historia? —preguntó bastante curioso, porque apenas le pasó los ojos a las primeras páginas y ya estaba mareado con tanto dibujo.

—¡De un exorcista y...! Pero tienes que saber cómo leerla y estás empezando por el lado contrario. Tienes que leer de atrás para adelante y de acá, para acá. —le señaló con los dedos el orden de las viñetas.

Noel lo miró aún más confundido y le dio una oportunidad más al conjunto de dibujos, personajes y líneas que brotaban de las hojas en blanco y negro. No, acababa de decidirlo, era demasiado para él, prefería quedarse con los libros que ya conocía.

—¡Oye, tienes mucho que aprender! ¡Pero no te preocupes, estás conmigo y todo va a estar bien! ¡El gran Pat te va a enseñar todo lo que necesitas saber! ¡No jodas! ¡Este manga cuesta más caro que los otros! ¡Qué carajo!

Apretó el título entre sus brazos y siguió escuchando a Pat despotricar acerca de otro título que también le interesaba, pero no podía pagar. Se hizo a un lado, entonces porque tenía ganas de saber de qué iba esa historia acerca de una casa donde reinaba la paz y el silencio.

La librería era enorme y concurrida. En cada pasillo alguien estaba leyendo un título y Noel se sintió tentado de sentarse en el suelo y hacer lo mismo. Alcanzó a ver a una chica de trenzas largas y gafas gruesas desplomarse en el suelo, libro en mano a darle una buena hojeada.

Pat no lo iba a extrañar si se alejaba un poquito. Estaba con la nariz hundida en uno de esos libros que le parecieron más para colorear que para leer. Tímidamente se acercó hacia donde la muchacha que ni caso le hizo y se sentó cerca de ella.

Abrió su libro y el olor que despedían las hojas blanquitas

«Los calcetines fueron colgados sobre la chimenea, con mucho cuidado, con la esperanza que San Nicolás pronto llegara.»

Calcetines colgados.

Luka lo sorprendió la semana pasada con un par de calcetines de distintos colores y le tendió uno. Se quedó mirándolo sin entender la razón por la cual recibía uno tan grande y rojo con verde. Al verlo bien se dio cuenta que tenía una letra N bordada con hilo dorado. Luka sostenía otra con una L y le sonrió divertido.

—Tenemos que poner los adornos de navidad, saco de huesos. Pero antes quiero que tengas esto. Es para ti, seguro el día de navidad va a amanecer lleno de regalos.

No supo que decirle, sólo le agradeció sin saber que más hacer. No tenían una chimenea en el departamento, pero los colgaron de una repisa. Luka no lo dejaba acercarse mucho al calcetín, pero pudo notar que cada día se veía más relleno.

No sabía que le ponía Luka adentro, pero seguro se iba a desfondar el pobre calcetín.

Acabó de leer la historia de la visita de Santa Claus, más pronto de lo que pensó y su apetito no estaba satisfecho. Pasó la hoja y encontró otro relato titulado «Cántico de navidad», por Charles Dickens. No le pudo despegar los ojos a cada palabra, cada letra. La historia era increíble, fantasmas de las navidades pasadas...

De pronto se metió tanto en el libro que no se dio cuenta que estaba sentado sobre el suelo alfombrado, muy cerca de la muchacha de gafas gruesas.

—¡Por fin te encontré! Te estuve llamando, pero no me contestaste. Te rastreeé con el localizador que le puse a tu teléfono. Te estoy marcando ahora mismo. ¿Lo tienes en vibración?

Levantó los ojos a prisa y era Luka quien se encontraba frente a él. Se levantó de un salto y recién se daba cuenta que el teléfono vibraba furioso dentro del bolsillo de su chaqueta. La muchacha de gafas dejó su libro a un lado y se quedó mirando al recién llegado, con cierto descaro.

—Lo siento. —respondió buscando el teléfono y sí, tenía una hilera larga de llamadas perdidas.

—Sospechaba que andabas por aquí. —continuó el fotógrafo bebiendo de la taza descartable que traía en la mano. —Te estabas muriendo por entrar a esta librería. ¿No?

—Sí, sólo entramos a mirar. No me di cuenta que llamabas.

—Lo supuse. A ver ¿Qué libro escogiste? —le preguntó curioso oliendo todo a café.

En seguida le mostró el título, era una antología de relatos navideños. Lo obtuvo de una mesa donde había toda clase de regalos y decoraciones. Luka lo recibió de sus manos y le dio una hojeada rápida.

—No me olvido que te derrites por los libros. ¿Sólo este quieres llevar? ¿Seguro es el primero que encontraste, no?

Asintió porque era cierto, Luka lo conocía bien. Pero daba igual, no pensaba llevarlo. No quería que le siguiera comprando cosas, ya bastante hacía por él. Con que le dejara acabar

la historia de los fantasmas de las navidades, se conformaba. Quizá podía volver a su rincón, al lado de la chica de las gafas, quien ahora los miraba disimuladamente y acabar de leer rapidito.

—Ven. —le dijo y lo tomó de la mano para conducirlo hacia otro estante más repleto de tomos. —Vamos para que elijas un par más porque tú devoras libros. Ese que tienes ahí te va a quedar corto.

—¿Lo has leído antes? —le preguntó animado y Luka giró para mirarlo con sus ojos disparejos.

Noel se detuvo en seco. De pronto sintió un golpe en la espalda y fue la muchacha de gafas quien tropezó con él, porque no se imaginó que frenaría de improvviso.

—Lo siento. —se disculpó ella y emprendió la fuga sin atreverse a levantar el rostro. —Lo siento de verdad.

Ninguno de los dos tuvo tiempo para responderle, porque desapareció tras un estante visiblemente avergonzada. No le prestaron más atención al incidente y a Luka se le olvidó lo que iba a decir.

Avanzaron unos pasos más y se detuvieron frente a un estante donde el fotógrafo empezó a pasar los dedos sobre los lomos de los libros.

—¡Este de acá! Espera... ¡Este también! ¿Te acuerdas la película que vimos en el departamento? Mira, este es el libro en el que está basada.

—¡El Perfume! —exclamó Noel y un borbotón de alegría le salió del pecho.

Fue la primera película que vio en su vida y hasta ese momento no podía olvidarla. ¡Había un libro de esa película! No podía créelo, ahora su felicidad estaba completa. Tenía que leerlo, así que regresaría a su rincón para comérselo completito.

—¡Debí guardártelo como regalo de navidad! Pero no me pude resistir. Sabía que te iba a gustar. Por cierto, como tú cumples años el mismo día de navidad te toca doble regalo.

¿Estaba hablando en serio? ¿Más regalos? Luka le daba todo lo que podía necesitar, no necesitaba que le comprara libros. Aunque...

—¡Noel! ¡Te dije que no te me desaparecieras! Ya veo, con razón te me fuiste, estas con el fenómeno de circo.

Pat apareció a sus espaldas y no se veía contento. Tenías las manos llenas, pero no por ello no intentó jalarlo a su lado.

—Siempre es un gusto verte, mocososo. —le respondió Luka con tono socarrón.

Ahí iban de nuevo. Noel suspiró pensando en aquel relato acerca de paz y tranquilidad de la mañana de navidad, pertenecía sólo a la ficción.

—¡Y tú! ¡Quedamos en que no te ibas a meter! ¡Es mi turno de pasar la tarde con Noel y tú no tienes por qué venir a interrumpir!

Pues sí, se habían puesto a conversar de hombre a hombre y quedaron en que le darían a Noel espacio suficiente para decidir lo que quería hacer. Además, el tal Luka le prometió que los dejaría en paz y pasar tiempo juntos sin entrometerse. Claro que ese tipo era como

todo el resto de adultos, un embustero. No podía confiar en él, ni darle un centímetro de ventaja, porque iba a terminar aprovechándose de la situación.

—Sólo pasaba por aquí y pensé que podíamos comer algo. —respondió el tal Luka con su cara de inocente. —Cierta persona si deja de cenar pierde una talla, así que saliendo de acá podemos ir a comer hamburguesas.

¡Mierda! Eso no se vale, no se vale meterse con el estómago ajeno. Sí, hamburguesas calientes, con queso derretido sonaba delicioso, pero no. ¡No iba a ser tan fácil dar su brazo a torcer!

—Vámonos Noel, ven que te quiero mostrar un manga que trata de fenómenos de circo, parece que te gustan ese tipo de historias.

Tenía que sacarse de encima a ese tipo, si quería recuperar la atención de su hermano.

Noel lo siguió menos mal, porque no tenía manos con que jalonearlo. Luka lo siguió también, qué molesto era.

De nuevo en la sección de mangas, quería llevarse todos los tomos, pero no podía costearlos. Podía comprar sólo uno, la verdad que dos, pero estaba ahorrando dinero para comprarle un regalo a Noel. Pero era un secreto, así que shh.

—¿No estás muy mayor para leer estas cosas? —comentó el tal Luka. ¿A él quién carajo le preguntó nada? —Estos comics son para niños. ¿No?

En ese momento, el resto de jóvenes que estaban a lo largo de los estantes, levantó la cabeza. Varios pares de ojos se centraron en la figura del baboso de Luka. *¡Toma esa, idiota! A ver repite que es para niños y vas a ver que todos esos fanáticos te despedazan.*

—Y tú eres un mutante y nadie te dice nada. No son para niños, si te pones a leer vas a ver que no. ¡Qué bobo eres juzgando un libro por su portada!

—¡Qué sensible saliste, mocoso! ¿Qué? ¡Ustedes qué me están viendo! —replicó para aquella pequeña horda que lo miraba mordaz.

Ninguno de esos otros mocosos se atrevió a decir nada. Sólo una chica frunció la nariz, meneó la cabeza y regresó la cara a lo que fuera que estaba leyendo. Todo era culpa de Patrick y su facilidad para armar escándalo. Lo dejó bufar fastidiado, pero no se atrevió a continuar la gresca.

Noel en cambio se veía mortificado por todo el asunto. ¡Se acabó! No pensaba quedarse a discutir con una tira de chiquillos, con el mocoso escandaloso a la cabeza.

—Si te quieres quedar leyendo libros para niños. —lo último lo dijo con saña y de nuevo los ojos enojados de los otros adolescentes lo atravesaron. —adelante. Noel y yo vamos a comer.

Al darse la vuelta, el resto del grupito murmuraba algo que no pudo entender y al pasar al lado de la muchacha que leía algo con avidez, se atrevió a echarle un ojo al contenido. ¡Qué carajo! Pensó al ver tan sólo la tapa. Se detuvo en seco y se lo quitó de las manos.

¡Mierda! La chica protestó, pero la ignoró al instante. Sí, no se había equivocado, era una historia con dibujos gay.

Saciada su curiosidad le devolvió el libro a la muchacha y tomó a Noel del brazo para sacarlo de ahí lo más pronto posible. No, no iba a aceptar que Patrick tenía algo de razón al decir que no eran comics para niños.

El mocoso ese los alcanzó cuando iban camino a la registradora. Noel se mantenía en silencio y eso era algo que le preocupaba. Le tuvo que quitar los libros que apretaba contra el pecho para dárselos a la cajera y poder marcharse de una vez.

—¡Gracias por arruinar la tarde, dinosaurio mutante! —vociferó Patrick. Ese chico no podía modular su voz. Siempre gritaba. —Espero estés contento.

—¿Qué hora crees que son? No los voy a dejar andar en la calle tan tarde. —le reprendió para que se calle de una vez. — Así que ni empieces.

—¡Noel y yo sabemos andar en la calle! No como otros delicados y engreídos riquillos de mierda.

Se acabó, ahora sí estaba molesto. Pero tenía que controlarse, porque estaban en un lugar público y no iba a discutir con un chiquillo al que casi le doblaba la edad. Noel intentó calmar a Patrick, pero no funcionó. El chico dejó caer los libros que todavía traía en la mano y sobre la registradora. Furioso arrancó del bolsillo un puñado de billetes arrugados y los aplastó sobre las tapas.

La cajera, quien no era mucho mayor que los dos chicos que lo acompañaban, se veía bastante incomoda por la situación. Tomó uno de los libros que Pat acababa de lanzar y al escanearlo de inmediato se dio cuenta que no iba a alcanzarle para pagarlos todos.

—¿Cuántos vas a llevar? —le dijo bajito, pero Patrick no entendió el mensaje, demasiado molesto para prestar atención.

—¡Todos!

—De acuerdo, porque no te va a alcanzar. —replicó la muchacha algo nerviosa. —De repente tu hermano mayor te puede prestar su tarjeta de descuentos y... prestar dinero para pagarlos todos.

¿Hermano mayor? La chica pensaba que él y Patrick eran hermanos. Rodó los ojos pensando que al chico ese le iba a dar una rabieta apenas se dé cuenta de lo que estaba sucediendo. Luka sacó su tarjeta de descuentos y la de crédito. La pasó en seguida y la cajera sonrió mucho más todavía.

—¡Oye no! ¡No quiero que me les compres! ¡No quiero nada de ti!

—Es tu regalo de cumpleaños. —interrumpió antes que el mocoso siguiera berreando. —sé que viene después del de Noel. Así que cierra la boca y cuando te lo de te haces el sorprendido.

No, no iba a ser suficiente para callar al chiquillo, quien tomó la bolsa con sus libros y salió de la tienda hecho una locomotora. Se lo merecía por ponerse a su altura. La cajera suspiró nerviosa, pero no dijo nada.

Como era de esperarse Noel fue a su encuentro. Desde dónde estaba no podía oír lo que le decía, pero Patrick estaba rojo de ira. De pronto se sintió ridículo yendo en busca de esos dos. Quizá, después de todo lo que decían era cierto. Estaba demasiado viejo para meterse en cosas de chicos.

Los dejó tranquilos un rato y su pareja consiguió lo que parecía imposible. No tenía idea de qué hizo para convencer al mocoso ese, pero lo trajo bastante mansito y de regreso. Todavía bufaba como animal herido, pero ya no trataba de pelear con él.

—¿Estamos listos? —preguntó intentando calmar las aguas y sólo consiguió una respuesta verbal de Noel.

Consiguió que los dos chicos lo siguieran hacia el restaurante que mencionó con anterioridad y los mandó a sentarse en una mesa. Desde la fila para ordenar la comida, vio que el mocoso ese le echaba los brazos al cuello a Noel y lo abrazaba con fuerza.

El veneno de los celos empezó a resbalarse por el fondo de sus pensamientos. Noel se dejó apachurrar al gusto del tal Patrick y alcanzó a ver como el susodicho lo miraba y le levantaba un dedo. *Cierto Luka, es un mocoso, no le prestes atención.*

Dos podían jugar el mismo juego. Era tan sencillo como...

—Noel. ¿Me das una mano?

Bastaba llamarlo y estaba de nuevo a su lado. Ese era su Noel, oliendo al mismo jabón que él usaba, con el perfume que él le había dado, usando el mismo gel para cabello que dejó en el baño. Era su pareja, no había nada que ese chico Patrick pudiera hacer para separarlos.

Tomó a Noel en sus brazos y lo supo suyo. No había motivo por el cual preocuparse. La comida apareció pronto frente a ambos y tomaron las bandejas a prisa. Regresaron a la mesa y Patrick los esperaba con un mohín en toda la cara.

Estaba cansado de todo este asunto. Si no se había marchado fue porque Noel le pidió que se quedara. Haría lo que fuera por su hermano, incluso tolerar la presencia de ese tipo. ¿Qué pensaba? ¿Qué iba a comprarlo con unos cuantos mangas y un poco de comida? ¡Pues no! No confiaba en él, imposible de hacerlo. Noel no se daba cuenta, pero no era más que uno más de esa gente rica, que porque tiene plata cree que puede tener lo que sea.

Lo había visto antes, la familia de su mamá era así, igualita al tal Luka, siempre presumiendo su dinero. A veces le daban ganas de rendirse y largarse de una vez. Pero no, no iba a dejar a su hermano en manos de ese dinosaurio mutante.

Era cuestión de tiempo que Luka obtenga lo que quiera y bote a Noel como un trapo usado. La sola idea lo enojaba, porque sabía que iba a suceder tarde o temprano y Noel era demasiado bobo para darse cuenta. Estaba encandilado con todo lo que le daba el idiota de Luka.

—¿No te gusta tu hamburguesa? —le preguntó Noel tendiéndole la suya.

Claro que le gustaba, comería lo que fuera, así fueran piedras. Cuando uno ha pasado hambre, no le hace mala cara a la comida. Ahora bien, Noel lo miraba con esa cara de miedo que lo enloquecía de rabia.

—Sí me gusta, yo como de todo. No seas bobo Noel.

Odiaba cuando hacía “eso”, morderse el labio, bajar los ojos, retroceder, contraerse en su sitio. Lo hacía sentirse culpable y eso lastimaba mucho.

—¡No le hables así a Noel, mocoso!

—¡Tú no te metas en esto, fenómeno mutante! Todo es tu culpa, entrometido de mierda. Noel estaba muy bien conmigo hasta que tú apareciste a joderlo todo. ¿Por qué no te largas por dónde viniste? Con tu familia rica y tu auto caro. ¡Déjanos en paz de una puta vez!

No se dio cuenta como así, se levantó de su asiento y tenía un dedo apuntando a la cara del tipo ese. Lo odiaba con la misma intensidad con la que adoraba a Noel. Por cierto, su hermano no se veía bien, más pálido de lo usual, parecía que se iba volver transparente. Entonces se dio cuenta de lo que había hecho y se sintió peor que antes. Abandonó la mesa, dejando la comida intacta.

No podía seguir en ese lugar, compartiendo el pan con ese tipo Luka. Empezó a correr y no se detuvo hasta que estuvo en la calle. No esperaba que lo siguieran, porque quería estar solo. No le tenía miedo a la calle, no necesitaba a nadie, además.



—¿Phil? ¿Me preparas un chocolate? ¿Por favor?

Esperaba que sucediera. La terquedad del bambino por fin llegó a su fin. Phil se levantó pesadamente de su silla, con su taza en la mano y tomó otra de la alacena. Agua caliente

del grifo de agua y la solución de cocoa se disolvió a prisa. Lanzó la taza al microondas, mientras observaba como Patrick se desparramaba sobre una silla.

Suspiró hondo y al cabo de un minuto, cuando sonó la alarma, le agregó los malvaviscos. Giró sobre sus talones y regresó a la mesa de donde partió.

Luego de varios días de silencio, Patrick por fin decidió dar su brazo a torcer. Llego lloroso y fuera de sí, aquella misma tarde en la que quedó en encontrarse con Noel en un centro comercial. - Phil no quiso insistirle, sólo le dio el tiempo que necesitaba para cocinar su rabia y tal como esperaba, apareció en el pijama que le compraron como regalo de navidad adelantado, abierto al diálogo. Ahora que tenía cada uno una taza de cocoa en las manos, todo estaría bien.

—¡Phil, no es justo que Noel confíe tanto en ese mutante idiota! ¿Por qué tenía que aparecer a interrumpirnos? ¿Por qué no puede entender yo soy la única persona que Noel necesita a su lado?

Sospechaba que por ahí iba la cosa. Noel estuvo llamando por teléfono, pero sólo consiguió enterarse que el bambino estaba bien y que no quería hablar con él. Así que Luka también tenía que ver en el asunto, de acuerdo. Dejaría que Patrick le dé su versión de los hechos, aunque tenía una idea de cuál era la situación.

Patrick sorbió su cocoa tan rápido que se atoró con un malvavisco y se volvió a desparramar sobre la mesa.

—Se suponía que Noel y yo estaríamos solos y se aparece el muy mierda... Perdón... Es que me da cólera que sea así. Me quiere separar de Noel. ¡No lo voy a permitir! Somos familia. Como a ese imbécil no lo quieren ni en su casa, me quiere robar a mi hermano.

—¿Es esa la razón por la que ~~é- comiste estos días no has querido comer todos estos días?~~

—No entiendes Phil. Noel es mi única familia, si renuncio a él, le falto a la promesa que le hice a mi mamá. Maggie se va a poner muy triste si lo hago y yo nunca falto a mis promesas.

—Me prometiste que no ibas a hacerte daño, Patrick. Dejar de comer no te va ayudar en nada.

—Pero ahora sí estoy comiendo. Phil, no es justo. Ese imbécil de Luka tiene todo lo que quiere y ahora a Noel y yo no tengo a nadie más.

Carraspeó fingiéndose ofendido.

—Sólo a ti, a Marietta y Paulette...

—Qué bueno que te acuerdas de los pobres. —suspiró Phil mojándose el bigote con cocoa.

—Pero es qué, no es justo. —continuó Patrick con aquel tonito lastimero que se permitía cuando se encontraban solos. —Phil lo único que quiero es recuperar a mi hermano y poder vivir con él, como Maggie siempre quiso. ¿Es mucho pedir?

—¿Les has preguntado a Noel si eso es lo que quiere?

—¡Phil! Claro que... No sé, no sé si el idiota de Noel me quiere con él. Anda embobado con ese viejo decrepito de Luka y con las cosas que le da y le compra y no sé que mierda.

—Entonces todo está claro. —sentenció golpeando la mesa con la taza de cerámica. —La culpa de todo la tiene Noel.

—¡No Phil, no! No es su culpa. No entiendes, es la culpa del dinosaurio, de Luka. Nosotros estábamos de lo más bien, mirando las tiendas y yo compré algunos regalos que necesitaba para navidad y de pronto Noel quiso ir a esa tienda de libros. ¡Es tan aburrido ese pobre, pero lo que sea! Entonces le dije que no se separara de mi lado y de pronto vi un lado donde había mangas y me fui a mirar. Noel se me despegó y de ahí, lo encontré, le dije que no se fuera y de pronto lo atrapé con el viejo de Luka, ahí en la tienda. ¡Luka lo arruinó todo!

—Entiendo, la culpa de es Luka, por aparecer en un lugar público e ir a buscar a Noel.

—Oye, verdad que sí. ¿No?

—Y de Noel también, porqué él no lo despachó. —Es culpa de esos dos, Patrick.

El bambino se lo quedó mirando anonadado. Parecía que iba a decir algo, pero se tomó su tiempo en procesarlo antes de dejarlo salir de su boca.

—No Phil, no... No es culpa de Noel, sólo del dino de Luka. —murmuró hundiéndose entre sus brazos. —y también un poco mi culpa.

Ese muchacho necesitaba un corte de cabello, los mechones rubios ya le iban a cubrir los ojos. El rostro se le había alargado, pero conservaba cierto aire infantil, especialmente cuando en momentos como esos se permitía actuar de su edad.

Le escuchó quejarse como un niño pequeño y luego levantó la cara mascullando que ya no quería hablar al respecto.

—Mañana es víspera de navidad. —le recordó Phil, aunque el estado de la cocina no dejaba lugar a ningún olvido.

Decoraciones por todos lados, la vajilla festiva lista sobre el repostero. Los ingredientes en fila para empezar a cocinar desde temprano la cena de navidad. Pescado, pasta, postres. Patrick sugirió un par de platillos y Paulette otros tantos. Marietta se sentía con fuerzas para ayudar en la cocina, aunque seguro sería sólo para dirigir los preparativos desde una silla.

—Ya sé Phil, mañana quería ir a llevarle al bobo de Noel un regalo que le compré, pero ahora ya no quiero verlo más.

—Entonces será mejor que se lo hagas saber. Será mañana porque ahora es tarde. Ahora ve a dormir que mañana tienes escuela.

—No quiero hablar con Noel, tampoco quiero verlo más. —replicó decidido apretando el asa de la taza.

—Hace un momento dijiste que no querías separarte de él. ¿Entonces en qué quedamos muchacho?

Era la reacción que esperaba. El bambino abrió los ojos, casi tanto como la boca e intentó decir algo, pero terminó rindiéndose. Phil se levantó de su silla y tomó la taza de manos del chico quien aprovechó tenerlo cerca y lo abrazó por la cintura.

—No quiero dejarlo Phil, no puedo. Pero siento que lo odio por hacerme a un lado, por preferir a Luka.

—No puedes forzar a nadie a que te corresponda. —le dijo acariciándole los mechones rubios mientras que las palabras le salían del alma.

Lo había pensado varias veces y aunque Paulette se lo dijo otras tantas, el bambino y él estaban en el mismo barco. Tuvo que armarse de paciencia para que Patrick empezara a aceptarlo y dejarlo formar parte de su vida. Siempre tuvo miedo que el muchacho decidiera marcharse un día de esos, pero por fortuna no sucedió.

Patrick ahora era parte de su hogar. No se imaginaba su casa sin el bambino correteando y sin su Marietta sonriéndoles a ambos. Entendía la frustración del chico, pero no podía compartirla.

—Suficiente por hoy, ve a dormir que mañana hay escuela.

—Está bien. —respondió el bambino desprendiéndose de su pronunciada barriga. —Ya me voy Phil.

La tristeza se debilitó en su voz, pero no se había marchado. Podía verle en los ojos cuánto estaba sufriendo. Pat de quince años, todo un adulto, como solía decir, se marchó arrastrando los pies hacia su habitación en la trastienda. Quizá algún día entendería que el afecto se gana. Aunque resulte frustrante, aunque cueste trabajo, con mucha paciencia, pero la recompensa valía la pena.



Acababa de colocar un tazón de palomitas recién salidas del microondas y Noel ni caso les hizo. Tenía un gorro de Santa Claus puesto, una aguja en la mano y los dedos hinchados de tanto hincárselos. Las cadenas de palomitas iban a terminar de dos colores, blanco y rojo, a ese paso.

Era víspera de navidad y Noel tenía cara de funeral. Lo mínimo que esperaba es que estuviera un poco animado por las fiestas, pero ni eso. La razón la sabía bien y sí, le entraba algo de coraje verlo en ese estado.

Regresó a la cocinita siendo vilmente ignorado y sirvió un par de copas de vino. Le dio un sorbo a una y llevó la otra consigo. La colocó sobre la mesita de café frente a ambos y se sentó al lado de Noel.

Apenas si recibió una media sonrisa y el saco de huesos se atravesó la yema de un dedo con la aguja.

—Deja eso de una vez. —en seguida le arrebató la media cadena y la aguja de la mano.

Renegando entre dientes fue en busca de unas banditas plásticas y recordó que tenían unas cuantas en la cocina. Tomó una caja con motivos navideños, sí, las chicas se encargaron de meter la mano en la decoración del departamento y llenaron los estantes de adefesios.

Envolvió el dedo de Noel con una bandita rojo y verde y con su nombre escrito en letras blancas. El saco de huesos no protestó, sólo lo dejó trabajar en sus pobres dedos heridos.

Unas cinco banditas después, procedió a regañarlo.

—Si no vas a tener cuidado, no te voy a dejar continuar, Noel.

Por supuesto que se disculpó a continuación, muy bajito y bajó los ojos hacia un par de palomitas que tenía sobre los muslos.

—Ven aquí. —le dijo rindiéndose ante lo evidente. Necesitaba tenerlo en sus brazos. Si bien era cierto, Noel estaba triste, pero él quería quitarle ese sentimiento a punta de abrazos. Le dio un beso en los labios, además y lo volvió a apretar contra su pecho.

Sólo quería verlo contento, esa noche iba a cumplir años e iba a asegurarse que todo fuera perfecto. Claro que Noel se encontraba en ese estado por culpa de Patrick. Estaba al tanto de la situación, el mocoso berrinchudo no le respondía las llamadas y Noel sufría en silencio.

¡Mi-er-da! Pensó en voz alta, pero su pareja no se percató.

Las decoraciones de Navidad estaban por todo el departamento. El árbol perfumaba el ambiente con su olor a cítrico, los adornos que colocaron juntos brillaban amparados por las luces de colores. La estrella que tenían en la punta tocaba villancicos. Varios regalos se asomaban bajo las ramas del arbolito y todo debería ser perfecto, porque iba a ser la primera navidad que Noel iba a celebrar.

Pero no podía verlo feliz.

—Gracias por las banditas. —musitó Noel todavía en sus brazos y le respondió mordisqueándole el cuello un «de nada»

Estiró una mano para tomar su copa de vino, pero Noel se le adelantó y le alcanzó la suya.

—Empezamos brindando desde temprano por tu cumpleaños. —le dijo con ganas de otro tipo de celebración, pero tendría que esperar. No era el momento adecuado.

—Es cierto, es mañana.

—A la media noche Noel. Estoy contando los minutos, pero no le digas nada a Amy porque dice que soy un perverso.

—No le digo—otra media sonrisa y lo vio empinar media copa.

Noel podía beberse la botella entera y tan sólo sonrojarse un poco. De otro sorbo ya se la había despachado.

—No es agua, por si acaso.—con un gesto divertido se levantó del sofá y trajo dos botellas más. Le rellenó la copa y lo observó repetir la misma operación luego de un minuto.

—Tengo mucha sed.—le respondió Noel con suma inocencia.

—¡Qué coincidencia! Yo también.—anunció apretando a Noel contra su pecho.

A Luka no se le escapó ese gesto y se le resbaló el vino por la garganta, calentándole el pecho. Aquella sensación le bajó hasta la entrepierna. Antes de que el saco de huesos se bebiera el resto de su copa, lo besó en los labios.

El sabor dulzón del vino, se combinaba con las ganas de bebérselo a besos que estaba sintiendo. Noel sentía lo mismo, sin duda, porque en seguida se volteó para sentarse sobre su regazo. Lo dejó probar el último sorbo de su copa y le limpió los labios con el pulgar.

Noel lo recibió entre sus labios y lo dejó entrar en su boca para hacer es espirales la lengua sobre la yema de su dedo. ¡Ahora sí que le iba a tocar su nochebuena, pensó encendido de

lujuria! Se levantó del sillón dejando caer la copa vacía sobre el cojín. Continuó besándolo por la sala, hasta el corredor rumbo al cuarto.

El teléfono los detuvo antes de que pudiera abrir la puerta y adelantar el banquete de navidad. Noel separó sus labios y lo vio girar el cuello en dirección al timbre. No tenía que decírsele, sabía lo que estaba pensando.

Luka maldijo al aire y seguro que sí Santa estaba tomando nota, acababa de ganarse su entrada a la lista de niños malos. Apretó a Noel mucho más y decidió que no le importaba recibir carbón de parte del viejo barrigón del Polo Norte. Iba a llevarse a Noel a su cuarto, le iba a quitar la camisita de felpa, los pantalones de franela y se la iba a me...

—De repente es importante...—Pidió Noel con cierta angustia en los ojos.

—Seguro no es nadie, seguro es Amy. Que vuelva a llamar o deje un mensaje. —No, no tenía que decírsele. Noel estaba ilusionado con la idea de que aquel mocoso berrinchudo fuera a llamarlo por teléfono.

Los pantalones de pijama se le achicaron en la entrepierna y el calor en sus mejillas seguro le daban la apariencia de un ornamento del arbolito. No podía quebrarle la ilusión a Noel, porque ese chico se estaba por romper el cuello de tanto girarlo.

Lo dejó ir, lo puso en el suelo y lo vio tropezar hasta que por fin alcanzó el teléfono sobre el repostero de la cocina. No, no se equivocó, era Amy y compañía quienes llamaban. Pudo escuchar la desilusión en su voz, la tristeza al saludar a Moni quien se coló en la conversación.

—Jade no te preocupes por nada. —le escuchó decir y hasta sonrió un poquito. —¿A qué hora pueden venir?

Luka hubiera respondido que nunca, por la situación en la que se encontraba, lo último que quería eran más interrupciones. Masculló como respuesta, que cuando estuvieran listas y regresó al sofá a seguir bebiendo.

Noel conversó un poquito más, con Jade esta vez. Le iba a hacer bien platicar con ella, a ver si se animaba un poco. Esos dos pasaron casi toda su vida juntos y no habían perdido la costumbre de intercambiar palabras de cuando en cuando.

Quizá debía prestar atención a lo que se decían, porque Jade siempre veía el modo de sacar a Noel de su ensimismamiento. Algo le dijo Jade, que lo hizo reír.

El saco de huesos colgó el teléfono y regresó a su lado en el sofá.

—¿Qué? ¿Jade te hizo cosquillas por teléfono o qué?

—No, es que me dijo algo gracioso. ¿Te acuerdas de la historia de Rodolfo el reno? La que está en el libro que me compraste. Me dice que Amy tiene alergia y está con la nariz igual de colorada.

—Tiene alergia a las pecanas. —le dio ataque de risa y ahora sí estaba seguro que no recibiría más que carbón de parte de Santa Claus. —Tienes que verla, se pone como una langosta hervida.

—A Jade le regalaron galletas y Amy sólo le dio una olisqueada, pero se la pegó a la nariz
Y...

No pudo continuar, porque ambos terminaron riendo. Luka con más ganas, porque se podía imaginar exactamente la situación. Amy era un monstruo come galletas y claro que no pudo resistir la tentación.

—¡Eso le pasa por tragona! ¿A qué hora dices que vienen? ¡Quiero verla con la nariz hinchada!

De acuerdo, acababa de perder su regalo de parte de Santa, por varios años venideros, pero valía la pena. Además, escuchar a Noel reírse valía cualquier sacrificio. Su pareja volvió a sus brazos, todavía burbujeando risitas y al final suspiró.

—La historia de Rodolfo el reno, se la leí a Jade el otro día. Le gustó mucho, tanto que Moni le compró unos cuernitos de reno.

—Pues que se los ponga Amy y la ponemos a jalar un trineo.

De acuerdo, fue cruel, pero Noel volvió a estallar en risas. Hacía días no lo veía tan contento. Bueno, mientras durara. Hablando de regalos, le tenía unos cuantos preparados para la ocasión, pero había uno en especial que quería dárselo a solas.

Nunca antes había tenido tanto problema para pensar en un regalo para alguien. Por lo general estiraba la mano y dejaba caer su tarjeta de crédito en manos de Amy para que ella comprara de su parte. En esta ocasión era diferente.

Fueron días enteros de cavilaciones, hasta que por fin tomó una decisión y de inmediato corrió a discutirla con Amy.

—¿Quién iba a pensar que eras tan romántico, Luka?

—Concéntrate y responde a mi pregunta. ¿Te parece buena idea o no?

—¡Pues claro, imbécil! Creo que a Noel le va a encantar. Es más, no puedo creer que lo pensaste tú solito.

—Quiero que sea algo especial, lejos de todo y todos. —exclamó dándole énfasis a lo último.

—Y a Noel le gustan mucho mirar la ciudad desde el balcón. Le gustan las alturas.

—Pero Luka...A mí no me engañas. Te lo quieres llevar lejos para estar los dos solitos para hacer de las tuyas. —la voz de Amy cobró un tono pícaro. — Súbelo a un avión si le gustan las alturas y cuando están a punto de... se avientan en paracaídas y...

—A ti te voy a lanzar sin paracaídas desde el Empire State. ¿Puedes dejar de pensar en sexo, Amy?

—Fue tu idea. ¿No? ¿Entonces cómo vas a preparar el momento? ¿Velas perfumadas, pétalos de rosa y tonteras así? ¡Cuéntame Luka, quiero saber!

—¿Ves cómo dices tonterías? ¡No! Sólo quiero llevarme a Noel a otro lugar, a donde... a donde los recuerdos de su vida pasada no nos alcancen.

—Pues eso va a estar difícil. ¿No? ¿Quieres sacar un pasaje para Timboktu o algo así? —ella se acomodó las gafas y se mordió una uña. —Perdóname Luka, pero es que... Ha pasado por cosas tan horribles que no sé... Pensaba que ponerle velitas y pétalos de flores podría ser algo bonito, pero si tú dices que no...

En el fondo y Amy tenía razón. Quizá no había manera de separar a Noel de los recuerdos de su vida pasada que lo asaltaban constantemente. No podía exigirle una recuperación

total, luego de años y años de abuso. Ahora que lo tenía a su lado, todos sus deseos estaban cumplidos. Faltaba hacer su parte en asegurarse que fuera feliz las veinticuatro horas del día, los siete días de semana.

—Noel, tengo algo para ti. —*anunció con cierta ceremonia y se dirigió hacia el estante donde ambos calcetines estaban por vencerse de lo rellenos que estaban.*

Con cuidado tomó un sobre que contenía una primorosa tarjeta de navidad y se la puso entre las manos.

—*Es algo que quiero darte y que además es parte de tu regalo de navidad.*

—*¿Luka, pero todavía no es navidad ni mi cumpleaños?*

—*Lo sé, pero quiero que lo tengas ahora.*

Recibir un sobre de las manos de Luka le trajo varios recuerdos. La primera noche en la que estuvieron juntos, en ese mismo sofá. Lo abrió con cuidado, sin poder quitarse la sensación de antaño. Encontró un pedazo de cartón duro con dibujos de un paisaje como sacado de un cuento. Un hombre de nieve, una ciudad cubierta de nieve y unas montañas en el horizonte.

Al leer el interior de la tarjeta, no encontró billetes, sólo un mensaje que decía:

«Esta navidad he recibido más de lo que merezco. Noel, tú eres más de lo que esperaba de la vida. Mi único deseo es que te quedes a mi lado en lo que me queda por vivir.

Luka»

De dentro de la tarjeta cayó una foto postal con la leyenda Lake Placid. No supo que decir, sólo levantó los ojos francamente confundido.

—Hice reservaciones para los dos, para pasar año nuevo, solos en esta cabaña en Lake Placid. Pensé en Aspen, Montana o Wisconsin, algo un poco lejos de la ciudad, pero déjame decirte que Lake Placid tiene su encanto.

No, todavía no podía procesar toda la información que recibía de parte de Luka. ¿Le acababa de dar una tarjeta donde le decía que quería que se quede a su lado para siempre? ¿Acaso estaba soñando? Ahora hablaba de un lago e irse de la ciudad.

—La montaña Whiteface tiene un hotel muy bueno, pero encontré una cabaña para nosotros dos solos. Podemos esquiar, hacer snowboard, lo que tú quieras. Algunos partidos de hockey y visitar el estadio en el cual vencimos a los rusos en los juegos olímpicos de...
¿Me estás oyendo?

—¿En serio Luka?

Acababa de desconocerse. Sonó exactamente como el fotógrafo cada vez que conversaba con Amy. Quizá sí pasaban mucho tiempo juntos, podía contagiarse de otras de sus expresiones. En realidad, todavía no podía que Luka quisiera quedarse con él y encima de todo, llevarlo de paseo a una cabaña en una montaña.

—En serio. Quiero que estemos juntos y solos. Quiero que tengamos un tiempo para ambos, lejos de todo el ruido y el caos. Si es lo que tú quieres Noel.

Luka lo tomó en sus brazos y de nuevo se le montó sobre las piernas. Era algo que se le había vuelto costumbre, rodearlo con sus brazos y sentir su aliento en sus labios.

—Sí. —respondió con el corazón rebotándole en el pecho. —Sí Luka, claro que sí.

Todavía tenía el gorrito de Santa Claus puesto y Luka le mordió el pompón blanco que colgaba sobre su hombro. Continuó moviéndose por el arco de su cuello, hacia su oído. Derramó dentro un par de besos y algo más que le encendió las mejillas.

—¿Cuándo vamos? —se le escapó de pronto, mientras que la lengua del fotógrafo dibujaba los recovecos de su oreja.

—En dos días. Pensaba ir y pasar la navidad y el año nuevo, pero Mónica me arranca la piel del trasero y Amy de las bolas. Jade está muy entusiasmada con la celebración de navidad, así que no nos podemos mover de aquí.

—Jade no sabía que era navidad. Cuando estábamos chicos, se enteró que daban regalos a los niños allá en una iglesia en Bronx. Nos escapamos de Devan, pero no sabíamos dónde era y cuando pudimos averiguar el lugar, ya no había nada.

Jade se puso muy triste aquella vez, pero se esmeró por disimularlo.

—Sólo quedaba papel de colores en el piso. En las bolsas de basura encontramos las sobras de lo que sirvieron. Teníamos mucha hambre y...

A Luka se le desapareció la alegría del rostro y sólo lo apretó con más fuerza. Quizá no debía continuar, pero el fotógrafo le decía siempre que no se callara. Que dejara salir todo lo que guardaba por dentro.

—Jade encontró una caja y tenía una muñeca dibujada. Lo recortó con sus dedos y lo guardó hasta que se deshizo de viejo.

Se quedaron en silencio, Luka sólo escondió su rostro sobre su pecho y lo sintió respirar pesado. Entonces le acarició el cabello dorado y suspiró también. Se sentía tan bien con los brazos del fotógrafo rodeándolo de ese modo, porque prevenían que los recuerdos lastimaran. Jade estuvo muy triste camino de regreso. Escondió la muñeca de cartón en la entrada del departamento de Devan y soportó la paliza con entereza.

Nunca podría olvidar lo mal que la pasó Jade, por eso le tenía de regalo una muñeca. Quería ver su rostro cuando se la diera. No iba a borrar los malos ratos del pasado, pero seguro la hacía sonreír un ratito.

—Luka... ¿Nos vamos a cambiar para cuándo ellas vengan?

—Sí, claro salvo que te quieras quedar en pijamas.

—¿Y no nos vamos a bañar primero?

Bueno, Luka empezó mordisqueándole la oreja y abrazándolo tanto que ya se estaba antojando de sus caricias. Por fortuna el fotógrafo entendió la indirecta y lo levantó en sus brazos.

—Buena idea, así que mejor vamos yendo porque...

—¡Espera Luka, no podemos irnos en dos días! —exclamó sorprendiéndose a sí mismo por no haberlo recordado. — ¡Es el cumpleaños de Pat y...!

Listo, momento especial arruinado por el mocoso berrinchudo. Bueno, era culpa suya por no acordarse.

—Aunque Pat no quiere hablar conmigo.—La tristeza regresó como por encanto a la voz de Noel. —Así que...

No y no. Lo tenía en sus brazos y no lo iba a soltar así se cayera el departamento por pedazos. Las luces de navidad tintineaban y una cancioncita sonaba en el fondo de la habitación. Iba a llevarse a Noel a la tina e iban a disfrutar el baño juntos. Luego vería la manera de solucionar el problema con Patrick y su maldita necesidad.

Avanzó hacia el cuarto de baño, ignorando la tristeza en los ojos de Noel. Lo dejó pisar el suelo y le quitó con cierta prisa la camisa de pijama. Aspiró el olor de su piel, al tenerlo tan cerca y no se resistió de besarlo de nuevo.

—Hay un proverbio chino que dice... No espera, no es chino... No sé de dónde sea, pero es algo como si la montaña no viene a ti, tú ve donde la montaña. ¿Si me entiendes?

Noel lo miró algo confundido, pero igual asintió. De acuerdo, quizá demasiadas montañas para un solo día.

—Quiero decir que como Pat no te da la cara, iremos a verlo. Ahora a bañarse, apestoso.

—Tú eres apestoso. —le respondió Noel con una sonrisa chiquita y se sacudió los pantalones de felpa.

Ah, si lo que quería era tentarlo pues acababa de salirse con la suya.

—¿Desde cuándo no te bañas, ah? —preguntó arrancándose la ropa y siguiéndolo hacia la tina.

—Desde anoche. —continuó Noel abriendo el grifo de agua. Se iba a tomar el resto del día en regularle la temperatura, lo que le daba tiempo suficiente para hacer de las suyas.

—No lo creo. —lo absorbió en sus brazos y apretó con tanta fuerza que hizo crujir al saco de huesos. —Hueles a días y días sin tocar el agua.

Perdieron el equilibrio y terminó sentado contra el suelo frío. La sensación disparó algo en su mente y tuvo que sujetar a Noel con más fuerza, sólo para cancelarla. No, imposible. Cuando sucedía no podía sacudirse de esta tan fácilmente.

Se le enfrió el sudor y el corazón le palpitaba al ritmo de tambor. Respiración pesada y las ganas que tuvo hacía un momento se esfumaron por completo. El sonido del agua, el piso helado contra su espalda y glúteos, desnudo de nuevo sintiéndose vulnerable. Cerró los ojos, pero aquella sensación se convirtió en una película proyectándose en su mente. Recogió las piernas y sintió el contacto de otra piel sobre la suya.

Apartó aquel cuerpo del suyo con desesperación, pero en seguida volvió a apretarse contra él. Lo tomó de las muñecas y sujetó contra la superficie fría de losetas.

Escuchó su nombre, abrió los ojos y encontró los de Noel frente a él.

Repetía su nombre, su voz sonaba angustiada. Noel lo estaba sujetando contra la pared para que no lo pudiera apartar. Ambos desnudos, losetas blancas, el piso frío. Consiguió soltarse y lo abrazó con fuerza. Empezó a contar en su mente, llegó hasta diez y a prisa.

—Estoy bien, sólo es... no es nada...Noel, no pasó nada.

Quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho.

—Todo está bien. —insistió sin soltarlo todavía.

El sonido del agua, las losetas frías... *veintitrés, veinticuatro, veinticinco.*

—Es tu cumpleaños, así que te toca baño Noel. —intentó bromear un poco, pero falló miserablemente.

Se quedaron en ese estado, acurrucados al lado de la tina de losa por un buen rato. Hasta que la habitación se entibiara y los recuerdos disiparan como el vapor del grifo de agua.



—¡Ay no seas así Luka! Por favor, se buenito y trae el resto de regalos que se quedaron en el coche.

Acababan de llegar los tres fantasmas de las navidades, como les pusieron de apodo, por el gusto de molestar. Venían vestidas para la ocasión y cargadas de cosas. Jade siguió a Moni y entre ambas acomodaron unas bandejas en la mesa. Amy de inmediato se dirigió a la refrigeradora a llenarlo de botellas de vino que trajo para brindar.

Ellos hicieron su parte, por supuesto. Tenían medio estante lleno de postres. Un pastel con forma de tronco, era el que sacrificarían luego por el cumpleaños de Noel.

Amy insistió en que fuera a traer el resto de paquetes y a regañadientes tomó las llaves del auto, para encaminar al garaje.

—Noel se queda con nosotras. —anunció Mónica antes que siquiera pensar en pedir que lo que acompañe.

Es más, Jade se prendió del brazo de su saco de huesos y no lo dejó moverse. *¡Lo que sea!* Pensó rodando los ojos. Noel parecía ansioso por seguirlo, pero pronto las tres chicas lo pusieron a ayudarlas.

Abandonado a su suerte, se dirigió por el pasillo, hacia el elevador y por el garaje hacia donde Amy estacionó su auto. ¡Carajo! Un poco más se estaciona en otro estado. Tuvo que recorrer todo el maldito estacionamiento, renegando de que no era la mula de carga de nadie.

Fue su imaginación o la camioneta se movió apenas se acercó lo suficiente. Fue una vibración ligera, pero igual se puso en guardia. Podía hacerle frente a lo que fuera. Sí, en definitiva, se movió algo adentro y hasta abrió la puerta con cuidado.

Bajó los puños cuando la figura de ojos ambarinos y cara de pocos amigos, se plantó frente a él. El garaje a media luz y sólo había una cámara a la entrada. Con las ganas que tenía que estrangular al mocoso ese, por portarse como lo hacía. Pero era navidad y no quería arruinar el cumpleaños de Noel de ese modo.

Se miraron por un par de minutos y ninguno se atrevía a decir nada. Siendo el único adulto presente, avanzó hacia la maleta y tomó las bolsas que fue a recoger. Cuando estuvo por marcharse, el muchacho seguía en su sitio.

—¿Qué? ¿Te vas a quedar aquí toda la noche? —le dijo avanzando sin mirar atrás. —Noel quiere verte, pero si le vuelves a levantar la voz, te vas por la ventana.

Pero si qué era un chiquillo dramático. Podía escuchar como rechinaba los dientes de la rabia. Bueno, sí tenía una condición y tomaba medicinas para controlar su bipolaridad, pero si volvía a tratar mal a Noel, se olvidaba de todo.

—¡Vine a verte a ti!

¡Vaya!

—Estoy escuchando. —y giró para encararlo, pero Patrick no lo miraba.

Con la cabeza gacha lo vio tronarse los dedos y retorcérselos. Parecía que se los quería arrancar de las coyunturas. Estaba por perder la paciencia, aunque sabía que no era culpa del chico tener esa enfermedad. Tampoco sacarlo de quicio con tanta facilidad. También tenía que reconocer que tenía gran parte de culpa, por alimentar la molestia que tenía en su contra, en vez de conciliar y tratar de llevarse mejor.

—Vine a pedirle perdón a mi hermano, por todas las cosas que le dije. No es culpa de Noel que tú seas un entrometido. ¡No puedes dejarnos tranquilos ni un rato! ¿No? ¡Siempre tienes que acapararlo! ¡No te basta con separarlo de mi lado!

No.

—Hemos hablado de esto. No quiero quitarte a Noel. —porque no es una cosa. ¿Este mocoso hablaba en serio? —Lo fui a recoger del centro comercial, porque estaba convaleciente de una gripe. No te entiendo, eres tú quien no quiere verlo, ni responder sus llamadas y dices que yo te separo de él. ¿Algo más de lo que quieras conversar?

—No le respondí porque estaba enojado y no quería gritarle por teléfono. —la voz le temblaba y todavía no levantaba los ojos del suelo. —Por eso vine a decírtelo a ti.

—Viniste a echarme la culpa. Hazlo, yo puedo vivir con ello. Si ya terminaste, ven conmigo que Noel se está muriendo por verte.

—¿Vas a dejar qué me quede? ¿De verdad no quieres que me largue de una vez?

—No, porque si te largas sin ver a Noel, se va a poner muy triste. Es su cumpleaños y quiero que todo sea perfecto. Te lo he dicho antes. ¿No? Lo único que quiero es que sea feliz.

—Yo también, yo también quiero que Noel sea feliz.

Ahora sonaba como el chiquillo que era. La voz se le quebró en añicos y lo escuchó sollozar. ¡Oh mierda! Ahora se iba a poner a lloriquear también. Si que era sensible el mocoso.

Dejó las bolsas en el suelo y se acercó a quien le había dedicado una serie bastante larga de apodosos insultantes. Patrick levantó sus ojos amarillos y los encontró mojados.

—Entonces por fin nos entendemos. —le dijo finalmente al chiquillo que apenas le sonrió.

—Vamos entonces, salvo que te quieras quedar aquí y te mando a Jade con comida más tarde.

Lo sintió bufar y contraerse a la vez. Sí, se sonrojó el chiquillo y era de esperarse.

—¿Entonces sí me puedo quedar? Tengo que avisarle a Phil, él cree que voy a cenar con ellos.

—Le avisas luego, vamos para que Noel te vea.

De regreso al departamento, Patrick llevó una bolsa llena de regalos y no paró de comentar toda la comida que preparó para la cena en casa del italiano. Sin duda los fantasmas de las navidades tenían todo planeado. Amy espiaba desde la puerta y antes que se acercaran mucho los detuvo. Les hizo guardar silencio y Luka empezó a temer por la integridad de Noel.

Apenas se asomaron en el departamento, vieron que lo tenían sentadito en una silla y Jade le cubría los ojos.

—No dejes que espíe Jade, si no se arruina la sorpresa.

Mónica les hizo una señal para que ingresen, Amy les recibió los paquetes. Ambas los empujaron hacia donde se encontraba Noel a quien vieron estremecerse bajo las manos de Jade. Luka empezó a preocuparse porque si a Noel le empezaba un ataque de pánico por la brillante idea de esas dos...

Jade le susurró algo en el oído, que no alcanzó a entender y procedió a retirar sus manos. Ella olía a esos perfumes que solía frotarse de las revistas de modas y acababa de pasarle el pompón de su gorro de santa sobre la mejilla.

Menos mal estaba sentado, que si no se iba al suelo de la impresión. Pat y Luka frente a él, juntitos y sonriéndole. Se quedó sin palabras, no supo que hacer. Si se movía demasiado, quizá se despertaba, porque seguro estaba soñando.

No fue necesario que reaccionara, porque Pat se abalanzó sobre él y si no fuera por Jade, se van al piso con todo y silla.

Pat no decía nada, sólo lo apretaba con fuerza. No necesitaba oírlo, en silencio se entendían mejor.

—Cuidado que me lo desarmas. —intervino Luka acercándose también y le restregó los nudillos sobre la cabeza de Pat. —Ya es suficiente.

Sorprendentemente su auto nombrado hermano no protestó, sino que sonriendo se levantó sin decir una palabra.

—¡Milagro de navidad! —bromeó Moni emocionada. —Ustedes dos por fin en paz.

—Y amor, mucho amor. —esa fue Amy y abrazó a su novia de la cintura. La tomó de sorpresa, la hizo girar y la besó en los labios

—¡Ey ustedes dos! Hay niños presentes. —fue el turno de Luka de bromear con ellas.

—Luka tú edad mental no cuenta. —fue la respuesta de Amy y le mostró el dedo, mas no el medio. Mónica la imitó ambas empezaron a reírse a carcajadas.

Al parecer era un chiste que sólo ellas entendían. Noel miró de reojo a Luka y luego a Pat, pero ninguno de los tres tenía noción que les parecía tan gracioso. Fue Jade quien se encogió de hombros y rio también.

—¡Tienen un anillo! —Exclamó bufando al final y meneando la cabeza. —Sus dedos tienen un anillo.

¡Ah! Fue la exclamación colectiva y Noel se sintió aún más confundido que antes. Pero le duró bien poco.

—Iba a ser una sorpresa para todos, pero los anillos llegaron esta mañana y no nos resistimos. —Amy daba de saltos de la felicidad.

—Menos mal no le pediste que se casara contigo acá en mi departamento. Porque si fuera Mónica te mandaba al diablo.

—¡Cállate animal del bosque! Luka. ¿Cómo crees qué le haría algo así a Moni? Le pedí que se casara conmigo hace ya un mes.

—¿Y te dijo que sí? ¿Estás segura Amy? Tú sueles inventar cosas.

—¡Qué no, estúpido! No sé ni para qué te contamos nada. —replicó Amy resentida. —Noel ¿en serio? ¿Cómo lo aguantas si es insoportable?

—Lo que sea. En serio Amy, felicidades has elegido a una buena compañera en Mónica. Estoy seguro que al unir tu vida con la de ella, vas a ser muy feliz.

Las palabras de Luka pusieron una nota solemne, tanto que a Amy se le llenaron los ojos de lágrimas.

— Mónica, mis condolencias...— continuó el fotógrafo y la seriedad se esfumó como por encanto.

— ¡Eres un imbécil! ¡Sabía que saldrías con algo como esto Luka! ¿En serio Noel? ¿Cómo lo toleras?

No respondió más que sonriendo. Luka le guiñó un ojo y se enfrascó en una pelea con su amiga de la infancia. Jade se acercó a su lado y le dio un empujoncito ligero.

— Esta mañana me enteré que se van a casar. Me llevaron a comer a un restaurante, así bien lindo y Amy le agarró la mano a Moni y le puso el anillo.

— ¡Qué cursi! — Pat arrugó la nariz. — A mí esas cosas no me van. Si quiero que alguien se case conmigo le digo... ¡Oye! ¿Te quieres casar conmigo sí o no? Si dice que sí bien, si no también. Pero eso de anillo es cursilería.

— Yo creo que es bien lindo, pero no tiene que ser un anillo. Puede ser otra cosa... — Jade tenía un punto.

Si uno siente algo por alguien, no tiene que demostrárselo con algo caro. Una mínima muestra de afecto es mucho más valioso que una joya. Noel se quedó pensando en aquellas chicas, lo felices que se veían antes y ahora que tenían un anillo en el dedo, se veían exactamente igual.

—Creo que no importa lo que sea, si viene de alguien especial —se le escapó y debió decirlo en voz alta, porque tanto Jade como Pat se lo quedaron mirando curiosos.

—¡Uh! El bichito está enamorado. —bromeó Jade codeándolo un poco más.

—¡Eso fue de lo más cursi Noel! ¡Bleh! Ya se me fue el apetito y todo acá huele muy bien. ¿A qué hora vamos a cenar?



—Es casi media noche.

Luka le habló al oído. Solos los dos en el sofá donde empezó todo, miraban por el ventanal la ciudad iluminada. Las luces del árbol encendidas, pero el resto del departamento estaba en penumbra.

En los brazos de quien amaba sólo asintió y sabía que Luka estaba contando los minutos. La velada fue fantástica. Comieron, bebieron, se rieron y gozaron como nunca. La primera navidad de su vida era algo que no iba a poder olvidar jamás.

—La navidad pasada fue un fiasco. Tuve que asistir a una fiesta de unos amigos y me aburrí como nunca.

La navidad pasada, le costaba recordarla. Cada año era similar al anterior, frío, soledad y la horrible realidad en la que vivía, pasando de mano en mano como una cosa. A decir verdad,

prefería olvidar todo tiempo anterior a encontrarse en los brazos de Luka. El calor que los envolvía, el suave sonido de la música del arbolito.

—Estaba tan solo que yo mismo no quería creerlo. Amy se fue con Mónica a celebrar y yo preferí regresar aquí y pasar el día conmigo mismo. Hay algo que no te dicho Noel. —le dijo buscando sus labios. —No dejaba de pensar en ti, en todo momento. Deseaba verte de nuevo, pero era demasiado necio para aceptarlo.

—¿En mí?

—Sí. Lo único que quería era verte. Hasta que apareciste en la calle, afuera de mi departamento y te tuve de nuevo conmigo. Fue mi regalo de navidad atrasado.

Eran esos momentos en los que Luka lo apretaba con más fuerza y le hablaba al oído con una voz distinta a la que usaba para el resto del mundo. Era difícil de explicar, pero sonaba bajita y hasta infantil. Pero era algo que reservaba sólo para cuando estaban juntos.

—Entonces tú eres lo que siempre esperaba Luka. Digo, lo que siempre quise.

—¿Siempre pedías algo tan hermoso como yo? —preguntó riendo una carcajada sonora.

—Sí. —le respondió Noel con otra similar. —Siempre pedí por un poco de paz y no tener que estar solo siempre.

—Mira tú, yo quería lo mismo, aunque no me había dado cuenta, cuánto te necesitaba Noel. Nunca me divertí tanto celebrando la navidad, desde que era pequeño e íbamos a casa de mis abuelos. Felicia y yo siempre peleábamos por bajar las escaleras primero y ver que nos había traído Santa.

Noel giró ligeramente para mirarlo, porque siempre disfrutaba la expresión de alegría que tenía cuando hablaba de su abuelo.

—Ya cuando crecimos y mi abuelo faltó, nunca más nos juntamos a celebrar como una familia. Mis padres se iban a sus fiestas, Felicia y yo nos quedábamos con las niñeras. Cuando abríamos los regalos por la mañana, encontrábamos exactamente todo lo que pedimos. Después de un tiempo se volvió aburrido. Mis padres se separaron y la familia se disolvió por completo.

Debía haber sido emocionante despertar por la mañana y ver montones de regalos debajo del árbol. Las revistas que Jade juntaba llegaron a su memoria. Solían sentarse en el suelo y contemplarlas por horas. La cena de navidad que veían por fotos se veía sumamente apetitosa. Cuando niños no tenían idea del nombre de la comida que se servía, si era algo dulce o salado, pero sin duda era sabroso.

No se lo había dicho a Luka, pero era la primera vez que probaba jamón horneado, arándanos, compota de manzana. Jade quizá disfrutó la cena más que nadie, porque Pat se sentó a su lado y no paró de hablar de todas las recetas que quería preparar para que todos prueben.

Seguro se perdió en sus ensoñaciones, porque de pronto Luka lo desprendió de sus brazos. Vio que se levantaba y se rascaba la espalda camino a la cocinita.

—¿A dónde vas? —se le escapó porque de pronto extrañaba el calorcito que compartían.

—A ningún lado donde no puedas alcanzarme, saco de huesos. —respondió Luka y le guiñó el ojo un segundo antes de estrellar el pie contra una silla.

Lo vio tragarse una fila de maldiciones y esforzarse por sonreír.

—Quédate ahí y cierra los ojos. Bien cerrados, no hagas trampa.

Hizo lo que le pidió y cierta ansiedad lo invadió. En el pasado mantenía los ojos cerrados para evadir la realidad que no podía evitar. Pero ahora era para algo bueno, era Luka quien estaba con él y nada malo iba a sucederle.

Otra recata fila de maldiciones masculladas y Luka rechinando los dientes.

—Ya puedes abrirlos. —anunció apareciendo frente a él con una vela encendida y un mini pie de limón en la mano. —¡Feliz cumpleaños Noel!

—Pie de limón.

Luka lo conocía bien, era su postre favorito. Desde la primera vez que lo probó le pareció lo más delicioso sobre la faz de la tierra. Se dio cuenta que podía comerlo día y noche, desayuno, almuerzo y comida.

—Sopla la vela y pide un deseo.

Infló las mejillas y dejó escapar el aire. No se le ocurría que más desear. Tenía todo lo que siempre quiso frente a él y bueno, algo se le podía ocurrir. ¿no? ¡Ah sí, claro! Volvió a tomar aire y sopló con fuerza su primer deseo de cumpleaños.

—No le digas a las brujas que ya me soplaste la vela. No espera, a la perversa de Amy le va a encantar saberlo. Deja que yo mismo se lo digo.

No le respondió porque se le estaba haciendo agua la boca. El humo de la vela se disipaba ardía en deseos por hincarle los dientes al relleno cremoso y llenarse la cara de merengue. Luka dejó el pie de limón sobre la mesa de café y regresó a la cocina.

—Sé que es tu cumpleaños, pero me siento como si yo fuera quien recibió todos los regalos. No le metas los dedos, ya te vi con ganas de hacerlo. Espera que vamos a brindar.

La tentación era enorme, así que fue tras Luka a la cocina. Tras sus pasos decidido a hacer realidad su deseo de nunca separarse. Lo abrazó con todas sus fuerzas, porque no le alcanzaban palabras para expresar lo feliz que se sentía.

Luka le regaló sus labios y no los desaprovechó. Enredó los brazos en el cuello de Luka y empezó a frotarse contra su cuerpo. Quizá era todo el vino que tomó durante la cena o que se sentía extremadamente feliz, pero sentía deseos de envolverse en Luka y no despegarse más.

De pronto sintió algo frío en su espalda. Acababa de escurrir la botella de vino helada debajo de su camiseta.

—¡Ey! Parece que a alguien le dio calentura y no me refiero a fiebre. —bromeó Luka con la botella todavía en la mano. —Señor pantalones calientes.

Noel estuvo a punto de responderle, pero no fue necesario. Luka se adelantó y dejó el vino sobre el repostero. Se tomaron de las manos y el pie de limón también quedó atrás. A mitad de camino no pudieron resistirse y volvieron a unirse como dos mitades de un todo.

Luka apenas pudo girar la manija de la recámara y dejó la puerta abierta. La música de navidad todavía se cernía sobre aquel departamento, donde reinaba la paz. ¿Lo de los ruiditos y chillar de ratones? Bueno, ese era otro cuento.



*El Sacrificio
de Año Nuevo*

Ruby Vervain



El Sacrificio de Año Nuevo

Parte Uno

—¡Zacharias Hayes!

El nombre resonó en la sala como un tiro en una iglesia. Todo quedó en un silencio sepulcral, a pesar de que la estancia estaba a rebosar de gente.

En el interior del enorme salón de paredes de piedra gris, y mesas y asientos de madera, las brujas y brujos se pusieron a buscar al que había sido llamado, aliviados de no haber sido ellos.

En un rincón, bajo la lumbre de una de las muchas antorchas que iluminaban el lugar, le encontraron agazapado y rodeando las rodillas en un apretado abrazo, sollozando. Dos brujos, vestidos con unas túnicas marrones de recia tela y con sendas espadas colgando de sus cintos de cuero negro, cogieron al chico por debajo de las axilas y lo levantaron como a un muñeco de trapo.

El muchacho pataleó, lloró, rogó y se revolvió como una lagartija a la que están a punto de cortar la cola, pero ni el más mínimo gesto de indulgencia se advirtió en los rostros de los que lo portaban en volandas, que desaparecieron tras unas grandes puertas de roble ante las expresiones consternadas de cuántos observaban.

Zacharias dejó de resistirse cuando vio el rostro de su madre al final del corredor. Los dos brujos que le llevaban le dejaron en el suelo y él corrió a su encuentro.

—¡Mamá! ¿Qué está ocurriendo?

—Has sido elegido, cariño.

—Pero, ¿y el sorteo?

—Este año no habrá sorteo —respondió la mujer negando con la cabeza y abrazando a su hijo—. Sé fuerte y valiente, todo habrá pasado pronto.

Zachary fue llevado al interior de una immaculada sala blanca de grandes dimensiones, fraccionada en cubículos. Dentro estaba la Gran Sacerdotisa de su aquelarre y tres jóvenes brujos, que le sonrieron al verle. Las puertas se cerraron tras él, haciéndole dar un respingo, y él se quedó allí tieso como un palo, temblando de miedo.

La Gran Sacerdotisa, una anciana de rasgos agradables y cabellos blancos recogidos en un moño, se aproximó al chico y le condujo al interior de una gran ducha, donde ya le esperaban los otros tres brujos.

—¿Sabes por qué estás aquí, Zacharias? —preguntó con amabilidad la mujer, al tiempo que los jóvenes empezaban a retirarle la túnica gris dejándolo en ropa interior.

—Voy a ser ofrecido a la Diosa durante la vigilia de año nuevo —contestó con voz monótona.

—Así es. ¿Y sabes la razón?

—Para que la Diosa nos bendiga, y bendiga nuestras vidas, y nos ofrezca amor, prosperidad y protección.

—Veo que conoces las enseñanzas —asintió la anciana viendo como las ropas del chico eran echadas en una chimenea y quemadas.

Llevar enseñándolas desde que tengo uso de razón, pensó con amargura Zach, sintiendo que su corazón se oprimía al ver cómo las llamas desintegraban la tela. Una vez que la túnica de un iniciado era quemada y purificada, ya no había vuelta atrás.

—Ahora voy a dejarte en buenas manos, Zacharias. Ellos son Alen, Alec y Alex —explicó señaládoles uno a uno, aunque Zach ni siquiera podía distinguirlos, los tres le parecían iguales—. Ellos te harán la limpieza y después te conducirán a la sala de meditación en la que tendremos una pequeña charla y donde permanecerás hasta mañana por la noche.

Luego asintió y dando media vuelta, desapareció.

—Por favor, termina de desvestirte y ponte bajo el chorro de agua —dijo uno de los jóvenes.

Zach tragó saliva con aprensión y se bajó los calzoncillos, quedándose desnudo. Casi de inmediato, la ducha se puso en marcha, y el agua caliente y agradable cayó sobre sus hombros tensionados.

Mientras se lavaba el cabello castaño, pensó en muchas cosas. Pensó en sus padres, que eran unos miembros importantes del aquelarre, sobretodo su madre. Pensó en que siempre solía ser el último en las clases de magia, exceptuando las de rituales e historia, en las que era el mejor. Pensó en sus buenos amigos del instituto, y en lo bien que se sentía al salir del aquelarre y ser alguien normal aunque sólo fuera durante unas horas.

Salió de la ducha y uno de los chicos le colocó una toalla sobre los hombros. Luego le dirigió detrás de un biombo, donde había una mesita de cristal y una camilla con una sábana blanca encima y le dijo que se tumbase boca arriba.

Otro muchacho apareció y sin decirle nada, empezó a ponerle en el pecho y los brazos un aceite espeso y de color verdoso que al poco tiempo empezó a picarle.

—No te rasques o se te pondrá peor —le dijo, continuando con las piernas.

Cuando iba a llegar a sus partes íntimas, Zach dio un respingo y se las cubrió. El chico no dijo nada, salió del biombo y volvió a los pocos segundos acompañado por los otros dos chicos, los cuales le cogieron de los pies y las manos y se los sujetaron mientras el tercero terminaba de aplicarle el ungüento en sus partes.

Luego le hicieron ponerse de pie y Zach notó que estaba algo mareado. Uno de los chicos le sujetó por los hombros y entre los tres le ataron las manos y los pies a una estructura metálica, dejándolo en forma de cruz. Así, le colocaron la mixtura por la espalda y la hendidura del trasero, dónde fueron bastante espléndidos. Al concluir la tarea, le dejaron solo.

Zach quería oponerse, rebelarse, pero estaba demasiado somnoliento y sólo conseguía balbucear y balancearse. Lo que le habían colocado comenzó a hacerle efecto en su pene y su culo, pero al contrario que en el resto de su cuerpo, aquellas zonas se le calentaron, excitándole. Sus mejillas se colorearon y sus ojos se llenaron de lágrimas al notar su pene erecto y visible, y se revolvió con más fuerza.

Uno de los brujos, apareció al oír sus lamentos y se acercó con un pañuelo para enjuagarle las lágrimas. No se rió de él, ni intentó tocarle o aprovecharse, sólo se quedó a su lado secándole el rostro y revisándole de vez en cuando.

—¿Porqué? ¿Para qué es...? —consiguió pronunciar por fin Zachary.

El chico le miró con una sonrisa y con una paleta de madera retiró de diversas zonas de su cuerpo una pequeña parte del producto.

—No te va a hacer daño, sólo es un poco molesto al principio. Por cierto, mi nombre es Alec.

—Su voz era amable y su sonrisa bonita, y Zach sintió que podía confiar en sus palabras.

—Alec —saboreó el nombre en su paladar—, ¿puedes explicarme qué...es...? ¡Ah! —gimió.

—Perdona. La zona de las ingles es una de las más delicadas y tenemos que vigilarlas con más atención —dijo Alec acercándose a una mesa de cristal y colocándose unos guantes gruesos de color amarillento, que hicieron que los ojos de Zach se agrandaran espantados—

. No debería explicártelo, pero me caes bien. La pomada que te hemos colocado es en parte exfoliante y en parte una poción que sirve para quemar las raíces del pelo. Las manoplas

rascarán tu piel dejándola algo roja e irritada, pero cuando eliminemos la suciedad, te quedará una piel sonrosada y suave como la de un bebé. Empezaré con las piernas.

Dicho y hecho. Alec llevó sus manos enguantadas a los pies de Zach y comenzó su cometido. A Zach le picaba y le escocía y gimoteaba, pero lo peor estaba por llegar. Tenía el cuerpo enrojecido y magullado, y resoplaba sin aliento, cuando Alec cambió de manoplas a unas más finas.

—Estas son para las partes más delicadas. No te preocupes si eyaculas, les pasa a casi todos.

Una vez más, sin dudar ni un segundo, Alec le metió mano, apretándole los testículos y sobándole el pene, dándole una buena rascada al trasero y metiendo el pulgar en su orificio. No necesitó de mucho más estímulo, unas pasadas más y Zach se corrió con un grito ahogado.

Recibió una palmada en su culo y Alec soltó una risita.

—No ha sido para tanto, ¿verdad?

Alec se quitó los guantes y los dejó sobre la mesa. Luego llamó a los otros dos y entre los tres lo bajaron de nuevo a la camilla, donde retiraron el resto del potingue que se había quedado apelmazado y de un color verde oscuro.

—¿Ves? Ni un pelo —señaló el joven ayudándolo a sentarse.

Zach se miró entre horrorizado y extrañado. Ni un mísero pelo quedaba en su cuerpo, estaba tan lampiño como cuando tenía nueve años.

—¿Me volverán a crecer?

—Sí, pero serán pocos y más parecidos a una pelusilla que a otra cosa —respondió Alec—. Esa poción es infalible, la inventó la anterior Gran Sacerdotisa. Al principio sólo la utilizaban en mujeres, pero hoy en día forma parte del proceso de purificación. Necesito que te bajes y me enseñes el culito tan precioso que tienes.

Zach le obedeció y fue empujado hasta quedar doblado sobre la camilla. Por un momento pensó que le iban a poner una inyección, pero entonces, un objeto del grosor de un dedo fue introducido en su ano. Rápidamente la mano de Alec llegó a su espalda y se la acarició.

—Tienes que estar tan limpio por dentro como lo estás por fuera —dijo con tono de disculpa—. No te preocupes, te dejaré a solas y en cuánto termines vendré a por ti.

Alec le condujo a la partición contigua, le ayudó a sentarse en el váter y después se marchó.

[...]

Regresaron a por él una media hora después. Zach ya estaba completamente despierto y les esperaba con impaciencia. Alec fue el primero en entrar, le tomó por la cintura y le llevó a un tercer departamento, en el que había una gran bañera llena de agua humeante.

—Esta es nuestra última parada —sonrió Alec y le ayudó a meterse en el líquido.

—¿Ya hemos terminado? —preguntó Zach.

—Ya casi. Relájate y tómate tu tiempo. Volvemos en seguida.

Zach cerró los ojos y se dejó llevar por el silencio. Sólo tenía ganas de dormir y de olvidarse de todo. De nuevo, se sintió somnoliento, y se percató de que había incienso encendido cerca. Así que era eso. Eso era lo que le dejaba medio anestesiado. Respiró profundo, al menos ya no estaba tan nervioso.

Los tres brujos regresaron en ese instante y se pusieron a acicalarle, uno el pelo, otro las uñas de los pies y Alec, las uñas de las manos.

—Zachary, he estado hablando con Alex y Alen. —Alec le miró con una sonrisa y Zach se la devolvió—. Todavía queda una cosa por hacer y no queremos atarte. Pero si te opones tendremos que hacerlo.

—¿Otra vez la pócima?

—No, exactamente. Tú sólo confía en nosotros, no haremos nada para dañarte, ¿de acuerdo?

Zach asintió dudoso y Alec amplió la sonrisa. Le ayudaron a salir de la bañera y le trasladaron a una camilla. Allí le volvieron a tumbar boca arriba y cada uno se posicionó. Alec a sus pies, y Alex y Alen a sus lados.

—Sé que lo que te voy a pedir ahora es extraño, pero no te resistas, será mucho peor para ti —dijo Alec y esperó su respuesta.

—Haz lo que tengas que hacer y terminemos.

—Bien dicho —dijo uno de los otros dos.

Alec aceptó con la cabeza y cogiéndole de las piernas se las dobló, de forma que sus partes más íntimas quedaban al descubierto. Alex y Alen se las sujetaron por la parte interior de la rodilla, dejándole abierto y visible. Zach tragó saliva, escondiendo su cara con sus brazos, ocultando su vergüenza.

Lo siguiente que supo era que unas manos, Zachary imaginaba que las de Alec, le masajeban la zona de los testículos, pene y ano, con un nuevo aceite, más fresco y resbaloso que el anterior.

—Vale, Zach, este es el momento, no te muevas —dijo Alec y a pesar de sus palabras, los otros dos le agarraron con más fuerza.

Entonces, un dedo penetró el círculo de músculos de su ano y le añadió aquel aceite. Zach gimió. El dedo entró y salió, masajeando la zona y pronto se unió uno más. Con un movimiento de tijera, ablandaron sus músculos, yendo cada vez más profundo. Zacharias gemía, tapando su boca con sus manos y cerrando los ojos con fuerza. Aquello era demasiado.

Su pene empezó a cobrar vida ante su atónito y Alec, que ya tenía tres dedos en su interior, tocó un punto dentro de Zach que le dejó al borde del colapso. Zachary gritó, los otros le sujetaron y Alec siguió con su movimiento de tijera y acariciando aquel punto mágico, hasta que con un sollozo, Zach eyaculó de nuevo.

—Bien, muy bien. Ya hemos terminado —dijo Alec y permitió que le bajarán las piernas hasta la camilla.

[...]

Le habían untado una crema fresca y muy agradable por el cuerpo, y aún sin vestir, lo habían llevado a una habitación oscura y llena de cojines, con un sillón que recorría una pared entera y varios sofás de diversos tamaños, dispuestos en derredor. La chimenea, que era la única fuente de luz, abarcaba casi la mitad de uno de los muros.

Allí dentro, Zachary observó que había una estantería de enormes proporciones, llena de libros de toda clase de temas, pero estaba demasiado cansado para leer, así que optó por estirarse en el sillón y se quedó dormido al instante.

[...]

No supo durante cuánto tiempo había dormido, cuando se percató de que no estaba solo, había alguien con él. Parpadeó confuso incorporándose, hasta que fue capaz de enfocar con la visión a alguien que con una vara de hierro agitaba y removía las cenizas, haciendo que las llamas se sacudiesen inquietas, cambiando de tamaño y color.

—Veo que ya te has despertado, Zacharias —resonó en la estancia la voz inconfundible de la Gran Sacerdotisa—. Espero que el ritual de purificación y limpieza no haya sido muy duro para ti. Los tres jóvenes me han asegurado que te has portado increíblemente bien, y que no han tenido que sedarte.

>>Es sin duda algo que deberían aprender de ti el resto de sacrificios. Cada vez se rebelan más, conforme pasan los años. ¿Sabías que la muchacha del sacrificio del año pasado se atrevió a lanzarles un conjuro urticante a mis tres brujos purificadores y que salió corriendo

de la sala? Impertinente chica. Fue azotada, pero no la sedaron, la ataron con cadenas y le hicieron el ritual por tres veces. Cuando terminaron con ella estaba tan mansa que parecía un cachorrito.

>>Por supuesto, no fueron ni de cerca tan dulces como han sido contigo. Pero tú has sido un buen chico, ¿no es así?

La anciana se volteó hacia él, y en sus ojos las llamas relucían. Hizo un gesto con la mano, quería que el chico se acercase a ella y Zachary se apresuró a obedecer, a pesar de su timidez al estar desnudo.

—A ver, date la vuelta. Deja que te vea bien.

La mujer le observó con detenimiento, analizando su cuerpo, pero sin tocarle de ningún modo.

—Han hecho un trabajo magnífico contigo. Dime, ¿te duele o te escuece en alguna parte?

—No, me siento refrescado y limpio.

—Y así es cómo debe ser —dijo la anciana y le sonrió por primera vez, después sacó del interior de su túnica, un tejido blanco y casi traslucido y se lo dio—. Póntelo, el ritual está a punto de empezar.

Zachary notó como sus músculos se tensionaban, mientras se colocaba la prenda. ¿Tanto había dormido? El vestido, si es que se le podía llamar así, le quedaba por encima de las rodillas y carecía de mangas, y era una tela tan fina que sus partes se intuían con sólo echar un vistazo. Pero todavía era mejor que ir en bolas.

—Ahora debes estar tranquilo, todo pasará en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Cuándo volveré a casa?

—Zacharias, ¿tu madre no te contó en qué consistiría tu sacrificio?

Zach negó con la cabeza, al mismo tiempo que llamaban a la puerta y Alec se asomaba.

—Es la hora.

—Oh, querido. Me temo que no nos queda tiempo para explicarte nada. Mas no debes tener miedo. Continúa con esa valentía y coraje. Los de tu familia siempre han sido fuertes de espíritu —respondió la mujer y le empujó a la salida.



Parte Dos

A Zacharias le esperaban fuera dos brujos guardias y los tres jóvenes que le habían purificado. Le sonrieron y uno de ellos se apresuró a darle un abrazo.

—No estés tenso, lo peor ya ha pasado —le dijo Alec con una sonrisa y le arrastró hasta una tabla de madera, donde le tumbó y le sujetaron de manos y pies—. Puede parecer muy teatral, pero todo forma parte del ritual. Si prometes no moverte, te dejaremos las ataduras flojas. Pero tengo que colocarte la mordaza, son las órdenes.

Zach asintió. ¿Qué importaba ya? No iba a volver. Nadie le decía nada, y todos se comportaban como si fuera un bebé, que no quieren que empiece a llorar. Pues no lo haría. Se aguantaría las lágrimas y sería estoico e impertérrito hasta el final.

—Me encanta como cae el lino sobre tu pecho, estás hermoso, Zachary. Digno de un sacrificio. Todos van a envidiar tu compostura —le sonrió Alec y los guardias le subieron en andas y empezaron a caminar.

Por el rabillo del ojo, Zach vio cómo los tres brujos le decían adiós con las manos y Alec le guiñaba un ojo. Ya estaba. Era su fin. Y se dejó llevar por un instante, soltando un lastimero sollozo.

Atravesaron pasillos y corredores hasta que salieron al claro del bosque dónde se hacían los rituales. Atrás de él quedaba el semicastillo enterrado en la piedra de la montaña que escondía la casa central de su aquelarre. A unos kilómetros estaba el pueblo dónde vivía con sus padres y tenían vidas normales.

Muchos brujos decidían permanecer en el interior del castillo, consagrando sus vidas a la magia, pero otros, como su familia, decidían quedarse en el pueblo, trabajando y estudiando.

Le llevaron hasta el altar, donde la Gran Sacerdotisa y su círculo interno, pues el resto de la congregación tenía prohibido asistir a los rituales más importantes, le esperaban. A pesar de las fechas que eran, no hacía mucho frío, pues la zona en la que vivían era un lugar de cálidas temperaturas. Depositándolo sobre el altar, los guardias también se fueron.

La anciana, entonces, empezó a recitar una cantinela, a rogar a los dioses. Encendió velas, colocó el resto de ofrendas, a la vez que los otros brujos y brujas la seguían en sus oraciones. En otro momento, Zach habría estado interesado en saber lo que decían y la mecánica del ritual, pero estaba demasiado asustado. No podía pensar más que en que no podría entregar el trabajo en el que había puesto muchas horas, una vez acabasen las vacaciones de invierno.

Sin darse cuenta, los cánticos habían concluido, dos de los brujos estaban bajándole y le llevaron hasta el linde del bosque, donde volvieron a inmovilizar sus muñecas a una rama alta de un roble. Le separaron las piernas y se las ligaron a dos gruesas raíces. Mientras tanto, la Gran Sacerdotisa y el resto del aquelarre había desaparecido y Zach se quedó allí, en la oscuridad sólo iluminada por la luna y las velas del altar.

Unos ruidos surgieron tras él, sobresaltándole y haciendo que el vello de su nuca se erizara. De su costado, salió un lobo, grande y de pelaje espeso, que se quedó mirándole con sus llamativos ojos ambarinos. Zach abrió los ojos como platos. ¿Así iba a ser su muerte? ¿Comido por los lobos? Bien, pues que así fuera, decidió para sus adentros y escondió el rostro en su antebrazo.

Entonces, una mano, fría como un témpano de hielo, se posó en su muslo y Zach chilló. Una risa se escuchó y quien estaba tras él, empezó a recorrerle las piernas y la cintura con los dedos. El lobo se acercó entonces, llevando su hocico hasta sus partes y lamiéndolas. Zach ahogó un grito, ¿es que antes de matarle se iban a aprovechar de él?

Las manos subieron hasta llegar a sus pezones dónde se los pellizcaron y se los endurecieron. El animal, recorría con su lengua su trasero, metiéndose en su hendidura y despertando su miembro, que nuevamente se alzaba en toda su plenitud.

Zachary pudo ver por fin al ser de las manos frías: era un vampiro, sus ojos rojos y su sonrisa adornada por colmillos le delataban.

—Estás tan bello, Zacharias. Qué pena que tenga de romper esta hermosa prenda —dijo en un susurro el vampiro, burlándose de él.

Con la uña, desgarró la tela desde la altura del ombligo hasta abajo, volviendo a dejar sus partes expuestas. Zach se revolvió cuando una brisa helada le recorrió. El vampiro se dejó caer de rodillas y engulló su pene hasta la empuñadura. Zachary gimió.

El lobo empezó a convertirse en humano y creció hasta sobrepasarlo en altura al vampiro, que ya era más alto que Zach. Escuchó su risa, cuando, sin poder evitarlo, Zach comenzó a llevar el ritmo de las embestidas. Aquello se sentía tan increíblemente bien que no le importaba lo que pasara después. Zachary sólo quería correrse una, dos, tres veces más. Dentro de la noche, en la que sus ojos apenas distinguían las siluetas de sus acosadores, se sentía mucho más libre y atrevido.

—Mmmm, qué sabor tan maravilloso, me dan ganas de lamerte entero —ronroneó con una ronca y sexi voz el hombre lobo que estaba a su espalda, al tiempo que su gran verga tanteaba la entrada de su culo, abierto y preparado.

Las manos del lobo le rodearon la cintura, acarició sus pectorales, sus brazos, sus axilas y le arrancó la mordaza. Zach tomó una larga inspiración y dejó caer su cabeza hacia atrás, apoyándola en el hombro del lobo. Éste dejó escapar unas risitas en su oído y llevó sus dedos al orificio.

—Estirado y húmedo, cómo a mí me gusta —susurró alejando los dedos y colocando su pene en posición, de un largo y desesperante envite, se introdujo en él.

Zach jadeó, el dolor no era tanto cómo había esperado y entendió el gran trabajo que habían hecho los brujos purificadores. Sollozó, sintiéndose abierto como nunca antes, su cuerpo experimentaba sensaciones que jamás había tenido: la masturbación no se le parecía para nada.

El vampiro continuaba atendiendo su propio miembro, cuando el lobo dio la primera estocada, acertando de pleno. Zach gemía ya sin control, sin pena y sin remordimientos, entregándose a su destino. Con rapidez se impuso un ritmo vertiginoso, hasta tal punto que Zach ya no sabía ni cómo se llamaba. Estaba a punto de correrse, cuando el vampiro le abandonó.

—¡No! —exclamó con necesidad, pero el vampiro sólo le besó los labios y desapareció.

De repente, advirtió que las ligaduras de sus pies ya no estaban y que el lobo le alzaba las piernas, igual que habían hecho en la camilla, hasta que sus rodillas estaban casi pegadas a sus axilas.

El vampiro regresó entonces, desnudo en todo su esplendor. Zach le ojeó a través de las pestañas, tenía unos brazos y piernas fuertes, fibrosos, el pelo negro se agolpaba en alrededor de un pene erecto, que se balanceaba por la urgencia. Se acercó a Zach, llevando sus manos a sus bolas y jugando con ellas por un instante, divirtiéndose con sus reacciones. Luego colocó la verga en posición y comenzó a empujar. El lobo gruñó y Zach gimoteó.

—¡Ah! ¡No! —sollozó Zacharias siendo silenciado por el vampiro al meterle la lengua, a la vez que terminaba de empalarse en su interior.

Ahora sí que estaba bien agujereado, pensó Zach, respirando entrecortadamente y jadeando sin parar. Empezaron a moverse, saliendo, entrando en su cavidad, gimiendo, con las gotas de sudor recorriendo sus cuerpos.

Los tres estaban tan pegados que Zach podía sentir en su pecho y espalda el latido de los corazones de ambos. Deseó tener los brazos libres para poder abrazarse a ellos. El ritmo aumentaba y disminuía, manteniéndolos en el borde. Zachary perdió la noción del tiempo, ya no le importaba. Le besaban los hombros, acariciaban su cintura y el vampiro no dejaba de besarle. Si no hubiera estado en aquella situación, habría pensado sin lugar a dudas que lo querían.

Las estocadas se hicieron más rápidas, la respiración más entrecortada. Abrazándole con fuerza llegaron al clímax, los tres juntos, cuando ya despuntaba el alba.

Zacharias sonrió, dejándose llevar por la inconsciencia. Si aquel había sido su último recuerdo, bienvenido era. Vagamente notó que unos fuertes brazos lo sostenían, lo desataban y se lo llevaban, y antes de desvanecerse, oyó que alguien susurraba su nombre

de forma dulce, suave. Le acariciaron la mejilla y Zach se acomodó, rindiéndose a la oscuridad.



Parte Tres

El sonido de una ducha y el olor de unas tostadas le hicieron gemir, se estiró entre las sábanas, notando su frescor sin querer salir de su letargo matutino. Suspiró, acomodándose de nuevo, cuando notó en el orificio de su culo algo pegajoso que le picaba. Ya casi despierto del todo, llevó una mano hacia atrás para ver lo que era, cuándo el movimiento lanzó a su baja espalda y su trasero unas cuchilladas de dolor que le hicieron soltar un grito.

—Shhhh —susurró alguien a su espalda e instantes después, una mano húmeda y grande acarició el contorno de su cadera.

Zachary por fin abrió los ojos sorprendido y se volteó para ver a su compañero de clase Lowell sentarse a su lado en la cama, mientras gotitas de agua le caían de sus rizos rubios al pecho y los hombros. Sonrió, mostrando sus caninos que aún sobresalían más de la cuenta, y continuó su caricia por las piernas y muslos de Zach.

—¿Cómo has dormido? —preguntó con su voz ronca y sexi.

—Bien, supongo —contestó Zachary pensando con rapidez.

Así que habían sido ellos los de la noche anterior. Ya que Zach estaba seguro que allá donde iba Lowell, iba detrás su amante vampiro Blythe, ambos del grupo de los chicos más populares de su instituto y dos de sus mayores detractores. Siempre molestándole, siempre mirándole con ojos mezquinos.

Sintió un nudo en el estómago al recordar lo gentiles que habían sido la noche anterior y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Deberías darte una ducha —dijo el lobo poniéndose en pie e interrumpiendo sus pensamientos.

Zachary asintió, rodando hacia el lado contrario de la cama y puso los pies en el suelo, se elevó y cayó de golpe sobre su trasero, logrando que se le saltaran las lágrimas.

Lowell negó con la cabeza riendo entre dientes, se aproximó a su costado, se arrodilló y le tomó en brazos. Zacharias sintió su desnudez más que antes, sintiéndose expuesto y avergonzado, mientras el lobo rodeaba la cama y caminaba hacia el baño, al mismo tiempo que le acariciaba con el pulgar el muslo.

Zach enterró su cabeza en el pecho del otro y ahogó un gimoteo. ¿Por qué eran tan amables con él? ¿Por qué no terminaban de una vez y seguían con sus vidas? Zachary inhaló con los nervios en tensión.

—¿Cuándo vais a matarme? ¿Esperaréis a después del desayuno? —preguntó Zach con un hilo de voz.

Lowell se echó a reír entrando por la puerta de un espacioso baño, con un jacuzzi, dos lavabos y un váter, y lo dejó sentado sobre el mármol rosado, al lado de los botes de perfumería.

—¿Qué te han contado los de tu aquelarre, Zach? —preguntó el lobo mientras llenaba el jacuzzi y se desprendía de la toalla que le cubría.

Zachary desvió la mirada avergonzado y se agazapó sobre sí mismo.

—Todos los años nos dicen lo mismo: que el elegido sería el sacrificio para bendecir el año nuevo y que no podía escapar ni hacer nada en contra. Que sería entregado a la voluntad de los Dioses y que ellos dispondrían del seleccionado a su antojo.

—De modo que no te especificaron en qué consistiría tu sacrificio, ¿no es así? —inquirió Lowell colocándose frente a él y obligándolo a que le mirase.

Con lentitud, Zach negó con la cabeza. Lowell sonrió con picardía, y llevando su boca a la oreja de Zachary, susurró:

—Tu virginidad era el sacrificio.

Zacharias abrió los ojos marrones como platos y le dio un empujón.

—¡Estás de broma! ¿Por qué no me lo dijeron? ¿Y vosotros? ¡Llevo aterrorizado desde ayer!

Lowell soltó una sonora carcajada y cogió en brazos a Zach, metiéndose en la bañera, a la vez que éste le golpeaba en los pectorales.

—¡Mastodonte, idiota! —exclamó Zach enrojecido por el enfado.

Sin embargo, Lowell lo puso a horcajadas sobre sí mismo y sin inmutarse, le besó. El chico pausó sus ataques y derritiéndose, rodeó con sus brazos el cuello del lobo y se entregó por completo. Cuando se separaron, Zach parecía puré.

—Nunca habríamos dejado que te pasara nada, Zachary, tienes que creerme —expresó con la voz rota Lowell, poniendo su mano en la mejilla de su compañero.

—No lo entiendo. ¿Porqué yo? Mi madre me dijo que había sido elegido, que habían prescindido del sorteo en esta ocasión. —Zach miraba los expresivos ojos verdes de Lowell, en busca de respuestas—. Pensé que lo habíais hecho para vengaros de mí. Porque yo siempre os enojaba, aunque no lo hacía con intención. Pero habéis sido tan amables... que no sé qué pensar. —Terminó en un sollozo.

—Tú no nos enfurecías —habló Blythe apoyado en el marco de la puerta vestido sólo con un suave pantalón de pijama, mirándole con sus ojos plateados—. Era tu olor lo que nos volvía locos.

—¿Mi olor?

Lowell asintió, mientras Blythe se desprendía de la ropa, se unía a ellos en el jacuzzi, y empezaba a echar agua por la espalda de Zach.

—Eres nuestra pareja, Zach. Siempre pensamos que éramos sólo nosotros dos, pero tú también lo eras —explicó Blythe.

—Esa era otra razón por la que estábamos irritables, ¿cómo era posible que también fueras nuestra pareja? —añadió Lowell lavándolo por delante—. Hasta que hablamos con el Consejo.

—¿El Consejo de Ancianos?

—Así es. Ellos nos explicaron que una vez al año, un lobo, un vampiro y un brujo, eran seleccionados para entregar su virginidad en sacrificio para bendecir la entrada del nuevo año —continuó explicando Blythe—. En la antigüedad, estos tres participantes solían ser compañeros destinados, lo que además solía unir a los aquelarres y a la manada en una paz duradera. No importaba el rango de los elegidos, una vez realizado el sacrificio, eran considerados miembros de alta categoría y ayudaban a resolver los conflictos entre las tres especies.

>>Pero hoy en día, cada elegido es señalado a dedo por el jefe o alfa y no tiene opción de negarse. Aunque hay veces en las que se presentan voluntarios.

—Como nosotros este año —interrumpió Lowell chasqueando la lengua con una sonrisa—. Nos costó bastante que el aquelarre de brujas aceptara nuestra elección. Tu madre tiene un gran peso dentro del círculo interior y se opuso con fuerza.

—Nos obligó a contarle la verdad —asintió Blythe, lavando el cabello castaño de Zach—. Te quiere mucho.

—Entonces... —dijo Zachary con cierta inquietud—, ¿qué va a ocurrir ahora?

—Pues primero terminaremos de lavarte, luego desayunaremos y después... —bromeó Lowell ganándose un coscorrón de parte de Zach.

—Es en serio.

En ese momento, Blythe se puso de pie y con él, se llevó a Zach.

—Inclínate y abre las piernas todo lo que puedas —le indicó Blythe con toda naturalidad y Zach sonrojándose hasta la base de sus orejas le obedeció, apoyando las manos en la pared de azulejos y la cabeza en su antebrazo.

—Mmmm, qué buen desayuno —comentó Lowell, cogiendo la esponja y frotándola por el pene y los testículos de Zach, quien gimió.

Desde atrás, Blythe le separó los cachetes del culo y comenzó a limpiar los restos de semen de la noche anterior. Luego le dio una palmada y abrió el grifo. Zacharias dejó que el agua recorriera su cuerpo llevándose el jabón y que sus dos parejas le masajeasen el cuello, los hombros y los brazos.

—Siempre cuidaremos de ti si nos dejas —dijo Blythe dando un beso en la cabeza de Zach.

Los tres salieron de la bañera y empezaron a secarse los unos a los otros, después Blythe y Zachary se pusieron un par de albornoces y Lowell una toalla en la cintura.

—¡Eh! ¡Puedo caminar! —exclamó Zach cuando el lobo volvió a cogerle en brazos.

Blythe se rió entre dientes, quitando el tapón del fondo del jacuzzi.

—Vas a tener que acostumbrarte —dijo, empujándolos en dirección a la cocina—. A Lowell le encanta llevarte en brazos.

—También me encanta cargarte a ti, Blythe —sonrió Lowell dándole al aludido una palmada en el trasero, luego se sentó en la mesa, observando cómo el vampiro repartía los platos y los vasos.

Zachary suspiró, acomodándose en el regazo de su pareja lobuna y llevándose a la boca una tostada con mermelada.

—No habéis respondido a mi pregunta, ¿qué va a pasar ahora? —preguntó de pronto Zacharias, mirándolos inquisitivamente.

Blythe dudó y a Lowell se le evaporó la sonrisa. Sentándose, Blythe juntó las manos y le miró a los ojos.

—Eso, depende de ti —dijo y Zach notó cómo Lowell tensaba su abrazo.

—¿De mí?

—Tienes que elegir: quedarte con nosotros y formalizar el vínculo o regresar con tus padres y volver a tu vida como brujo —explicó el vampiro con voz monótona.

Zachary se encontró de repente en una encrucijada, se sentía tan bien al estar entre aquellos brazos, había sido tan feliz aquella noche durmiendo en su cama. Había sido un sueño tenerlos a los dos, ¿de verdad podía aspirar a más? ¿No era suficiente con una noche que recordaría hasta el fin de sus días?

—Yo... quiero quedarme —murmuró tan bajito que ninguno de los dos debería haberle escuchado, pero eran seres sobrenaturales y sus oídos eran más sensibles de lo normal.

Lowell le rodeó con su cuerpo, besando su nuca y Blythe le tomó de las manos y depositó un beso en cada uno de sus dedos, con lágrimas en los ojos.

Zach tenía ganas de llorar, de gritar, de bailar y de hacer un millón de cosas más, pero se limitó a sonreír y a dejarse transportar de nuevo a la cama, donde sus dos impresionantes parejas se encargaron de comunicarle con besos, caricias y orgasmos lo mucho que le amaban.

Esa misma tarde, la madre de Zach apareció en la casa con tres maletas llenas de todas sus cosas. Cuando le preguntaron cómo había sabido que Zachary iba a quedarse, explicó que llevaba toda la noche detrás de una de sus amigas del aquelarre que era vidente y esa misma mañana había tenido una visión de ellos viviendo juntos y felices. Había querido presentarse de inmediato, pero su amiga se lo había impedido.

Ellos tres se miraron y se echaron a reír. Zach abrazó a su madre y la invitó a entrar, algo que ella agradeció.

Sus vidas no cambiaron mucho en lo esencial, a partir de aquel momento. Si bien era cierto que tenían sus riñas y sus grandes peleas, siempre lo arreglaban con un buen sexo de reconciliación, que era el favorito de Lowell.

Zach empezó a ser tomado más en cuenta en su aquelarre, Lowell se convirtió con rapidez en el alfa de su manada pues su padre vio con buenos ojos la madurez adquirida al estar

con sus parejas y Blythe pudo dejar atrás su falsa fachada de vampiro malvado y convertirse en el ser cálido que era... al menos, dentro de su casa.

Al año siguiente, cuando era el momento de elegir a los nuevos sacrificios para el año nuevo, Zach organizó un encuentro entre los aquelarres y la manada, de forma que aquellos que cumplían con los requisitos pudieran conocerse entre ellos. Así, con un poco de suerte, habría tres voluntarios, en vez de tres tributos forzados.

Pero esa historia ya pertenecía a otros protagonistas.



FIN

Antología Navideña 2015

(Especial Año Nuevo)

Vol. 2

Portadas – Daniel Richards

Agradecemos a todos los autores por su colaboración en esta antología.

Esperamos haya sido de su agrado.